

OPINIONES SOBRE LOS DISCURSOS

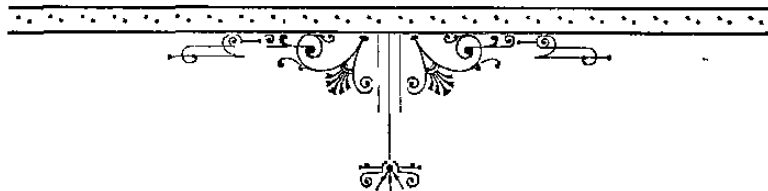
LEIDOS EN LA

Convención Liberal.

EDICIÓN DE

“LA VOZ DE NUEVO LEON.”

Monterrey.—1903.





ADVERTENCIA.

«LA VOZ DE NUEVO LEON» reúne en este folleto, varias impugnaciones que han llegado á su mesa de Redacción, hechas al discurso del Ing^o. D. Francisco Bulnes, que presentó la plataforma del grupo científico á que pertenece, tomando el carácter de representante de la Convención Liberal, ante la cual fué pronunciado el citado discurso.

Este folleto precedido de una introducción, se ha dividido en dos partes, conteniendo la primera, integras siete de las muchas impugnaciones á que hemos hecho mérito, y la segunda, la serie de artículos de nuestro periódico publicados bajo el título de «Opiniones sobre los discursos leídos en la Convención Liberal,» en cuya serie se ha recogido lo esencial de lo expuesto por la mayoría de los periódicos del país, comentándolo cuando lo hemos creído necesario.

LA REDACCION.



INTRODUCCION. (*)

La prensa periódica ha conmovídose ante los atrevidos é injustificados conceptos del discurso que el Sr. Ingeniero Don Francisco Bulnes, dirigió en la tercera sesión de la *Convención Liberal*, y en lo general ha tenido para ese discurso censuras acres, que demuestran su indignación.

La Convención Liberal, como es sabido, fué formada por Delegados mandados de la mayoría de los Estados de la República, entre los que no figuró Nuevo León. Debido á recomendaciones de personas de la más alta representación en el país, se atendió la invitación que de México se hizo, para que tal reunión tuviera su verificativo; que de otro modo, hubiera sin duda fracasado.

No obstante que en la invitación se decía que la asamblea, al constituirse, escogería á la personalidad que juzgase más apropiada para presentarla como candidato á la Presidencia, los Delegados en general, llevaban, desde la salida de

(*) Este artículo que sirve de introducción se publicó en "La Voz de Nuevo León" el 9 de Julio último, bajo el título de "La Convención Liberal. Escándalo producido por su orador Bulnes.

sus respectivas poblaciones, en su marcha á la capital, ó el mandato expreso de quienes los nombraron, para que hicieran la postulación en favor del Sr. Gral. Porfirio Díaz, ó llevaban en su deliberado propósito, esa postulación incambiable; aunque el no aceptar por ningún concepto otra, rompiera el programa que, acordado por el Centro Director, se hizo constar en la predicha invitación.

Con tales antecedentes, se reunió én México la Convención, el 18 de Junio, y tuvo cuatro sesiones, que efectuadas con las formalidades de estilo, concluyeron con declarar que se aceptaba la candidatura del Sr. General Porfirio Díaz, para Presidente de la República; candidatura que, como hemos dicho, estaba de antemano resuelta por la mayoría de los Delegados de los Estados. Se llenó, pues, la forma; y la postulación ya proclamada en todo el país, como lo fué en el Estado de Nuevo León, por los Clubs que forman el Grau Círculo Unión y Progreso, desde el 11 de Marzo, se declaró la oficial de la *Convención Liberal*. Para hacer esto, el Sr. Bulnes, dirigió un discurso, por todos conceptos fuera de propósito, que solo hizo ver que el círculo reducido que él representa y que fué el que se abrogó la dirección de la Convención, aceptaba por necesidad la candidatura enunciada, para la cual tuvo censuras y estigmas para la obra gubernativa del postulado, las cuales son las que han provocado la indignación de la prensa en contra del círculo aludido, que se juzga que no interpretó los sentimientos y los ideales de la mayoría de los Sres. Delegados, sino que audazmente sorprendió á éstos con el

orador nombrado, quien lanzó un impetuoso torrente de cargos á la Nación y al Ejército y á las instituciones nuestras, con una fraseología brillante y sugestionadora, como de un hombre talentoso y sofisticado, cual fué el escogido para el efecto.

Pasada la impresión de sorpresa, se pregunta hoy si los Delegados se darán ó nó por interpretados con semejante discurso, en que pérfidamente se ofrece postular al Sr. Presidente (por no poder hacer otra cosa,) á la vez que se denigra su obra colosal de regeneración en la República, y se califica de maquiavélico su proceder.

El Sr. Bulnes, con ese discurso, ha dejado ver el incendio de pasiones que devora al círculo á que pertenece.

Sea como fuere, nosotros daremos á conocer las opiniones de los periódicos de la República, provocadas por la oración de Bulnes, á fin de que nuestros lectores formen juicio.



PRIMERA PARTE.

I

Discurso Incendiario de Bulnes, ante la Convención Liberal.

El Sr. Bulnes ha pronunciado un discurso en el seno de la *Convención Nacional*, en la tercera de sus sesiones celebrada el día 21 del mes anterior. Congruentes con ese discurso, se pronunciaron otros por D. Pablo Macedo, D. Joaquín D. Casasús y alguna otra persona; pero como la pieza del Sr. Bulnes es en la que se desarrollaron de la manera más completa, los conceptos principales esbozados en las otras citadas, y se presentaron algunos más, bien novedosos, á tal discurso vamos hoy á referirnos.

El discurso del Sr. Bulnes y sus semejantes aludidos, á nuestro juicio no deben reputarse como la voz de la *Convención Nacional*, sino como el grito herido del grupo especial, seleccionado del círculo científico, grupo siniestro, de aspiraciones bastardas, que vive desde hace 18 años cubierto, trabajando en los subterráneos de la intriga, ora bajo la égida de un prohombre, ora bajo la de otro, para adueñarse del poder.

La *Convención Liberal*, formada por delegados de la mayoría de los Estados, se reunió en México; y si la invitación para que tal hiciera, hubiese partido simple-

mente del grupo en referencia, la reunión no hubiera tenido efecto; pero lo tuvo porque fué recomendada esa reunión, por personajes de alta representación en la política nuestra, que deseosos de que se lleven á cabo ensayos positivos de la vida democrática, han hecho esfuerzos porque se organicen diversas agrupaciones que den á conocer la verdadera opinión de los hombres de trabajo, y los pongan en aptitud de ejercitar sus derechos. Los avezados á la intriga, los que forman el grupo mencionado, aprovecharon la oportunidad, y mezclados con carácter de secretarios y otros títulos en la *Convención*, se prepararon, y con la arrogancia que les da el favor de que han venido disfrutando, arrogancia rayana en insolencia, se le impusieron; y á nombre de ella, abordando la tribuna, han hecho manifestaciones con las que sin duda no estarán de acuerdo muchísimos, la mayoría de los delegados que concurrieron de diversas partes de la República, á integrarla; pero si no se había de provocar un escándalo en el seno de la *Convención*, ¿qué hacer cuando se le sorprende á ésta con discursos artificiosos, recargados de brillantes sofismas, en que se hacen declaraciones furibundas, en que se lanzan anatemas contra organismos componentes de la sociedad, en que se desconocen partidos políticos é instituciones y se falsea la historia? Los delegados, sorprendidos, habrían tenido necesidad de efectuar un estudio, por ejemplo, del discurso del Sr. Bulnes, para darle una contestación, y el tiempo faltaba para ello, en la sesión apremiosa en que se pronunció; y bien dispuestos como iban esos señores delegados, y con el deseo de aplaudir lo bueno, con lo bueno se revistió lo profundamente malo, y lo bueno que fué la frase del retórico, la declamación del orador, la brillantez de la forma, se aplaudió, y se devoró en silencio todo lo que pudo haber lastimado el sentimiento de aquella concurrencia sorprendida, que recibiendo de golpe el rayo de luz que traía el fluido maléfico que manchaba con calificación tan audaz como ofensiva la conciencia pública, en el deslumbramiento del instante, dejó sin observación aquel discurso en que no fueron, según creemos,

en que no pudieron ser interpretados los ideales del conjunto, sino como antes hemos dicho, en el que se expuso á grito herido, el programa del grupo siniestro representado por Bulnes.

¡Ah! la desprevenida *Convención Liberal*, ha sido burlada! Debemos creerlo así, para no suponer que las personas respetables que en parte la formaron, ó fuesen unos inconscientes, ó unos pérfidos también, que so color de postular al actual Presidente, por no ser posible otro candidato, lo denigran y denigran su Administración, unos pérfidos como los que los manejaron por arte de preparación sugestionadora, en el brevísimo período de sus sesiones. Debemos creerlo así, y así lo creemos firmemente; pues la respetabilidad de que hablamos, de una mayoría de los delegados, nos sirve para formar ese criterio.

Habrás dicho por algunos. ¡Qué valor el del orador Bulnes, para lanzar tantos denuestos en presencia de tantas personas, en general honorables, y tomando la palabra á nombre de ellas! Pero ¿qué estrafío puede ser esto, si se ve en medio de una multitud brillante, el desparpajo con que un Merolico habla de los milagros de su sabiduría, atenido á su avilantez, arrebatando con sus muecas, con sus gritos y sus saltos, la atención de cuantos le rodean? ¡Qué muecas tan patéticas las de Bulnes! ¡Qué alaridos contra el actual orden y el progreso de la República! Qué saltos de la historia del dominador pueblo romano, en la hora de su decadencia, á la historia del naciente pueblo mexicano, en los momentos felices en que empieza á constituir su nacionalidad! ¡Qué talentoso orador, tan audaz é insolente el Sr. Bulnes, y que audacia, también, la de sus coreadores! Qué sorpresa, por último, la de la *Convención Nacional!*

Ese orador y los otros, representaron dignamente al grupo siniestro á que pertenecen; pero nunca, jamás puede razonablemente creerse, que hayan representado á la Convención Nacional, si ella no lo confirma.

Sí, representaron á su grupo, que anhelaba presentar otro candidato para la Presidencia; á su grupo que

barrido por la potente opinión de la Nación entera, se doblegó miserable para aparentar seguir la corriente de esa opinión, y sacar con ella provechos y ventajas, tomando lugar directivo en la Convención Nacional, y decir en ella: Somos un gran elemento que tiene raíces en todos los Estados de la Federación, y convenimos, los que así somos tan poderosos, en que por última vez se haga la elección de un hombre que tiene tantos y tan ilustres méritos para con la Patria, á fin de que después venga al Gobierno el hombre civil, sea quien fuere, con tal de que nos pertenezca; y no teniendo por ahora, ningún nombre para ese hombre, para no ponerlo en evidente ridículo, le llamaremos LEY, aunque para denominarlo así, tengamos que formar la antítesis contra lo que existe y contra el candidato que hoy por necesidad aceptamos, expresando que cuanto ha hecho no es legal, y que él no es la representación de la Ley, sino de la tiranía, semejante á la de un Emperador Romano, que gobernaba un pueblo en su decadencia, profundamente corrompido; y añadiendo que esa tiranía ha tenido por norma el falaz egoísmo maquiavélico, y nunca el derecho, y ni siquiera el ideal de las instituciones.

Y cuando pronuncia la amarga queja contra la falta de respeto á las instituciones, sin atreverse á señalar un solo caso concreto, el orador que representa, según él, á una asociación liberal, deja entender que, por lo que toca al porvenir, *nada importan las instituciones*; que venga una ley monárquica ó democrática, tiránica, ó liberal, con tal que el cambio sea, que aparezca el hombre de su grupo, al frente del Gobierno; y así se le oye exclamar, al preguntarse á sí mismo, por la ley que haya de prevalecer en el país:

“Que venga la ley del Korán, si se cree que nos conviene un sultán; las Leyes de Indias, si debemos retroceder al régimen colonial; el Sagrado Texto de los Vedas, si aparecemos á propósito para una monarquía de castas; la Biblia, si se nos declara judíos; las reformas argentinas á la Constitución, si se nos considera propios para una burocracia.....”

Esto dicen por boca de Bulnes, los que se fingieron

constitucionales puros, al formar el programa de la Convención Liberal; como se fingieron antes partidarios de la conciliación; como fueron siempre los incoloros que hacen componendas con todos los partidos con tal de que sus intereses personales queden á flote, y aunque se hundan los intereses de la Patria. Farsa, farsa es para ellos toda institución, llámese Carta Magna de la República, ó Texto de los Vedas.

Serpiente de escamas de colores diversos, parece ese grupo siniestro; serpiente que voltea y se presenta por todas partes, queriendo fascinar para morder é infiltrar en la mordedura su veneno, en el instante propicio. Siguiendo el símil, podemos decir que la tal serpiente, pisada en alguna aventura en que rastreaba oculta perdió el tinó, y enconada al acercarse al Sr. Presidente en la Convención Nacional, le ha enseñado los dientes en el discurso de Bulnes, quien no se fija en ésta ó aquella ley para el país, con tal de que se exalte al poder al grupo á que pertenece; ese grupo de hombres sin nombre, sin méritos ni servicios, el de los desconocidos, el de los sin antecedentes, los que ni siquiera podrán ser responsables por falta de personalidad, ante la opinión ó ante la Historia; de ese grupo que forma una sociedad anónima que en el Gobierno sería desastrosa oligarquía, que comerciara con los intereses de la Patria. . . .!

Nadie deberá dar crédito á los farsantes políticos, que ayer con una bandera y hoy con otra, ayer con un candidato y hoy aceptando el contrario por conveniencia del momento, lo que buscan es su negocio.

¡Quiere morder la serpiente de colores! V la serpiente astuta, desatinada por haber sentido la planta de la Justicia sobre su cabeza, y desatinada por haber perdido á su candidato en otra aventura anterior á la señalada, por razón del cascabeleo anticipado á la mordedura que intentaba sobre el seno de la Nación, se puso rabiosa, y por boca de su orador hizo conocer su rabia, censurando al candidato que, obligada, ha vístose en la triste necesidad de proclamar, y ha censurado con acritud cruel, estigmatizadora, la grandiosa, la inmensa

obra de ese su forzado candidato, para concluir con que si se le acepta, por no poder más, será solo por un nuevo período, para que después venga la oligarquía presidida por un hombre de los suyos.

¡Feliz nación con semejante perspectiva! ¡Bulnes y los suyos gobernando el país! ¡Qué grangería! Cómo abrecería la deuda nacional; cómo aumentarían los centenares de millones contra nuestro erario; cómo habría de sacrificarse al pueblo, para servir los intereses de una deuda, que tendría de aumentar fatalmente, como inevitable inundación; cómo nos ahogarían los adeudos; como se comprometería la paz interior, y la autonomía nacional, con acreedores á quienes no se pudieran cumplir las obligaciones contraídas, y con tremendas exacciones á los contribuyentes; como vendríamos á parar en ser el miserable mercado del extranjero, si la revuelta no llegara á perdernos, provocando la intervención extraña..... ¡Y más ciertos los peligros, si se toma en cuenta que enemigos del Ejército los hombres nuevos, al apocarlo, no habría después quien se sacrificara por la paz, el honor y la independencia del país!

Ellos, los parladores, los amantes de los negocios, los que vilipendian á su patria que ha alcanzado en ochenta años de vida independiente, más progresos que ninguna otra en el mundo, en período semejante, y que desconocen y amenguan y ensombrecen, la grande obra de quien le ha dado paz y prosperidad, porque la Patria, aunque los ha amamantado inmerecidamente, no les ha dado su Gobierno; y porque el regenerador de la misma, que los ha llevado á altas posiciones, aún no les deja su elevado puesto. Ellos, los que maldicen y reniegan de su patria y de su gobernante ilustre, bien estarían al frente de los destinos de México!

En tanto que algún escritor norte americano, decía no hace mucho tiempo, en un periódico de los Estados Unidos, llamado «Dixie»: *Después del General Díaz en México, prevalecerá el espíritu del General Díaz en la República*, viene el orador que representa al grupo funesto de que hemos hablado, á decir que después del General Díaz, nada que se parezca á lo hecho por el Ge-

neral Díaz; que después del General Díaz, un *cualquiera*, con el Korán en la mano, ó *cualesquiera* de las instituciones más atrasadas de la tierra; que después del General Díaz, la destrucción del Ejército que chorreando sangre ha sabido salvar á la Patria, y el cual tiene hoy por religión el honor, y por norma el hermoso cumplimiento de su deber; que después del General Díaz, ellos, el grupo de mercaderes, formando una oligarquía, concertando préstamos de centenares de millones, desorganizando el país, arruinando la República!

Lo expresamos al principio: creemos á ciencia cierta, que este es el ideal del grupo que venimos señalando, del que por furiosas impaciencias, por enojos contra un tercero, en su precipitación apasionada, echó á tierra su candidato á la Presidencia, en vísperas del asegurado triunfo; del grupo del que decíamos, no hace mucho, cómo era preciso tener el ojo avisor sobre él, pues que espía con mirada de buitres, la agonía de la salvadora política del General Díaz.

Bien cuadran al grupo estigmatizado sus juicios ofensivos en contra de nuestro Presidente actual, en contra del Ejército y en contra de la Nación, y bien está con su programa que hemos dejado apuntado; pero hay que preguntar, si en definitiva la Convención Nacional, que dijo representaba el orador, se juzga ó no interpretada por el mismo. Si sólo representó á sus camaradas, que éstos sean segregados de la Convención, y queden en el lugar que les corresponde; pero si por los artificios con que se han conducido los intrigantes, han sugestionado en realidad, han conquistado á la Convención llamada Liberal, entónces esa Convención, con todo y el nombre de Liberal, deja de representar nobles fines, y tendrá que reputársele como enemiga de los sagrados intereses de la Nación. Estamos en tiempo para que sepa el país á qué atenerse, y para que sepa cómo ha de procedérse con esa Convención, que al no corresponder al objeto democrático para que se intentó reunir-la, resultará un artificio deleznable de fácil demolición.

Antes de concluir, diremos algo respecto de las diatribas ignominiosas que lanzó al Ejército el orador

Bulnes. Sí, lo diremos, para que mejor se conozca la falta absoluta de patriotismo de la gente que ha representado; la falta absoluta de gratitud de él y ellos, que han venido á sentarse al banquete de la República, á tener gajes en ella, empleos y riquezas, cuando la República estaba salvada por aquel Ejército que consumió sacrificios y derramó su sangre para que llegaran á la mesa del festín á repudiarlo, á infamarlo, los farsantes políticos á quienes la Nación, que debido á los esfuerzos del Ejército existe, les ha brindado sus dádivas, y los cuales viven de su favor, de las quincenas de su presupuesto. No ha vivido Bulnes de otro modo, ni los suyos á quienes representa, desde que salidos del hogar paterno, fueron á buscar la vida. ¡Valientes honorables, que desconocen la gloria, los sacrificios de aquellos á quienes deben el pan que comen cada día!

Oigamos lo que dice Bulnes, con referencia á los militares, en presencia de un General de División, que presidía la Convención Nacional, y á quien casi señaló con el dedo, porque es precisamente de aquellos á quienes denomina *caudillos*. Dijo Bulnes:

“Como el célebre Emperador Augusto, el General Díaz ha suprimido los grandes mandos, ha fraccionado á los legionarios, ha segregado del servicio activo, á los caudillos; no les confia la prefectura del Pretorio; los colma de honores, de riquezas, de concesiones, de afectos; les concede cuanto su ambición desea, menos soldados bajo sus órdenes, ni Estados federales bajo su Gobierno. Augusto cuidaba de repartir trigo y tierras á los veteranos fuera del servicio activo. El Gral. Díaz ha cuidado siempre de repartir quincenas á la clase militar.”

Salpicó su discurso con dicitos, contra lo que apellida depresivamente *militarismo*, y nosotros llamamos patriotismo. De cuán distinto modo hay que calificar al Ejército, insultado por Bulnes. El Ejército nuestro no es el ejército mercenario de todos los tiempos, que ha estado á disposición de todos los tiranos; es el ejército que en tiempos remotos sin quincenas y sin armas, se levantó informe al grito de independencia dado por Hi-

dalgo; el que delineó Rayón; el que admiró al mundo en el sitio de Cuautla, encabezado por Morelos; el que llamándose trigarante, determinó la autonomía de la Nación Mexicana en 1821; el que se sacrificó, mal dirigido, pero siempre valiente, en la guerra contra Estados Unidos; el que en medio de la anarquía, pereció ante los pretorianos de Paredes y Santa Anna, renaciendo, hijo del pueblo, en la revolución salvadora de Ayutla, para exterminar al ejército podrido que peleaba por las quincenas y por el fuero, hasta hacer triunfar la Constitución de 1857 y la Reforma; y hasta repeler después glorioso á la invasión francesa en la épica campaña que comenzó en 1862 y terminó con el derrocamiento de un Imperio en 1867; el que dignificado por tantos méritos, é ilustrado por tareas agobiadoras, ha llegado á ser la base firmísima sobre que descansan la paz y el honor de la Nación; el que, entre la matanza, chorreando sangre, consumando sacrificios, ha sabido sostener y sostiene hoy con dignidad altísima, nuestra bandera acribillada en cien combates, sagrado símbolo de nuestra Patria amada.

Y el Ejército, cuya historia así se sintetiza, es el que denigra el que se mostró en la tribuna, como representante de la Convención Liberal. ¡Ah, la Convención debe desconocerlo, ó ser por la Nación escarnecida!

Bulnes no ha hablado del Ejército salvador de la Patria, no ha hablado, como hemos dicho, del Ejército que se ha dignificado por sus servicios, del que se instruye, del que se ilustra con tareas agobiadoras; ha hablado de un conjunto armado de miserables, á quienes lanza bocanadas de diatribas.

Todo cuanto existe en la República es malo para Bulnes. Solo él y los de su grupo, son capaces de hacer la felicidad de la Patria, de esa patria que no les debe más que insultos, á cambio de haberlos siempre mantenido con sus quincenas y con sus gajes. Que se entregue, pues, la Patria á ellos. ¡Con esos patriotas, con esos héroes, destrozando cuanto de glorioso ha hecho el General Díaz, la Patria está salvada!

Y si esto no es verdad, entonces hay que aplastar con la planta la cabeza de la venenosa serpiente de co-

lores, que voltejea y se presenta por todas partes, queriendo fascinar para morder en el instante propicio é infiltrar en la mordedura su veneno.

Y la *Convención Liberal*? Ella, que diga si comulga con las ideas vertidas en ese discurso de que nos hemos ocupado; y si no lo dice, y si con su silencio acusa su aceptación, en caso tal hay que mirar á la Convención como contraria á los intereses nacionales; y entonces, que se deshaga ante la opinión nacional, su artificiosa formación, debida á recomendaciones extrañas, y no al prestigio de los que invitaron para formarla.—*«El Espectador»*.—Julio 5 de 1903.—Monterrey.

Carta de un jacobino al Señor Diputado Francisco Bulnes. (*)

Tacubaya, Junio 22 de 1903.

SR. DIPUTADO FRANCISCO BULNES.

México.

ESTIMADO COMPAÑERO:

La pequeña fracción política llamada, por antonomasia, Partido Científico, cuenta apenas en su seno cuatro hombres de talento, y son: Usted, querido amigo, Joaquín Casasús, Pablo Macedo y Rosendo Pineda; entre ustedes había, pues, que escoger el orador que en la tercera sesión de la Convención Nacional, debía proponer y fundar la candidatura del Sr. Gral. Porfirio Díaz para Presidente de la República.

Trabajo inútil, mi ilustrado colega, porque la reelección del señor Presidente está hecha ya en el espíritu de la Nación, como una necesidad histórica, forzosa é indeclinable.

Y esa reelección se hará sin esfuerzo alguno y sin que se gloríen de haberla hecho ni el estruendoso club formado con tanta antelación por el Sr. Coronel Don Antonio Tovar, ni la Unión Liberal, que tan tardíamente inventó una Convención para significarse de alguna manera en la crisis electoral y hacer que se olvidara su desprestigio político.

(*) Solo reproducimos los períodos más culminantes de la interesante carta del Sr. Hilarion Frías y Soto, por no permitir otra cosa las dimensiones de nuestro periódico.

Mas sea lo que fuere, los directores de la Convención, de los cuatro sabios que antes designé, á Usted eligieron para que proclamara una candidatura que sin duda era la de todos los Señores Delegados, pero que solo como una imposición irresistible aceptaba el Partido Científico, al ver que habían fracasado sus giras en torno de varias eminencias políticas, pretendiendo elevar á cualquiera de ellas al sillón presidencial, excluyendo al ilustre Gral. Díaz.

Y la elección no podía ser más acertada, en el sentido, se entiende de los intereses y aspiraciones de los científicos, porque en Usted hay un gran talento, para vestir el sofisma con el ropaje de la verdad, brillante imaginación para dar á la paradoja las formas severas del silogismo y un gran valor civil para decir en la tribuna terribles verdades que espantan hoy, desde que han desaparecido los oradores jacobinos, sustituyéndolos un grupo menguado de cotorras parlamentarias.

Con tan poderosos elementos lanzó Usted en la Convención su elocuente voz, arrancando con ella una tempestad de aplausos: espléndido triunfo de una oratoria que fascinó tanto á sus oyentes, que estos batían palmas sin saber lo que aplaudían.

Porque los Señores Delegados no comprendieron al aplaudir á Usted, que, arrastrado por la pasión política que anima al Partido Científico, Usted, Señor, pretextando glorificar al Sr. Gral. Díaz, hacía Ud. el proceso de su administración.

Para demostrar esto, para reivindicar al actual gobierno, para rectificar los muchos errores históricos en que Ud. incide, y para glorificar al gran partido jacobino al que pertenezco y al que Ud. tanto ofende, dirijo á Ud. esta carta abierta que no alcanzará los aplausos que Ud.

logró, porque no los merezco; pero que servirá para dejar consignado que si Ud. tiene audacia para afrontar una situación oscura y confusa, á mí me sobra para decir la verdad.

Paso á paso, mi respetado amigo, voy á seguir el discurso de Ud. tomando de él las frases que necesito para probar los cargos que acabo de hacer no sólo á Ud., sino también al Partido cuyo espíritu y aspiraciones encarnan en esa tempestuosa pieza oratoria.

Comienza Ud. en su exordio confesando que no es preciso convencer á los Señores Delegados de la necesidad de la reelección presidencial, puesto que todos son partidarios de ella; pero agrega que cree indispensable exponer los fundamentos de esa necesidad "al elemento extranjero, con el cual México ha contraído grandes compromisos pecuniarios, enormes compromisos morales, inmensos compromisos de civilización, y ese formidable elemento social desea conocer los fundamentos de nuestros grandes actos públicos."

Torpe ha estado Ud. Señor, al lanzar esas afirmaciones que, si fueran ciertas, arrastrarían por los suelos la dignidad de la Nación. Porque arrastrarla, es suponer siquiera que la altiva, que la noble República Mexicana para elegir un candidato á su Primera Magistratura, está obligada á satisfacer previamente al elemento extranjero, exponiéndole *los fundamentos de ese gran acto público nuestro.*"

No, Señor Bulnes, una nación honrada y México lo es con exceso, no tiene más deber que cumplir con los compromisos pecuniarios contraídos con el extranjero; y Ud. tan penetrado de nuestros asuntos fiscales sabe que México, agotándose y desangrándose, levanta muy alto su crédito saldando esos compromisos.

Y los banqueros y prestamistas extranjeros con quienes hemos contraído esos onerosos compromisos están tranquilos, no por lo que diga Ud. en su hermoso discurso, sino porque el honrado gobierno del Sr. Gral. Díaz, cumple religiosamente con las condiciones pactadas en los empréstitos.

Si Usted se empeña en tranquilizar á nuestros medrosos acreedores, asegurándoles que el Sr. Gral. Díaz perdurará hasta 1908 en el poder, injuria Ud. á la Nación, porque da á entender que si por desgracia el Sr. Díaz nos faltara, la Nación no podría saldar sus deudas.

Luego el argumento de Ud. es contraproducente ó pérfido, porque con él se ataca, no se defiende la reelección.

En efecto, si la República estuviera tan degradada que para elegir su Presidente necesitara la aquiescencia del elemento extranjero, sería preciso elevar á ese puesto á otro candidato, para demostrar á dicho elemento que, sin el Sr. Gral. Díaz, puede México cumplir con sus acreedores.

¿Verdad, Señor Bulnes, que ese es el verdadero sentido del sofisma que estoy combatiendo?

Pero supongamos un imposible: que al extranjero no agradara la candidatura del Sr. Díaz; según la teoría de Ud. y la de su partido, ¿éste y Ud. romperían tan digna candidatura y someterían á la aprobación de nuestros acreedores y de las colonias extranjeras alguna otra de las otras dos ó tres que han tenido escondidas en su cartera?

No, Señor Bulnes, México no tiene que dar cuenta de sus actos políticos al extranjero, y sólo debe dar á éste garantías de su crédito cubriéndolo, y á los extranjeros á quienes damos amplia y generosa hospitalidad, la protección de nuestras leyes y las garantías que otorga á sus huéspedes un pueblo tan culto, tan moral y tan civilizado como el nuestro.

El partido de Ud. que tanto lo aplaudió, que quiere derramar por toda la República ejemplares del discurso de Ud. como un programa político y Ud. mismo, no deben olvidar que pasaron para no volver los tiempos en que un Ministro francés fustigó impunemente á un Ministro del gobierno de México, en que éste funcionaba temblando ante las legaciones, en que la escuadra de Luis Felipe, vino á cobrar en Veracruz la cuenta de un pastelero y en que el ébrio Saligny, corredor de Jeker, pudo traer la intervención francesa y el llamado imperio.

Y menos deben olvidar Ustedes los sabios, que el Señor General Porfirio Díaz fué el principal campeón, el héroe que con su invencible espada cooperó á romper para siempre la vergonzosa tutela extranjera.

¡Y Ud. lanzaba esa heregía política, ese insulto á la

patria el mismo día en que esta celebraba el 21 de Junio, fecha del glorioso aniversario de la ocupación de la capital por el General Díaz!

Yo sé que Ud., á pesar de cuanto he dicho, no tarjará ese párrafo en la segunda edición de su discurso, porque me consta cuán ligado está el Partido Científico con el elemento extranjero.

A nosotros, los jacobinos, solo nos importan la honra y la dignidad de la Patria.



Llego al segundo párrafo del exordio del discurso, y leo en él lo siguiente: "el país desea saber si la obra del General Díaz es una obra precaria ó duradera, si es una obra momentánea, ó una obra de salvación definitiva. . . . la historia nos presenta páginas que no debemos llenar con emociones, con afectos, con frases de adulación, sino con razonamientos contundentes para presentar la reelección como acto nacional indispensable y honroso para el pueblo mexicano."

Felicito á Ud., Señor Bulnes, al ver que apesar de la alta posición política que ha alcanzado, no olvida Ud. su origen bohemio y que, como buen gitano, pretende ser agorero, leer en las páginas blancas que nos presenta la historia y predecir lo porvenir.

Desgraciadamente Ud. como todos los profetas, nada cierto predice y hace todó menos mostrar al pueblo mexicano el obscuro problema del futuro resuelto de una manera satisfactoria.

Porque el párrafo de Ud. que acabo de reproducir envuelve latente un argumento contra la reelección, como voy á demostrar.

Se trata según Ud., de saber si faltando desgraciadamente el General Díaz su obra será ó no duradera: luego para encontrar esa incógnita sería preciso que el General Díaz no fuera reelecto en 1904, sí que lo sustituyera un candidato científico.

Esa perfidia es lo que envuelve el primer enuncia-

do de Ud., porque planteada por Ud. la duda de que si la obra del Sr. Presidente es momentánea ó de salvación definitiva, no se desvanece con la reelección.

Así piensa el Partido Científico; nosotros los jacobinos, no vacilamos en asegurar que la obra gigantesca realizada apenas en veintisiete años, es perdurable, porque ha sido consumada conjuntamente por el Sr. General Díaz y por la Nación que ha confiado á aquel todas sus energías, sin que esa confianza quedara defraudada.

Y para nosotros los jacobinos, la reelección es "un acto nacional, indispensable y honrosa para el pueblo mexicano," aun sin la forzada ingerencia del Partido Científico.

Raros son los científicos: odian la libertad é invocan sin cesar la Constitución que la proclama y reglamenta; dicen, que adoran la reforma, y un orador científico, el Sr. Pineda, junto á la tumba del gran reformador Juárez, lanzó y defendió la sacrílega teoría de la Conciliación, es decir, de la violación de la Reforma; abominan la demagogia y se declaran demagogos forjando la Unión Liberal que engendró la Convención que debe guiar al pueblo ignorante y apático hasta las urnas electorales.

Mas entremos ya al cuerpo del discurso de Ud., Sr. Bulnes, donde vamos á encontrar absurdos inmensos, contradicciones inexplicables y tremendas confesiones.

Lean los lectores y asómbrense.

"Es muy difícil sostener, dice el Sr. Bulnes, una sexta reelección, ante un criterio institucional democrático. El argumento de los jacobinos es: jamás un pueblo demócrata ha votado una sexta reelección; pero si se aprueba que la sexta reelección es necesaria para el bien del país, hay que deducir serena y tranquilamente que todavía no hemos logrado ser un pueblo democrático."

Ya lo saben los Sres. Delegados y las personas que con ellos voten al Sr. Gral. Díaz en los comicios del año próximo: no son demócratas, porque no lo es el pueblo

al que pertenecen; soñ... ¿qué son, Sr. Bulnes?, ¿parias, siervos, ó los frumentarios del César? Porque según veremos adelante, el orador ve en el gran demócrata Porfirio Díaz, un Cesar Augusto.

Pero, Sr. Bulnes, si no hay en México democracia, no adivino qué somos, si monarquistas ó sudras como los de la India.

Mas sea lo que fuere, resignense los Sres. Delegados á ser los borregos de Panurgo que brincan el obstáculo reeleccionista tras el Partido Científico.

Y sufran la injuria que les arroja un aplaudido leader, ya que éste no vacila tampoco en injuriar al Sr. General Díaz, diciéndole que no gobierna un pueblo demócrata, sino "un pueblo magullado, maltratado, desgrefiado, quebrantado, chorreando vicios, chorreando miserias, chorreando sangre y marchando á la retaguardia de los grandes pueblos." Palabras textuales del Sr. Bulnes, que arroja ese puñado de injurias al noble pueblo mexicano.

Y el párrafo que he citado dice más, porque el Sr. Bulnes es muy conceptuoso, dice que los miembros de la Convención Nacional no van á elegir al Sr. General Díaz, inspirados *en la eminencia de instituciones que no podemos practicar*, sino por conveniencia, por necesidad, porque no hay otro á quien apelar.

¿Cómo es, Señor, que no podemos practicar esas instituciones que estamos practicando desde 1857 á pesar del golpe de Estado de Comonfort, de la traición de Zuloaga, el Claudio de la reacción, de la traición del Clero que entregó la patria á los franceses y del triunfo de Tecoac, donde el Sr. Bulnes fué uno de los derrotados?

El arrogante orador olvida que á raíz del triunfo del plan de Tuxtepec, su ilustre caudillo el Gral. Díaz, rompió sus títulos de revolucionario y entró francamente al terreno constitucional, restaurando las instituciones, convocando á elecciones para los tres poderes constitucionales y convirtiéndose en el guardián de la Constitución de 57.

Si hoy, como dice el orador, no está en plena prác-

tica la Constitución, ¿quién la ha violado? ¿Acusa el Sr. Bulnes de esa violación al Sr. Díaz? Tal se desprende al menos no sólo de ese párrafo, sino del discurso todo.

Y si no se practican hoy las instituciones, ¿con qué títulos el Sr. Bulnes, los demás científicos y algunos señores Delegados ocupan un asiento en la Cámara de Diputados ó en la de Senadores?

Mas continuaré en la amarga tarea de seguir analizando ese incendiario discurso.

Con una audacia que no tiene nombre, el Sr. Bulnes afronta la cuestión económica, la gravísima cuestión que encadenada con la electoral, el orador la presenta como el principal obstáculo para la reelección.

Yo no puedo reproducir aquí, íntegros, los largos párrafos del discurso en que se trata de este asunto; me limito á extractarlos.

Dice Usted, Señor Bulnes, que el principal argumento de conveniencia á favor de la reelección aterra, porque consiste en manifestar que la conservación del Sr. Gral. Díaz en el poder es absolutamente necesaria para la conservación de la paz, del crédito y del progreso material. Y agrega que "nadá más propio para acabar pronto con el crédito, que anunciar al orbe que después del General Díaz caeremos en el abismo de miseria de donde hemos salido."

Pues Ud. Señor, el Partido Científico, la Unión Liberal y la Convención Nacional están intentando matar el crédito anunciando que la reelección no es una expresión de la democracia mexicana, sino una necesidad para el bien del país que se va á buscar al terreno de las conveniencias: así lo dice Ud. en su exordio.

Y sigue en el discurso lo más pernicioso y sutil del sofisma, la amplificación que hace Ud. de su teoría anterior, atacando rudamente la reelección, aunque aparenta defenderla.

Con frases brillantísimas, con elocuencia arrebatada-

dora y digna de un orador jacobino, asalta Ud. la formidable cuestión de los empréstitos extranjeros.

Usted no concibe cómo los banqueros europeos y norteamericanos que nos estudian, que nos asechan y espían y que nos oyen decir que si el General Presidente no cubriremos nuestros compromisos y haremos bancarota, cómo, repito, nos prestan cuatrocientos y tantos millones de pesos oro, si no es por dos razones: ó esos prestamistas tienen una idea más levantada de México y creen que este país para estar solvente no necesita la reelección, ó nuestros acreedores se harán pagar con sus acorazados, sus cañones Krupp y sus poderosos ejércitos.

Y agrega Ud., Señor Bulnes, estas tristísimas frases:

“En ese caso habría que convenir en que las operaciones financieras que estamos ejecutando no son préstamos que nos houran, sino la venta de la patria que nos envilece.”

Y sigue Ud. disertando sobre tan peligroso tema y pinta Ud. al país indignado al saber que en la fosa en que se sepulte al Gral. Díaz se sepultarán también el crédito, el progreso y la Nacionalidad de México á pesar de que éste ha sacrificado sus ambiciones de libertad, ha renegado de sus héroes que murieron por la democracia, ha comprometido su trabajo y su honor y durante veinte años ha obedecido ciegamente, porque se le ha dicho que la obediencia era su salvación.

Usted, Señor, formula aquí una serie de cargos contra el gobierno del Sr. Gral. Díaz, que no rectifica, que no desvauece, que deja en pié como hechos consumados, y que aplaudieron calurosamente los delegados y miembros de la Convención, convirtiendo ésta en un club oposicionista.

Más no quiero seguir desmenuzando las doctrinas de Ud. sobre los empréstitos extranjeros: esa cuestión financiera debe ser el *noli me tangere*, sobre todo para el Partido Científico que tan complicado está en ella.

Y me limito á reducir ese gran y hermoso fragmento del discurso de Ud. á un claro y sencillo dilema:

O cuentan los prestamistas extranjeros con las ri-

quezàs naturales de México que hacen á este país solvente, en cuyo caso es inútil la reelección; ó cuentan con las escuadras y ejércitos de sus naciones para pagarse con nuestra independencia, cuando hagamos bancarrota al faltar el Sr. Gral. Díaz del poder, en cuyo caso la reelección no hace más que aplazar el terrible momento de la conquista.

Insolito deja Ud. ese dilema y se divaga disertando sobre la necesidad de conservar la paz, único medio de salvar el crédito, el progreso y la autonomía de la Nación.

Tema gastadísimo hasta el fastidio es éste, pero que en el discurso de Ud. puede leerse, porque está presentado con novedad, y el cuadro de la guerra está trazado con líneas soberbias y colores de terrible verdad.

Usted, mi ilustrado compañero, sostiene que la salvación de nuestro crédito y la conservación de nuestra prosperidad radican en la paz que mantiene el Sr. Gral. Díaz, quien sabrá perpetuar su grandiosa tarea; en esto si estoy enteramente acorde con usted.

Pero no lo estoy en el estudio que hace Ud. sobre la obra política de México, en cuya materia desbarra Ud. lamentablemente.

Dice Ud. que la obra política de México tiene dos partes: la obra de demolición que duró setenta años y la obra de reconstrucción ó de gobierno que ha durado 24 años.

Admito esta segunda parte, pero advirtiéndole á Ud. que se contradice lamentablemente, pues antes había Ud. dicho que en esos últimos 24 años se habían estrangulado las ambiciones por la libertad, se había renegado de los héroes que murieron por la democracia y se había hecho añicos el testamento de cincuenta años de glorias por la República.

Y eso, señor, aunque Ud. se ahorque, despachado, no es reconstruir sino demoler.

Pero perdono tan flagrante contradicción y entro á explorar si solo se ha destruido en los setenta años anteriores, ó si en su transcurso se ha construido algo muy sólido, que sirve de base á lo levantado hoy con tanta suntuosidad,

La que llama obra gloriosa de demolición se debe, dice Ud. indiscutiblemente, á los grandes jacobinos de 1856 á 1867. Es verdad, en ese período tormentoso, para destruir el régimen antiguo formado por el nefando consorcio del militarismo y el clericalismo, solo lucharon los jacobinos; los moderados, dignos antecesores de Vdes. los científicos, vivían retraídos huyendo del peligro, y solo salían á luz á la hora de la victoria, como los buitres á devorar cadáveres y apoderarse del botín del vencido.

Magnífico apoteosis hace Ud. de ese omnipotente partido al que supone muerto, y aun ve á sus pro-hombres dormidos en sus tumbas y guardando el *vibrante silencio* del conspirador.

Perdonen á Ud. los clásicos eso del *silencio vibrante*, que yo no perdono á Ud. la contradicción en que incurre asegurando que el partido liberal se disolvió en 1867, cuando al comenzar el cuarto inciso de su exposición dice Ud. que los partidos políticos han sido y serán inviolables, que la historia no registra un caso de que un hombre haya podido destruirlos, porque se componen de formidables intereses, de exaltadas pasiones y de colosales virtudes.

Más tarde señalaré otra contradicción de Ud. sobre esta misma materia.

A renglón seguido confiesa Ud., inconscientemente, que ese partido jacobino, que no sabe construir sino destruir, construyó ó consumó dos obras inmortales: fíjese Ud., inmortales, las *Leyes de Reforma* y la *defensa de la patria durante la invasión francesa*.

¿Cómo pues afirma en el párrafo siguiente que los que han sido inmensos para demoler son pequeños para gobernar?

¡Pequeño llama Ud. al gobierno constitucional de Juárez que en Veracruz, bregando con la miseria, azotado por la fiebre amarilla y amenazado de muerte por las bombas de Miramón y de Robles Pezuela, lanzó las leyes que fulminaron á una iglesia revolucionaria é infidente; que hicieron la revolución económica que desarro-

lló la riqueza nacional, que crearon el Estado civil, y dieron la forma de un pueblo culto á nuestra sociedad!

¡Pequeño llama Ud. al gobierno de Juárez que mantuvo el orden constitucional en medio de los desastres de la terrible guerra de Reforma, que afrontó sereno la tormenta de la liga tripartita; que contó con un Ministro, Doblado, que en los tratados de la Soledad levantó muy alta la honra nacional burlándose de los diplomáticos europeos y que tiró á los pies de México la convención de Londres hecha pedazos!

¡Pequeño llama Ud. al gobierno que dejó escritas en la historia la fecha gloriosa del 5 de Mayo y la epopeya del sitio de Puebla!

En esos *pequeños* episodios nacionales, Sr. Bulnes, brillaba una de las primeras, la victoriosa espada de un joven jacobino que se llamaba Porfirio Díaz.

Quizá me dirá Ud. que esos no son actos de gobierno; pero yo preguntaría entónces ¿son de anarquismo?

Gobiernos de combate, es verdad, pero cúlpese de ello á los revolucionarios del partido que Ud. llama conservador y que quiere resucitar, sin duda, para que la patria, cuente de nuevo con un Almonte, un Gutiérrez Estrada y un Leonardo Márquez.

Pero ese gobierno de combate después de salvar á la patria el 2 de Abril, el 15 de Mayo y el 21 de Julio de 1867, restauró la República con el régimen constitucional, le dió los tres poderes, afirmó la paz, elevó á la justicia á su augusto sólio, organizó el tesoro público y arrancó de la Europa formidada un homenaje de respeto.

Tuvo una vida efímera y agitada es verdad, pero en su transcurso ¿sabe Ud. lo que construyó, sabe Ud. qué dejó á la patria por legado?

Dejó, Señor Bulnes, códigos admirables que apenas reformados rigen hoy; dejó creada la enseñanza primaria objetiva, el admirable programa de enseñanza preparatoria y venerandas escuelas superiores de donde salieron grandes jurisconsultos, y sábios clínicos que en vano busco hoy.

No soy retardatario, Sr. Bulnes, y amo como nadie

el progreso; pero el serio, el sólido, no el de relumbrón. .

.....

Quizá me pregunte Usted qué progreso material dejaron los dos últimos gobiernos, en uno de los cuales fué Ud. periodista ministerial y muy elegante por cierto.

Es verdad, apenas pudieron tender la vía férrea de México á Veracruz y levantar algunas ruinas de las que dejaron la guerra civil y la extranjera.

Apenas recuerdo entre los monumentos jacobinos la Biblioteca Nacional que, á mi pobre criterio artístico, parece algo mejor que el rastro de Peralvillo.

Rectifique Ud., pues, esa paradoja que pone en tela de juicio los buenos conocimientos que Ud. tiene de historia



Consagraré todavía algunas líneas á la defensa del jacobinismo, ya que este es el objeto principal de la presente carta.

Dice Ud. que "el jacobinismo ha dispuesto para su gabiinete histórico experimental, de las clásicas repúblicas helénicas italianas de fines del siglo XIV y principios del siglo XV, de la república inglesa de 1645, de las repúblicas francesas 1793 y 1848, de la República española y de las 17 repúblicas latino-americanas. . . ."

Si Ud. Sr. Bulnes, creyó que entre los honorables Señores Delegados no había algunos que supieran historia, olvidó Ud. también que iban á leer su discurso muchos jóvenes jacobinos que la aprendieron con el hábil maestro Justo Sierra.

Y ese olvido autorizó á Ud. para vertir en la tribuna de la Convención tan monstruosos disparates históricos.

Porque solo la desordenada imaginación de Ud. pudo vestir con el frac color de tabaco de Robespierre y con el sucio gabán de Marat á Solón, que creó el primer *bula* ó asamblea popular, á Clístenes que reformó en sentido democrático la constitución de Atenas, á Te-

místocles, el León de Salamina, á Arístides el Justo, á Pericles que dió su nombre á los siglos V y VI antes de la Era Vulgar.

Y no mencionó á Alcibiades porque era aristócrata, porque combatió contra su patria. ¿Quiere Ud. colocarlo entre los científicos, teniendo en cuenta que era rico, audaz y elocuente?

Mas dejo á Ud. con su anacronismo histórico invertido al hacer jacobinos á los demócratas griegos é italianos de los siglos 14 y 15.....

Dice Ud. que los jacobinos han dispuesto de batallas, de cadalsos, de crímenes y virtudes, de oro y de indigencias, de pueblos y generaciones.

Pero los jacobinos mexicanos con poco de eso han contado.

Eran una minoría cuando surgieron á la luz con el plan de Ayutla, el plan en que Ud. supone *ensueños volcánicos*, olvidando que esos ensueños se trocaron en formidable realidad, y que de ellos brotó el volcán que con sus sacudimientos sísmicos cambió la faz de la patria, que con sus eyaculaciones de fuego calcinó un pasado de tiranía, de abyección y de fanatismo y que en sus olas de lava, meció la cuna de nuestra inmortal República que sobrevive á cuatro guerras civiles y á una invasión extranjera, y á la que Ustedes los científicos, con el caluroso aplauso de los señores Delegados, quieren entregar á un Sultán teniendo el Korán por ley, ó á un Kaiser con una constitución imperial por instituciones.

Al nacer, al crecer el jacobinismo mexicano, comenzó desde su cuna sus trabajos de Hércules aliogando serpientes, limpió las caballerizas de Augias, el clericalismo y el militarismo; educó al pueblo en la democracia, é incendiándolo con lo que Ud. llama sus ideales, al son de la danza pyrrika, lo llevó á derrotar á los soldados de la cruz, y á luchar con los héroes de Magenta y Solferino.

Ese pueblo educado por el jacobinismo, hoy que no tiene enemigos que combatir, porque su único enemigo,

el partido científico, se pierde en su insignificancia, hoy deja el fusil por el arado, suda en el taller y trabaja en la máquina para secundar los esfuerzos de progreso del Sr. Gral. Díaz, y la invocación que éste egregio jacobino hace á la paz, á la prosperidad y á la civilización.

Tampoco ha tenido el jacobinismo mexicano cadalsos á su disposición aunque sus mártires han sabido morir en ellos.

Nada más noble ni más generoso que el partido jacobino; en el período constituyente tres veces perdonó á los prisioneros reaccionarios y éstos, después de perdonados hicieron los dos pronunciamientos de Puebla y el de la Sierra de Querétaro.

Triunfos alcanzó el gobierno jacobino durante la guerra de tres años, y para consolidarlos no levantó en la plaza de la Constitución una guillotina.

Señor Bulnes, pese Ud. como Sylok, el usurero de Venecia, la carne humana destrozada durante el segundo imperio y verá Ud. cuánto baja el platillo de la balanza del lado de la ley de 3 de Octubre.

En cambio vuelva Ud. la vista hacia los jacobinos que habían salvado la patria: allá en el Cerro de las Campanas tres ajusticiados apeuas, no sólo en nombre de la justicia nacional, sino por una indeclinable necesidad pública; acá un tráfuga fusilado en la plazuela de Santo Domingo y otro en Mixcalco.

Y después nada, nada; libres los Generales y empleados y ministros del Imperio y libres, millares de jefes y oficiales imperialistas; y después la grandiosa ley de amnistía dada por uu Congreso jacobino. Permítame Ud. la pueril vanidad de haber sido en la preusa y eu la tribuna del parlamento el primer defensor entusiasta de esa ley.

El día, Sr. Bulnes, que el partido científico tenga tantos títulos como el jacobino en su genealogía y tantos timbres de gloria en sus anales, adquirirá el derecho que hoy se arroga de dirigir la política mexicana.

Por hoy no tiene esa prerrogativa porque no sabe merecerla; ateo en política, no quiere más gobierno que el que satisfaga sus ambiciones; hinchado de suficientes-

mo todo lo desprecia, reniega de nuestras instituciones, deturpa nuestras glorias, injuria al pueblo y calumnia á nuestro valiente ejército.....

Con cuanto laconismo me sea posible, porque ya me he extendido demasiado, estudiaré ahora con Ud. el período de reconstrucción, ya que hemos terminado con el que Ud. llama de demolición, atribuyéndolo á los jacobinos.

Razón de sobra tiene Ud. al decir que la obra de reconstrucción es una gloria que corresponde al Señor Gral. Díaz, porque ha hecho la paz y sobre ella ha cimentado el crédito y elaborado una obra de civilización que asombra por la rapidez y precocidad de su eflorescencia.

Mas difiero enteramente del juicio de Ud. que, sin meditar en lo grave é injurioso de su aserto, afirma que el Sr. Gral. Díaz, el incorruptible repúblico, sólo ha podido hacer la paz convirtiendo su Magistratura constitucional en un omnipotente cesarismo.....

Después, el Sr. Frías y Soto, habla de la comparación incensata que hace Bulnes, del Imperio romano y la República Mexicana, y del Sr. Gral. Díaz, con el tirano Emperador Octavio, y prosigue de este modo:

“Sintiéndose perdido Octavio se alió con los rebeldes Antonio y Lépido, sus antiguos enemigos, y en una isla del rio Reno, cerca de Bolonia, se formó un terrible triunvirato contra la República.

Con sus numerosas legiones entraron los triunviros á Roma, y pactaron exterminar á cuantos pudieran combatir su poderío.

Y entonces plantearon en Italia el horrible sistema de las prescripciones, exagerando las de Sila. Cada

unviro satisfizo sus odios privados, sacrificándose mutuamente á sus enemigos: Lépido mató á su hermano Julio Emilio, y Marco Antonio entregó á la crueldad y calculada de Octavio, dice un historiador, la vida del tío de éste, Lúcio Cesar, que tenía algún derecho á heredar el imperio.

Los delatores se enriquecieron con las confiscaciones, haciendo asesinar á sus enemigos, y los triunviros también confiscaron las fortunas de los patricios muertos, para pagar á sus legionarios.

Corrió á torrentes la sangre en Italia, y sólo en Roma fueron degollados *trescientos senadores y doscientos caballeros*.

Cicerón huyó, pero fué aprehendido cerca de su quinta y degollado; el asesino llevó la cabeza del ilustre orador á Fulvia, la mujer de Marco Antonio, una especie de *virago*, la llama Justo Sierra, la que atravezó con un alfiler de oro la lengua que había pronunciado terribles filípicas contra su esposo.

No pretendo enseñar á Ud. la historia que sabe mejor que yo, sólo he querido, al relatar lo anterior, que Ud. me diga si con esos procedimientos hizo el Sr. Díaz la paz de México.

El vencedor de Teacoac, al ocupar la metrópoli, no permitió que se persiguiera á los que habían ocupado los puestos más altos en la Administración del Sr. Lerdo.

¿Adonde están los cadáveres, Sr. Bulnes, de los Senadores y Diputados de 1876?

Algunos de esos funcionarios murieron muchos años después, ocupando sus *misimos* cargos y aun otros más eminentes, llenos de honores y de bienes de fortuna.

Otros, hasta los que en la tribuna y en la prensa habían insultado al caudillo de Tuxtepec, hoy descansan tranquilos en sus curules ó en un sitio prominente en la administración.

¿Adónde está el símil entre el sistema pacificador del Sr. Gral. Díaz y el de Octavio?

Tampoco lo hay entre el héroe del 2 de Abril y el asesino triunviro del año 43 antes de la Era Vulgar.

El Gral. Díaz, dice Ud., como el emperador Augusto, ha prodigado un gran respeto á la forma solemne de las instituciones.

No sólo á la forma, Señor, sino también á la esencia.....

Dice Ud. que como el célebre emperador, el Gral. Díaz ha suprimido los grandes mandos, ha fraccionado á los legionarios, ha segregado del servicio activo á los caudillos, no les confía la prefectura del Pretorio, los colma de honores y riquezas y de cuanto su ambición desea, menos confiarles mandos de tropas ni Estados federales bajo su gobierno.

¡Cuántos absurdos hay conglobados en esos cargos!

En México no ha habido grandes mandos, ó si los hubo no los suprimió el Sr. Gral. Díaz, sino la ley militar.

Tampoco ha habido legionarios ni pretorianos bajo el imperio de la República, esos acabaron con Santa Ana, con Zuloaga y con Miramón. Hoy queda el meritísimo ejército republicano, el que fué el sostén de la Constitución, de la Reforma, y salvó la independencia.

¿Por qué insulta Ud. Señor, á ese Ejército?

¡Los caudillos! Tanto repite Ud. ese nombre que deseara saber á quienes debe aplicarse, para que el país conociera á los jefes militares que son un peligro para el orden público.

Ultimo cargo: dice Ud. que para tener quietos á esos caudillos el Presidente los colma de honores y de riqueza. ¿Quiénes serán esos caudillos tan venales que sí merecen el nombre de cesarianos?

Pruebe Ud. ese último cargo, Sr. Bulnes, ó retráctese de él si puede.

He demostrado ya de una manera irrefutable que el discurso de Ud. no es más que un proceso del Sr. Gral. Díaz, frenéticamente aplaudido por los Delegados. Veamos ahora cómo termina esta parte de la pieza oratoria con una injuria más al General Presidente.

Dice Ud. que la fórmula de la Paz octaviana, ha sido fielmente cumplida por el Gral. Díaz, en los precisos términos en que la redacta Maquiavelo: he aquí que el ilustre general ya no es César Augusto, sino César Borgia

Ya dice Ud. que después de un Augusto vino un Tiberio y ensarta Ud. una serie de emperadores, colocando los malos tras los que cree buenos.

¿No tiene el Partido Científico guardado un Augusto que suceda al Gral. Díaz?

Truena ahora en el discurso de Ud. un latigazo sobre la faz del pueblo mexicano.

Después de retratar y aplaudir al gobierno personal del General Díaz, dice Ud.: "el régimen personal convierte al pueblo en una hembra sucia y prostituida, hace que el pueblo pierda su hermosa figura de obrero, ante el extranjero su tipo de gladiador, ante la libertad sus derechos y ante la civilización su conciencia, convirtiéndose en un parásito esclavo del primero que lo estruja y en cortesana impúdica del primero que lo acaricia."

Ya lo sabe el pueblo mexicano: Ud. Sr. Bulnes que califica de personal al gobierno del Sr. Díaz, llama al pueblo bajo el régimen actual, un pueblo de vagos, de cobardes, de párias, de cretinos, de mendigos, de viles como un esclavo ó como una ramera.

¿Y á ese pueblo quiere la Convención llevar á los comicios de 1904?

Perdido Ud., Señor, y ciego y mareado entre el torbellino de su vertiginosa oratoria, y no sabiendo ya por donde debe ir, suelta una gran cantidad de frases vagas, de palabras desencuadradas y exclama:

"El país quiere. . . ¿Sabéis, Señores, lo que quiere verdaderamente este país? Pues bien, quiere que el sucesor del General Díaz se llame. . . ¡la Ley!

¡Cañonazo!!! Aplausos nutridos. ¡Lástima que los Señores Delegados no hayan arrojado sobre Ud. coronas,

palomas, confetti y serpentinas, y que no hubieran llevado una murga que celebrara con dianas el estallido de esa estruendosa paradoja.

¡La Ley! ¡La ley como sucesora del Sr. General Díaz! luego la ley no impera hoy, Señor Bulnes.

¡La ley! La ley sentándose en la silla presidencial, es una frase romántica, jacobina, que no tiene una significación práctica.

Es verdad que después intenta Ud. explicarla haciendo la confesión del ateísmo político de Ud. y de su Partido, diciendo que se resignan á que los mande cualquiera, un Sultán, un gobernador inglés ó una plutocracia.

Pero el golpe maestro de Ud. fué proponer que se prepare un hombre de Estado para que nos gobierne, bien ó mal, pero que sea civil, que no sea soldado.

A mí, Señor, como jacobino neto, me encanta esperar que un hombre de frac ocupe algún día la Presidencia; pero también como jacobino y como partidario, por lo mismo, de la Constitución de 57, no sé con qué facultad privamos á los militares de sus derechos políticos y les negamos el voto pasivo que la ley les concede.

¡Cuán extemporáneo es el encono de Ustedes los científicos, contra los militares, cuando dan la Presidencia de la Convención á un militar, á un caudillo distinguidísimo, el General Treviño, y cuando contaban entre los Delegados otros jefes de mérito como los Generales Aréchiga y López!

Ese arranque de Ud. y otro trozo en que esbozadamente habla de hombres que se postulan á sí mismos como sucesores del Sr. Gral. Díaz, me hace sospechar que en esos momentos pasaba ante la imaginación de usted la sombra del General Bernardo Reyes, que tanto preocupa á los científicos, aunque no tuvieron valor ni para condenarlo ni para absolverlo, cuando fué llevado ante el Jurado Nacional.

Cálmese Ud., Señor; el Gral. Reyes no aspira á la Presidencia ni es el candidato de partido alguno. Lo que debe preocupar á Ustedes es encontrar la salmuera

en que han de preparar su hombre sucesor; su Augusto II.

Yo solo sé que ese hombre no ha de salir del laboratorio de Ustedes, que no han tenido el arte de la expansión política, y que viven aislados en medio de un pueblo que no los estima.

No soy como Ud agorero, por lo mismo no intento leer en el porvenir. Tengo fé absoluta en el pueblo mexicano que ha sabido salvarse en los desastres del 57 y en las crisis del 58 á 60, y de 62 á 67: ese pueblo sabrá elegir su primer Magistrado el día que falte el Sr. General Díaz, cuya muerte ustedes sin cesar pregonan. . .

.....

Hilarión Frías y Soto.

El Grupo "Científico" Antiporfirista.

Como ya habíamos anunciado, los primeros en este periódico, el grupo llamado *científico*, poco á poco ha ido dejando ver sus ambiciones desmedidas de poder y su enojo al sentirse impotente para realizarlas. Cuando ya toda la Nación, al sólo presentimiento de que el General Díaz trataba de dejar su puesto, se había apresurado á manifestar sus deseos de que tal cosa no hiciera, ese grupo, envalentonado por los puestos públicos que había acaparado, bajo el amparo de un fementido porfirismo, trató de constituirse en partido político con órganos que se extendieran en todo el país, con motivo de la nueva elección presidencial; y con el fin, según ridículamente expresaron al principio, de investigar la voluntad de la nación sobre el candidato á la presidencia.

Pronto se vió su dobléz y comprendieron ellos mismos su fracaso; y entónces, ayudados por Gobernadores y otros altos funcionarios afiliados al grupo, á cuya circunstancia única deben su poder, y ya manifestando claramente que postularían al General Díaz, formaron una convención ó asamblea ó reunión, de ellos, que previamente se habían nombrado á sí mismos delegados por los Estados.

En esa reunión ha pronunciado un discurso el Ingeniero Bulnes, que es el resúmen del fracaso y la prueba más evidente de que ese grupo *científico*, jamás ha sido porfirista. Efectivamente, haciendo á un lado los relumbrones, quedan en pié las afirmaciones de que el

Gobierno del General Díaz, ha carecido de instituciones y de ley, ha seguido los procedimientos del despotismo romano, ha aplicado las máximas políticas de Maquiavelo y ha entronizado el militarismo; y que si ha podido salir avante, sólo es debido á que el país está desorganizado pacíficamente.

Y como el partido liberal no existe, y como ha sido un fracaso el esfuerzo para darle vida, ellos, los del grupo científico, los únicos clarividentes, los únicos que poseen la ciencia del Gobierno, sin cuya ayuda el General Díaz no hubiera hecho nada; ellos le hacen el favor de postularlo para el nuevo período, pero con la condición de que se ocupe desde luego de organizar las instituciones, de hacer que impere la ley, de dar vida á la democracia, alentando á los partidos políticos y sobre todo, de acabar con el militarismo (el presidente de la llamada convención es un antiguo militar) por medio de un Gobierno netamente civil; es decir, entregándole el poder á Limantour y Cía. ¿Y si el General Díaz, no cumpliera con estas exigencias de sus *favorecedores*? Pues entonces, esclama el orador, hay que buscar hasta debajo de la tierra, á los liberales (científicos) y si se encuentran (que no se encontrarán, como no lo estuvieron en la Cámara el día del Gran Jurado) la patria está salvada. ¿Cómo? Como en 1810, como en 1832, como en 1857, como en 1867; es decir, por la *revolución*. (Afortunadamente la Nación ya ha visto el pié de que cojeau los científicos, por de pronto silbará este discurso dautonesco, mientras el General Díaz los acaba de reducir á la nada, que casi son.)

Que este es el resumen de lo que afirmó el orador, no cabe la menor duda; y no sabemos cómo, habiendo en aquella reunión empleados que se dicen porfiristas, pudieran aplaudir semejantes ataques á la labor altamente patriótica del Gobierno del General Díaz.

No, señor Bulnes, la Nación ó Jalisco, no pueden desear que el sucesor del General Díaz se llame "La Ley," porque este ilustre Gobernante, así se llama; y precisamente haciéndola cumplir, organizando y perfeccionando las instituciones tanto civiles como militares, cir-

conscribiendo sus esferas de acción y robusteciendo la defensa nacional, es como ha dado paz en el interior y crédito en el exterior; á cuyo amparo ha nacido y aumentado colosalmente el bienestar del pueblo.

Por otra parte, el partido liberal existe y se llama ahora porfirista; pero es y por lo visto será siempre, el partido del Gobierno, el partido de la ley, del órden y del progreso; á él están filiados militares ameritados y civiles verdaderamente útiles, pues la gran mayoría de hombres intelectuales y trabajadores del país lo forman; y para que la ley sociológica que cita Ud., señor Bulnes, se cumpla, existe también el partido antigobier-nista, ahora antiporfirista integrado por ustedes los del grupo de la conciliación, por clericales sin conciencia, por jacobinos sin sentido común y por algunos militares de revuelta, sin más punto de unión que el despecho que siente la impotencia para realizar locos sueños de poder y de negocio.

No tenga usted miedo, Sr. Bulnes; el partido porfirista sabrá cumplir su misión, y sabrá continuar dirigiendo con tino el gobierno de la Nación, cuando desgraciadamente falte su actual Jefe, el eminente General Díaz; y sin duda sin el auxilio de las burdas intrigas del grupo petulante llamado científico y por ende de la llamada convención liberal.—*El Correo de Jalisco.*

Triste y Vera Efigie del Grupo Científico.—Falso! Vil! Torpe!

Cualquier orador aunque sea muy malo, puede arrancar muchos y nutridos aplausos de una asamblea bien dispuesta; la llamada Convención Liberal, no merece ningún reproche, en consecuencia, por sus palmas y sus bravos al extravagante tribuno Bulnes; pero es el caso que el discurso de este señor ha pasado á la prensa; allí seguramente lo habrán leído los miembros de la Convención y muy especialmente los del Grupo Científico, interesados de manera muy intensa en hacer triunfar sus torpes y miserables convicciones ante la opinión. Previa pues, esa lectura, previo el análisis tal vez minucioso del discurso, es como han recomendado su *inmensa circulación en el país*, y le llaman: *soberano, inyección de vida que levanta los ánimos, condensador de un momento interesantísimo en la marcha del pensamiento social* los señores Pablo Macedo y su hermano Miguel, Rosendo Pineda y Joaquín D. Casasús. El Sr. Emilio Rabasa con seguridad firmó esos juicios y tal deseo con los anteriores en virtud de haber redactado él un Manifiesto que aplaudieron los mismos, y no pudo decirles: vuestra admiración por mí es buena, la que tributais á otro es mala y . . . firmó! Firmaron también algunos provincianos de talento que no se ocuparon en leer la pieza oratoria, firmó Elizaga porque le pidieron su nombre; firmó Moheno porque firmó Pineda, y después comienza el rebaño de Panurgo: Díaz Dufoo, Peña Idiaquez

Las firmas de los Macedo, Casasús y Pineda significan que los Jefes supremos del grupo científico se hacen solidarios, aplauden y quieren que la nación acepte las ideas de Bulnes: "*ellas son, dicen, una inyección de vida*"..... ¡Bien; pero antes de aplicarnos la gerin-ga, veamos si el caldo no está podrido!

* * *

¿Qué dijo el Sr. Bulnes? Quitemos al ave sus plumas, para ver y palpar sus formas; sólo así nos daremos cuenta del peso, calidad y demás condiciones buenas ó malas de su carne exactamente llamada "Convención Nacional Liberal;" el país y el mundo deben al orador Bulnes los conceptos siguientes:

"Vengo á fundar la candidatura del General Díaz, para la sexta reelección; jamás un pueblo demócrata ha votado una sexta reelección; pero si se prueba que una sexta reelección es necesaria para el bien del país, hay que deducir serena y tranquilamente que todavía no hemos logrado ser un pueblo democrático. Los argumentos de la reelección deben buscarse en el terreno de la conveniencia."

Se dice al pueblo: la conservación del Sr. Gral. Díaz en el poder es absolutamente necesaria para la conservación de la paz; sin el General Díaz la paz se hunde y con ella el crédito.

Nada más propio para acabar con el crédito, que anunciar nuestra caída en el abismo de miseria de donde hemos salido, cuando el General Díaz nos falte. El extranjero nos sigue prestando millones, por lo que debemos creer una de dos cosas, ó tiene una idea más levantada, más amplia, más completa, más verdadera de la nación mexicana y de la obra del General Díaz, que la proclamada por los políticos efervescentes, ó bien el crédito de México reposa en la incommensurable potencia militar de sus acreedores; en tal caso no existe, y lo que existe es el crédito militar de *sus futuros conquistadores.*

¿Qué pasa?



.....
 “Hay una verdad adquirida en sociología, y es que cuando la obra política de un estadista, no puede sobrepasar su vida, es obra fracasada.”

“Veamos la obra de reconstrucción ó de gobierno cuya gloria corresponde exclusivamente al Sr. General Díaz: La paz. ¿Cómo la ha hecho? Dice Bulnes que mediante un maquiavelismo admirable y agrega: “*Las obras como la del General Díaz duran lo que la vida de sus autores.*”

Ha creado el régimen personal; régimen que como sistema tiende á convertir al pueblo en una especie de prostituida por los grandes favores que recibe de los gobernantes virtuosos, y los golpes y crueldades que le propinan los tiranos abominables, pero bajo ese régimen, *suele* producirse una reacción saludable en el sentido de la organización política, con elementos de orden y disciplina. Esta reacción aparece ya en nuestra sociedad.

¿Existe en México un progreso político? Sí; se manifiesta en los hechos siguientes: el país reconoce que el jacobinismo ha sido siempre un fracaso; el país ya no pretende copiar la noble vida democrática de los Estados Unidos: el país está penetrado del peligro de su desorganización.....el país quiere que el sucesor del General Díaz se llame ¡La Ley!

“El objeto noble de la reelección está ya encontrado y consiste en que el General Díaz, después de haber dado á su patria gloria, paz y riqueza debe darle instituciones.”

¿Qué Ley? ¿Qué instituciones?  CUALQUIERA: el Koran, las Leyes de Indias, la Biblia, las reformas argentinas á la constitución, si se nos considera propios para una burocracia. 

Después de este último trozo incalificable, el *Grupo científico* puso en explosión toda su alma, y con entusiasmo inmenso, aplaudió, aplaudió con furia, rabiosamente, desesperadamente, las colosales estupideces, que sintetizan los anhelos políticos de sus pensadores, de sus

jurisconsultos, de sus hombres prácticos, de sus leaders, durante veinte años de desvergüenza política, estupideces, que copiamos literalmente en seguida: “¿Para nada servimos aún? Pues entónces que se nos *PREPARE* un hombre de Estado, para que nos gobierne *bien ó mal*; pero civilmente. La sociedad es un organismo esencialmente civil, que exige imperiosamente un gobierno civil, y no puede ser tratada ni confundida con un cuartel ni con un convento. (Aplausos prolongados, dice “El Imparcial” y sí fueron muy prolongados, demasiado prolongados... ¡pobres científicos!) Continuó con más entusiasmo el orador: Si no debemos tener instituciones, QUE SE NOS HAGA *la gracia que los americanos han otorgado á sus conquistados de Filipinas*: gobernarlos dictatorialmente, pero sin militarismo... (aplausos, muchos aplausos, una infinidad de aplausos.)

Como se ve ¡ésto invecta vida!; se nos dice: México era un país desorganizado porque vivía entre facciones; sobre ellas, por ley sociológica se irguió el Gral. Díaz destruyéndolas maquiavélicamente; creó así un gobierno personalista excelente; pero México es una prostituta que después de los favores del Gral. Díaz, sólo espera las patadas que le propinará el tirano abominable que lo suceda; pero suele acontecer, que bajo el régimen personalista se dé un paso hácia el progreso político. ¿Lo hemos dado nosotros? Sí, puesto que el pueblo anhela obedecer á una ley, y ya no más, á un hombre. ¿Qué ley? cualquiera... ¿Y si de ninguna somos capaces? ¡Ah! Pues entónces que *se nos prepare* un hombre que nos gobierne bien ó mal; pero civilmente... *que se nos traiga á Pepe de París*... esta es nuestra salvación. (Aplausos calurosos, febricitantes, de los Macedo, de Pineda, de Casasús, y de la chusma, de los borregos de Pauurgo, de la claque inmensa, de la beocia indestructible, inmortal, infinita!)

*
* *

No, mil veces nó; el Sr. Gral. Díaz opina que una

mayoría del pueblo no tiene algún ideal, si cree que no ama los principios de la Constitución y la Reforma, si no cree que esa mayoría rodeará con el escudo de sus pechos, y apoyaría con su brazo, hasta derramar su última gota de sangre, al hombre que ame como Juárez, como el mismo á la Constitución y á la Reforma; si no cree ésto, sólo un medio práctico, racional, seguro, se le presenta, para prolongar por algunos días la inminente ruina de México, y éste medio es precisamente el que los científicos abominan. Sí, que llame lo más pronto posible, hoy mismo, á todos los Generales, á todos los Jefes y Oficiales del Ejército, y que les diga: elegid á uno entre vosotros, para Presidente de la República, elegidle de verdad; al que más queráis, al que os parezca ó creais, más firme, más sagáz, maquiavélico, para que pueda mantener la justicia entre vosotros mismos exclusivamente, é imponer aplastante paz al pueblo entero que os deja él por herencia: sobadlo, vejadlo cuanto queráis; pero sed siempre fuertes ante él, sancionad vuestros crímenes con vuestra fuerza.....de este modo la Paz.....(octaviana y maquiavélica) que es mi obra, continuará!.....Hay una minoría de quien desconfíe ó tema, pues bien ¡que se haga desaparecer.....lentamente.

Si somos una horda, como nos pinta el señor Bulnes, no podemos *retardar* por otro medio la catástrofe de la conquista, después ya *se nos hará la gracia* que los americanos han otorgado á sus conquistados Filipinos".....pero serán los mismos americanos los encargados de ello!

* *
*

¡Qué baldón, para la Convención Liberal, haber aplaudido semejante discurso! ¡Pero al mismo tiempo qué revelación tan importante, tan útil, tan valiosa para la patria, para el pueblo. Ya sabemos, mediante ella, *qué son, lo que quieren, y lo que valen los científicos!*

En nuestro deseo ardiente de darlos á conocer al país, jamás esperamos que una palabra salida de sus

propios labios, inspirada en sus creencias, caldeada por sus odios, templada en sus indignaciones, aguzada por sus despechos, empapada en las venenosas reacciones de su soberbia, estrujada por sus derrotas, viniera á rasgar el velo que encubría su miseria, para presentarlos desnudos ante el pueblo diciéndoles: Mira, contempla, palpa á quienes tienen un gran crimen, un crimen colosal en la conciencia; un abismo insondable en el corazón una negrura indestructible en la inteligencia: No tener fé en tí, ¡oh; pueblo! No creer en tí, como han creído tus héroes y tus mártires, tus redentores y tus caudillos, tus poetas y tus sabios, quienes por creer en tí, te han amado mucho, con admiración sin límites, con piedad infinita, como Hidalgo, como Morelos, como Guerrero, como Juárez, como Porfirio Díaz. . . . porque sólo creyendo en tí, pueden haberte llamado en torno suyo, para que el mundo te contemplara heróico, abnegado, victorioso al fin, pacífico, laborioso, paciente y siempre grande en tu esperanza, creyente en tu progreso, confiado en tu fuerza de oceano.

No, el pueblo no quiere ni al Koián, ni volver á las Leyes de Indias, ni de transformaciones burocráticas en la Constitución; quiere á ésta, con sus integrales las Leyes de Reforma; y quiere que el Gral. Díaz las lleve á la práctica, las haga carne de la carne de la patria, dándole al pueblo la solemne y trascendental lección de su propia obediencia; él únicamente puede hacer este ensayo de política experimental, sin que al pueblo le cueste sangre y dolor, porque jamás usará de la fuerza, y no usará de ella, porque le ama, porque no lo cree ni un Emperador romano ni un Maquiavelo. sino que lo ve tal como es: un gran patriota, un admirable estadista, un hijo del pueblo, más fuerte que todas las fuerzas que ahogaban las libertades, y los anhelos de dicha del pueblo mismo. . . . porque la obra de Porfirio Díaz es obra del pueblo, que los menguados no han visto, ni comprendido, ni estimado, . . . han sido las aves de rapiña, compañeras de los batalladores del progreso, se han hartado de mendrugos y piltrafas; mientras el pueblo ha estado edificando en su corazón un amor inconmensurable por la libertad

y por la democracia, y avivando en él, un fuego, un incendio de entusiasmo supremo, hácia la justicia, el derecho y la verdad, y por ésto, el remate glorioso y excelso de la obra del Gral. Díaz, será no perecer en la cumbre de Phasga, sino llegar con su pueblo á la tierra de promisión, llevarlo hasta la tierra que le ofreció durante el exodo trágico, cuando le vió *derramar voluptuosamente torrentes de sangre* por los ideales que él sintetizaba, por la libertad y la justicia y la democracia y la ley.

* * *

Mentira que el pueblo tenga miedo, y se agarre á la reelección "como á una argolla que oscila en las tinieblas" . . . ¡Mentira! El pueblo sabe á donde va, y sabe que el Gral. Díaz lo guía por la buena senda, he aquí por que no le quiere quitar de las manos el timón; he aquí por que lo reelige, he aquí por que le presta su aliento, y he aquí por que ha tenido un estremecimiento de ira, cuando vió indicios de que se pretendía poner el manubrio en manos de un . . . ¡científico!

El pueblo ama al Gral. Díaz y ama su Ley, que es la Constitución con los principios de la Reforma que la integran, cree y confía que el patricio esclarecido, es capaz hoy como ha sido durante medio siglo de pulsar los anhelos y actitudes del pueblo y proporcionar con tacto y prudencia exquisitos, la satisfacción de los primeros, á la fortaleza de las segundas; á nadie, absolutamente á nadie, permitiría el pueblo que lo rigiese arbitrariamente, sin el cartabón, sin el carril de la Constitución y la Reforma; sólo al señor general Díaz le permite y le pide con el respeto que imponen los inmensos servicios que ha prestado á la Patria, que extienda *más ó menos*, dejando la medida á su *arbitrio*, las libertades constitucionales; á cualquier otro se las exigiría todas, sin la menor restricción é inmediatamente; al no obtenerlas, las arrebataría por la fuerza, volvería al campo de batalla, no por "*amor á la sopa*," pues en la esclavitud plutocrática, burocrática, ideal de los científicos, no

les faltaría; sino por amor consciente y profundo á la Libertad y á la Justicia.



¿Que temen los científicos? ¿A la abyección del pueblo? Pero si todo abyecto es pacífico... todo abyecto se deja herir, espolear, robar sin una protesta, sin un arrebatado de vengadora ira. Un pueblo abyecto dejaría que cualquiera de ellos ó todos, se irguiesen en tiranos mientras el pueblo trabajaría, bregaría con la corteza de la tierra, con las rocas de las minas, con el fuego de las fábricas, con el martillo de las forjas, con los fardos en los muelles, sin exaltaciones, sin tumultos, pacíficamente, pacientemente, hasta ser llevado al matadero dulce y estúpido como un cordero, sólo para que sus amos medrasen.

¿Qué temen los científicos? ¡Ah! temen al pueblo que adora la libertad, la democracia, la justicia; temen al pueblo partidario del General Díaz, porque él es el adalid de esa libertad, de esa democracia y de esa justicia; temen al pueblo, porque ellos no tienen en su corazón ese mismo amor, y se sienten débiles ante el porvenir. son ellos los que se *asen á la reelección como á una argolla que oscila en las tinieblas*; son ellos los que tiemblan ante las reparaciones de la Justicia violada. . . . El pueblo marcha con el General Díaz, en la seguridad de que va á la luz; porque el Gral. Díaz ha sentido ya la formidable presión de sus aspiraciones de libertad, y se las otorgará sin que estalle la válvula, sabiamente, hábilmente, y con toda alegría, con la satisfacción áitiva y nermosamente. *viriñ del ingeniero que quita el maderamen de la atrevida cúpula, y la ve permanecer erguida y firme, sobre el abismo.—(La Unión.)*

“El Grupo Científico” disfrazado de Convención Nacional.

Macedo fué la ironía, Casasús el tedio, Bulnes la mordedura.—Los hombres que defienden las instituciones y los bolsillos.

Después de largo período de silencio político y literario, aparece en la tribuna el señor D. Francisco Bulnes, con la espina dorsal vencida por la senectud, desdeñosa hasta la impotencia, desordenada hasta la locura, en atrevida actitud de violar el candor del auditorio, como el simio que exhibe una lengua de serpiente dentro de las franjas de púrpura del último libro del *Ciro Ceballos*.

La oración de Bulnes, recoge y abulta y avienta las ideas eximias que han bregado con valor y con tesón y con buena fé durante ocho meses de imponente escándalo periodístico. Lo que en esa oración puede reputarse por flamante en su mácula de pecado original: la lógica sin persistencia en el impulso, sin concierto en el análisis, sin propiedad en la síntesis; la lógica que huye sus compromisos, que se aterra ante el deber de ser rectilínea y se desliza por el plano inclinado de las conveniencias del cortesano, la lógica que en la oratoria del señor Bulnes produce un estrépito infernal en las primeras palabras, y un silencio de muerte en las últimas; que muestra biceps de atleta en la premisa, y resulta endeble y vil y cobarde y ridícula en el corolario.

Un miembro de la Convención vió al través de las burbujas del *champagne* que la fisonomía intelectual del señor Bulnes era semejante á la de Taine. El similar es detestable. Bulnes ha tomado mucho de los pro-

cedimientos de Taine; pero no tiene ni la enorme ciencia, ni el enorme espíritu crítico, ni la enorme sinceridad del autor de "Los Orígenes de la Francia Contemporánea," Taine es admirable en el método, y dentro de él, destruye como una piqueta, muerde como un sarcasmo, clava la idea como una garra y perfuma la línea con la honorabilidad del pensador sin prejuicios asquerosos y sin pavuras leporinas. En Taine vibran los tonos penetrantes y solemnes de la verdad y el aroma exquisito de la honradez, sin encogimiento y sin elasticidades.

El señor Bulnes, fabrica discursos llenos de generalizaciones falsas, de paralogismos abominables, de incorrecciones dialécticas, tau claras, que sólo se conciben retorciéndose en el grito de una suprema audacia. En los discursos del señor Bulnes, el vocablo salta como un epiléptico, se contorciona como un juglar y, como corresponde á un redomado farsante, se cuida hábilmente de dar con el cráneo en el *ring* y de llevar el rostro enharinado de sinceridad. ¡Todavía hay hojas públicas y buenas gentes que creen bello y veraz el último discurso de Bulnes! ¡Todavía tras el ruido de ese monton de verbosidad calentado en la llama de un odio latente, se endereza un hombre para decir en voz alta que Bulnes es un historiador que se conduce como un naturalista; que Bulnes tiene semejanza con el altísimo pensador, con el hourado dialéctico que, hundido en los archivos y al seguir en el amarillento papel los antiguos escritos, ha estado á punto de hablar con los muertos.

Pero la fisonomía intelectual del señor Bulnes no sería objeto de nuestros reparos, si ella no apareciera incrustada en la misión de *leader* que le confió la Convención Nacional—el GRUPO CIENTÍFICO, como ha dicho el más serio de los órganos clericales.

Los señores Macedo y Casasús, cedieron á Bulnes la palestra. Macedo dijo breve oración, en la cual todo es desdichadísimo: desde el lenguaje hasta el pensamiento, desde el habla más llena de manchas que un camaleón, hasta la idea como simiente sin púlmula y sin radícula. El señor Macedo dijo que en los pueblos ignorantes y pobres no florecen las instituciones demo-

cráticas, y que el GRUPO CIENTIFICO no adora el *becerro de oro*. La enseñanza sociológica es muy vieja. Lo único que ella debe al señor Macedo es haber sido engastada en la peor forma posible. Pero, so pretexto de tal enseñanza, el GRUPO CIENTIFICO pretende dejar en cueros al pueblo semidesnudo, é inyectar más estolidez en las venas de la masa inculta. La línea de conducta de los *científicos*—políticos de la más baja estofa, que han ofrecido durante veinte años el espectáculo de una espantosa voracidad mercantil—ha sido y sigue siendo, no obstante que predicán sin cesar la penuria material é intelectual del pueblo mexicano, arrancar á éste hasta la última triza que lleva asida al cuerpo y arrojar más tinieblas en la noche de la ignorancia nacional.

Sin embargo, el señor Macedo afirma, bajo su palabra de honor, que el CUERPO CIENTIFICO no adora el becerro de oro. Y, en efecto, el GRUPO CIENTIFICO ya no adora becerros de oro. Enriquecido por las concesiones, pletóricos los bolsillos no sólo por los rendimientos de la propia y milagrosa fortuna, sino por el rédito de los capitales de la beneficencia, ha empezado á sentir avidez hasta por los guñapos de manta del pueblo. ¡Quizá desée aumentar los colgajes de la vieja trapería *científica*! En esta nueva faz de la avidez del GRUPO se descubre su origen: el GRUPO CIENTIFICO fué trapero veinticuatro horas antes de ser potentado.

Para dar ascenso á la afirmación que hace el Sr. Macedo bajo su palabra de honor, sería menester que nos explicara cómo ciertos hombres del GRUPO CIENTIFICO, que vivían de limosna en México, levantaban poco tiempo después suntuosos palacios en las principales calles de la población; cómo ciertos hombres de ese GRUPO á quienes hemos visto chorreando la grasa de la inopia, se han presentado muy pronto acicalados y bruñidos y golpeando el asfalto de Plateros con un tronco de yeguas inglesas; cómo ciertos hombres de ese grupo han hecho el tránsito del harapo á la púrpura, de la buhardilla de alquiler á la casa propia, de la miseria á la ostentación, de la humildad ulcerada y pestilente, al orgullo recamado de seda y constelado de brillantes!

El discurso del Sr. Casasús, mueve á risa, Casasús convierte la sintáxis en el arte de un peluquero, que diría Don Emilio Castelar. La frase de Casasús es una frase al óleo. Se unta y tñe con toda suerte de espe-cíficos; pero no puede ocultar el arranque ceniciento de la canicie. Es una frase decrepita, afeitada y ridícula. Presume de sobria y es necia, presume de artística y es artificiosa, presume de maciza y es hueca, presume de pura y elegante y es incorrecta y desgarbada.

Es fuerza volver al *leader* del GRUPO CIENTIFICO, al señor Bulnes, que baldona al gobierno del Gral. Díaz y ello no obstante, pone en tierra la rótula y proclama la necesidad de que el Gral. Díaz nos gobierne; al señor Bulnes, que truena contra el *régimen personal como sistema*, y juzga una excepción muy buena *veinte y cuatro años de régimen personal*; al señor Bulnes, que sugiere al público tremenda requisitoria contra el Gral. Díaz, y termina votando *con cariño* la sexta reelección del mandatario.

Para el señor Bulnes, la lógica es el arte de decir y contradecirse, de condenar y absolver por el mismo motivo, de afirmar y negar al mismo tiempo. Y sin embargo, el señor Bulnes es el representante genuino del GRUPO CIENTIFICO. Es la carne y la sangre y la palabra y la demencia del grupo. Es la plástica, la forma tangible del valor lógico y político y personal de los CIENTIFICOS.

El GRUPO CIENTIFICO se disfrazó de Convención Liberal y arrojó á Bulnes disfrazado de dialéctico, como arrojó á Casasús embadurnado de purista y á Macedo piutarrajeado de político sano. En realidad Macedo fué la ironía, Casasús el tedio, Bulnes la mordedura.

Bulnes mordió á Lerdo, mordió á la plebe mexicana, mordió á los militares, mordió á los jacobinos, mordió á los conservadores, y mordió al Gral. Díaz. Sólo que el general Díaz vive y da quincenas á Bulnes. . . . Y ello obligó al formidable dialéctico á depositar de rodillas un ósculo amoroso en la brecha abierta por la última dentellada!

El GRUPO CIENTIFICO dijo al país que se proponía darle *una lección objetiva de democracia*. La democracia no ha preocupado jamás al GRUPO CIENTIFICO. Pero como algunos cerebros de rana que, con el carácter de delegados, concurrieron á la Convención, han creído en la enseñanza objetiva, y que ella fué ordenada por el señor general Díaz, como si hubiera en el mundo un solo gobernante que ordenara hacer tiras el propio pellejo —debemos romper vigorosamente los tupidos velos de la Convención Nacional.

El aire no produce el fenómeno de la visión: no se percibe el oxígeno, no se ve el vapor de agua, no prende imagen en la retina el ácido carbónico. Un cerebro de esos que la Convención arrancó á las sombras de la ignorancia, podrá sostener la herejía científica de que el aire no es un cuerpo y se atreverá á negar la existencia del oxígeno, del vapor de agua y del ácido carbónico. Pero el hierro se cubre de orín, ó, para producirnos técnicamente, se combina con el oxígeno y el agua; adquiere mayor volumen y, por ende, mayor peso; y este es exactamente el del oxígeno y el agua que se han desprendido del aire. La sal común absorbe el vapor de agua que procede de la atmósfera. Y, por último, el ácido carbónico enturbia el agua de cal y su peso es mayor, y el carbonato de cal forma un precipitado. Y entónces uno de esos cerebros de rana tiene que creer ó reventar.

El GRUPO CIENTIFICO es invisible para los imbeciles; no está en niuguna parte; los delegados han acudido á una Convención organizada por el señor general Díaz; no parece el GRUPO CIENTIFICO, no existe en la superficie del territorio nacional: es una ficción de los jacobinos, que por primera vez crean algo, aunque sea un mónstruo político semejante al pulpo del poeta francés.

Pero se sorprende una maraña de gigantescos tentáculos que se adhieren como ventosas á los puestos públicos, que verifican aterradora succión sobre el erario, que se pegan á la ley de pluralidad de los bancos hasta extraer el monopolio de las concesiones, que absorben el dinero de la institución de veneficencia, que aprisionan

los corretajes de los empréstitos más onerosos que ha contratado la República, que chupan la savia del país, que estrangulan la riqueza pública, y entonces hay que creer ó reventar.

El GRUPO CIENTIFICO tiene en la historia contemporánea un perenne agujero: el de la conspiración. Allí ha visto trascurrir veinte años, sacando las uñas para clavarlas en todos los negocios, grandes ó pequeños, limpios ó sucios. El último negocio del GRUPO, fué la Presidencia del luteciano José Ives Limantour. El GRUPO pensaba entregarse á la orgía de la rapiña. Para ello no eran óbice teórico las instituciones, y sostuvo con ahinco el *jus soli* como grímpola para cubrir el audaz contrabando político. Por fortuna para la nación, el señor Díaz hizo arrear la baudera y hundió en el oceano la fraudulenta mercancía. Y de aquí dimana la inquina que arde en el corazón del GRUPO CIENTIFICO, el odio que muerde al General Díaz en el discurso Bulnes, la rabia que azota la reputación del fuerte gobernante en el estadio de la prensa mexicana y en las hojas volantes que vienen de las fronteras de la República.

Los CIENTIFICOS pueden presentar al país el más hermoso programa de gobierno; pero es preciso que el país sepa que los CIENTIFICOS no cumplirán más programa que el de enriquecerse. Ellos impugnan á los jacobinos porque sólo han sabido demoler; pero nosotros debemos impugnar á los CIENTIFICOS porque sólo han sabido construir casas con el dinero ganado en la industria pública.

Los pueblos necesitan acreditar la honradez de los grupos con pretensiones de mando para tener confianza en ellos. Y el GRUPO CIENTIFICO sólo ha dado, durante veinte años, pruebas contundentes de suma habilidad en el escamoteo. Es una banda de californianos, una legión de *gambusinos* que hurgan el cieno crispados por la fiebre del oro!

No será menester que las fuerzas vivas del país ter-

minen la formación de un nuevo mexicano para romper la pugna con el partido CIENTIFICO. La pugna existe ya. El régimen de la expoliación, que es el régimen de los CIENTIFICOS, ha vencido la resistencia nacional, y enfrente del partido CIENTIFICO, surge el partido de los hombres que defienden las instituciones y los bolsillos!—*La Nación.*

El Sr. General Díaz es la Ley.—Al señor Bulnes.

El General Díaz es y ha sido la conciencia de la ley.

Las leyes son letra muerta, sólo palabras escritas, si detrás de ellas no existe un espíritu ó un grupo de espíritus fuertes y honrados que la sostengan, la defiendan y la hagan cumplir.

En esta vida social nuestra, que no es más que un combate artero, una conspiración constante contra la ley, que es la disciplina, la paz sólo era verosímil el día en que la ley encarnara en un hombre fuerte de brazos y alto de espíritu, para imponer esa disciplina á un pueblo irritado, inepto para la paz por las consecuencias de la guerra.

Detrás de la ley inglesa está el pueblo inglés cuyos individuos son superiores á sus leyes, según frase feliz de un publicista moderno; detrás de la ley francesa está una agrupación de republicanos compacta, y resuelta ante el extranjero constantemente espoleada por la conspiración monarquista; detrás de la ley mexicana (la Constitución de 57, y Leyes de Reforma, señor Bulnes,) está el General Díaz como una sublime integración de todos nuestros espíritus, de todos nuestros anhelos, y de todas nuestras esperanzas.

El General Díaz es la Ley, señor Bulnes, y es importante, es necesario, es un deber de todos los que sentimos *el atavismo* de la Patria, no prohijar, sino combatir con energía todas esas apreciaciones de exótica sociología en que abunda el discurso de usted, y que no son más que la síntesis de la murmuración y del despe-

cho, recogidos en las antecámaras de palacio, ó en los corrillos de los políticos que tratan de minar, por la conspiración, lo que no pudieron derribar por otros medios.

El General Díaz es la Ley que se ha defendido, que se defiende y se defenderá de los ataques múltiples é incansables, del dogma, de la pseudo-ciencia y la impaciencia, nerviosa y agresiva de los liberales á quienes, por antojo, llama usted jacobinos; es la Ley que se defiende del industrialismo político, el cual convierte á los individuos en caballeros de industria, y á los grupos en facciones ó en cuadrillas prestas á lanzarse sobre los altares de la patria en pos del botín y la riqueza.

La lucha no terminó el día en que el Gran Presidente inauguró su gobierno; simplemente cambió de terreno. La táctica y la estrategia se convirtieron en diplomacia, y la espada con que el bravo general defendió la integridad de la Patria, de la Constitución y de las Leyes de Reforma, se trocó en fuerza moral enorme para contrarrestar y vencer sentimientos, ideas y tendencias, todo convergente contra la ley.

Se equivocan los que suponen que el Gobierno del Gral. Díaz ha sido la paz *octaviana* del Imperio Romano; el gobierno del General Díaz ha sido, y es todavía, una continuación del combate en defensa de la ley, sólo que los enemigos vencidos en la guerra trocaron el fusil y la espada por las arteras armas de la hipocresía y la perfidia, y los soldados de la ley, que eran los liberales (hoy jacobinos) subalternos del General, han tenido que someterse, trocando la ordenanza militar de los campos de batalla, por las severas medidas de orden, indispensables para el nuevo género de combate. Sí, señor Bulnes, los *jacobinos* obedecemos por disciplina, al General, porque los enemigos están en pié contra la ley, y usted es uno de tantos.

No recurriremos á la Historia, porque usted lo ha hecho en demasía en su discurso, lo mismo que los que tan felizmente lo han impugnado; solamente repetiremos la reminiscencia de que el General Díaz, desde su más temprana juventud, defendió como soldado la Constitución de 57 y las Leyes de Reforma, hasta que

En un día de victoria quedaron bajo su salvaguardia. ¿Cree usted verosímil, señor Bulnes, que el General Díaz pueda perder en un día de deslumbramiento su sólida complexión moral, desarrollada por largos años de pasión y de lucha por la ley?

Apenas abierto el régimen Constitucional, las huestes jacobinas (hordas como las llamaron los lerdistas del 72), se desbordaron embriagadas con el éxito, olvidando la disciplina. El triunfo de la democracia había dejado abiertas de par en par todas las puertas á la ambición y, tanto en los Estados como en el Distrito Federal, fueron ocupados los puestos públicos á través de una borrasca electoral, necesariamente violenta y defectuosa, por la fiebre de los vencedores y el retraimiento de los vencidos. Los partidos conservaban una actitud amenazante, prodromo de una reacción sangrienta en la cual pudo haber naufragado la bandera del pueblo, porque era el pueblo mexicano el que había triunfado con el General Díaz, preciso es confesarlo, señor Bulnes. El General Díaz fué levantado al Poder por la ola inmensa de la República que lo aclamaba por todos sus ámbitos.

En estos momentos de agitación se hizo sentir por primera vez la voluntad serena y formidable del caudillo, reprimiendo con severidad á los suyos á quienes hizo comprender que no se habían desligado todavía del deber de la obediencia, porque apenas estábamos en los comienzos de la nueva faz de la guerra; hizo entender á los jacobinos que el imperio conquistado de la Constitución y la Reforma era para el pueblo, no para ellos que, como fieles soldados de la libertad, quedaban obligados á la misma abnegación con que en los campos de batalla se sometieron á la ordenanza militar, y á los mismos sacrificios; reprimió todas las impaciencias, castigó todas las rebeldías y, volviéndose á vosotros, los enemigos incansables de la ley, os hizo entender, con toda la fiereza del pueblo concentrada en un solo hombre, que estaba dispuesto á liquidar las deudas de la guerra si es que quedaba alguna deuda por liquidar.

Sobrecogidos por el terror os replegasteis *todos* en

azorado grupo, como las greyes al estampido del rayo, y las huestes porfiristas, volvieron á formar tranquilas, descansando sus armas en espera de las órdenes del jefe.

Tal era la situación cuando la *Ley viva y consciente* volvió á recobrar su imperio. Ya no era sólo el Verbo de Juárez, era la carne de Porfirio Díaz....

La Ley se hizo carne, señor Bulnes, este es el fenómeno social.

El terreno había quedado escampado y abierto; todos se habían replegado, unos por disciplina, otros por miedo; iba á inaugurarse la competencia de las aspiraciones y los derechos, en presencia de la ley. Vosotros, todos tímidos y vergouzantes, os aproximasteis al Poder esperando la represalia ó el alejamiento y, con enorme sorpresa de vuestra parte, os encontrasteis, amplio el paso, y todas las puertas abiertas á vuestras tendencias; visteis atóuitos que lo que había triunfado era la libertad para todos vosotros los vencidos de Querétaro, de Teacoac y de Guanajuato; el régimen constitucional era propicio para ocultar vuestras ambiciones y vuestras voracidades, y os precipitasteis en el Parlamento, en los Tribunales, y en la Administración, en esta hora de indulto supremo, unos protestando guardar y hacer guardar la Constitución y Leyes de Reforma *con reservas mentales*, otros atropellándoos por asaltar la tribuna, pletóricos de odio contra la Constitución hija bastarda de soñadores menguados é ignorantes; y por último, algunos (tibios adoradores de una legalidad casera y exótica en el candente terreno del momento histórico,) para sotarse como los siervos. Los cañones del General Díaz os vedaron el fratricidio para lanzaros generosos por los campos del debate, por la civilización y la felicidad humana.

También entre los mismos liberales, exasperados é impacientes, surgieron enemigos de la Constitución pretendiendo ponerla en complicidad con la opresión, el *chantage*, la calumnia y la diatriba.

Hay que repetirlo: las huestes porfiristas, las huestes de la Ley, Señor Bulnes, mientras se desarrollaban

tales acontecimientos, formaban silenciosas y austeras, pero confiadas en su caudillo.

Así se inició, qué decimos, así prosiguió la lucha iniciada en Tuxtepec y continuada en los gabinetes de la Administración, en los escaños del Parlamento, en la prensa y en los Estados; por todas partes renacía la hidra contra la Ley, como con Comonfort, como con Juárez, pero en esta vez, ya no era la Ley inerme, era la Ley armada y fuerte, era Porfirio Díaz que protestó, y protesta todavía periódicamente, ante la Representación Nacional, guardar y HACER GUARDAR la Constitución y las Leyes de Reforma.

Miente quien da á entender que el General Díaz ha suplantado á la Ley, no se registra un sólo atentado contra ella en toda la historia del Gran Presidente. Los miopes y los perversos, confundiendo por ignorancia ó mala fé la Administración con la Ley, ven con disgusto que los intereses del pueblo están bajo el amparo de una energía incontrastable, en una palabra ¿sabéis lo que significa la voluntad del General Díaz en la Administración? una coraza que protege el corazón de la patria!

Es, pues, nuestra opinión, la opinión de todo el pueblo mexicano que es el gran partido porfirista, que no hemos hecho *personalismo* ni *excepcional* ni *sistemático*, al proclamar periódicamente la reelección desde que el General Díaz advino al poder; creemos hacer un trabajo radical sosteniendo al que prodiga, como usted señor Bulnes afirma con acierto, un gran respeto á la *forma solemne de las instituciones* y creemos con honrada certidumbre, que el pueblo mexicano va entrando *por adaptación*, en las formas institucionales creadas no por el capricho, no por sueños de grupos, por su número insignificantes en medio de los intereses de la Nación, siuo por necesidades ingentes de la patria.

¡Ah, las formas! Las formas son terribles; ellas sirven de obstáculo á muchos progresos, pero, en cambio, son barreras donde se estrella todo lo que es informe. La forma es la *individualidad*; es la membrana que circunscribe la cédula, es el tegumento firme que

establece y disciplina las relaciones entre el medio externo y el interno; la forma es la garantía de la existencia de todos los seres que gozan de autonomía.

El extranjero sabe esto y se conduce respecto de nosotros, sin consultar el pesimismo de la llamada "Unión Liberal."

Podríamos desafiar á usted y al círculo á que pertenece, aliados ustedes al partido conservador y al clero, á que, todos juntos, en vida, ó después de muerto el General Díaz, echéis por tierra las formas institucionales adaptadas por México.

Sentada la premisa falsa falsísima, del *personalismo excepcional* del General Díaz, el señor Bulnes se desbarrauca por los voladeros de la lógica de una manera inevitable, fatal. Cuando desaparezca el personalismo del General Díaz, pregunta el señor Bulnes, ¿qué quiere el pueblo para después? y responde con un énfasis de pasiones altas: "la Ley"

A la verdad que en el pasaje correspondiente del maltrecho discurso, el señor Bulnes se ha expresado como un esclavo; pide misericordia á una *omnipotencia* invisible, dice: "que *se nos dé* un Sultán, las Leyes de Indias si aparecemos á propósito para formar una monarquía de castas; la Biblia si *se nos declara* judíos; las reformas argentinas si se nos considera propios para una burocracia . . . ¿para nada servimos aún? Pues entonces que *se nos prepare* un hombre de Estado para que nos gobierne bien ó mal, etc."

Ustedes, señor Bulnes, nos presenta el más precioso ejemplar de la ley de las reacciones. El buen jacobino galvanizaba al pueblo con ensueños de grandeza para lanzarlo al heroísmo, vosotros le inspiráis desaliento hasta la abyección más repugnante y pernicioso. Gritáis: somos unos infelices, en nombre del cielo salvadnos de nuestra miseria! pero ¿quién nos ha de salvar, señor Bulnes? ¿quién nos ha de dar el Sultán? ¿ante quién hemos de aparecer á propósito para la monarquía de castas? ¿quién nos ha de declarar judíos? ¿quién *nos ha de preparar* al hombre de Estado que nos gobierne?

No querríamos tomar á lo serio el contenido del

período oratorio citado; quisiéramos creer que se ha tratado en él, simplemente de hipérbolés, porque de tomarlo al pié de la letra, resultaría una gravedad espantosa. Todas las ideas contenidas en el período susodicho del discurso en cuestión, están contenidas dentro del concepto de una omnipotencia y ¿quién será ese poder capaz de dar un Sultán á una Nación de catorce millones de habitantes? ¿Quién es el que nos ha de tratar como á los filipinos? ¡Los Norteamericanos! ¿Por qué no lo dijo usted de una vez? Usted, Señor Bulnes, ofrece la Nación mexicana á los piés de la República vecina, como Gutiérrez Estrada la ofreció á los piés de Napoleón III. ¡Siempre el mismo cariz de la plutocracia, siempre sus incurables tendencias! Si la Nación mexicana no tuviese amor á la Constitución, á sus Leyes de Reforma, y á sus *jacobinos*, los sostendría por instinto de conservación.

El señor Bulnes aparenta creer que en la actualidad no hay Ley, solo la persona del General Díaz; para aquel gran sociólogo, el pueblo mexicano ha gozado de autonomía nacional por más de treinta años, sin ley! Fenómeno inaudito sólo aceptable por los que desconocen, ó fingen desconocer el verdadero significado de la palabra y los caracteres del concepto.

La ley existe por sí misma; es la integración que resulta del conflicto y movimiento de las pasiones, las ideas y los impulsos provocados por las necesidades de los pueblos. La ley política es como la ley científica: "la expresión de relaciones necesarias derivadas de la naturaleza misma de las cosas". El señor Bulnes aparenta desconocer lo que es la ley para podérsela presentar como instrumento de paz; como la cadena para el esclavo, y la mordaza para el blasfemo; confunde la ordenanza militar, la regla monástica y el reglamento de policía con las leyes, y para él son lo mismo las órdenes del mandatario que las leyes. Detestable confusión!

La Ley vive por sí misma, señor Bulnes, y la existencia de los reglamentos que usted llama leyes, es precaria, transitoria, cuando están en contradicción con aquella.

He aquí cómo un cerebro lleno de microbios puede presentar los síntomas atávicos de un fetiquismo inconsciente; he aquí cómo los esfuerzos desordenados del egoísmo, conducen de un modo inevitable, por el despeñadero de los sofismas, hasta los más primitivos conceptos del orden social.

No es preciso ser muy valiente para arrojar al rostro de los desheredados el fango de su miseria y de sus vicios; para lo que se necesita valor es para decir la verdad á los felices, á los fuertes que tienen pan para callarnos, y hambre con que castigarnos. Vosotros presentais, en el momento histórico actual, el curioso espectáculo de los cortesanos de Luis XVI que se embriagaban con las doctrinas de la enciclopedia, en presencia de los esplendores de la libertad americana, desconociendo que aquellos albores significaban relámpagos para Francia, y que aquellas doctrinas, eran los dolores del pueblo torneados por el arte y levantados por la filosofía á la altura de los privilegios.... ¡Tened cuidado aun puede volver el *Estado Llano* á los escaños del Parlamento... !

Pero nosotros vamos á decir á la Nación lo que es la Ley (no al señor Bulnes, que lo ignora.) La Ley es un pueblo magullado, como dice el señor Bulnes, maltratado, desgrefiado, quebrantado, chorreando vicios, chorreando miserias, chorreando sangre, chorreando á veces gloria y siempre ambiciones; el cual resuelve, en ideas y en fórmulas, sus impresiones y sus angustias, y acaba por integrarlas en una voluntad suprema capaz de disciplinar las ansias de los que sufren y de aplastar las pérfidas reacciones del egoísmo siempre adherente á los pendones de la victoria. La Ley mexicana es la evolución del pueblo mexicano algo así como un decálogo esculpido en la petrificación de la carne, la sangre, el sudor y las lágrimas de tres generaciones.

En el discurso del señor Bulnes se esbozan á cada paso analogías que denuncian rebeldes y vergonzantes intenciones. Dice que la obra de los jacobinos ha sido siempre un fracaso. El nombre de jacobinos con que la facción científica ha bautizado á los liberales de Méxi-

co, indudablemente que ha sido inspirado por comparaciones con Francia, y si el fracaso de los jacobinos franceses fué Napoleón I, debemos entender que el fracaso de los jacobinos mexicanos ha sido Porfirio Díaz. ¡Torpe ceguedad!

Porfirio Díaz no ha sido un fracaso, es una victoria. Ante sus huestes desarrapadas que chorreaban miseria y sangre y gloria, huyeron los felices obstruccionistas de la obra de Juárez, para volver sumisos é hipócritas á postrarse á las plantas del Gran Estadista, augusta personificación de las Instituciones Mexicanas.

Lo que ha ofuscado aparentemente ó de buena fé al señor Bulnes y sus congéneres, es el fenómeno de las instituciones conscientes y armadas con la férrea voluntad de un hombre que en nuestro caso, está colocado *fuera de todas las condiciones de humana corrupción*.

La obra de Napoleón se corrompió por el ambiente mefítico en que se asfixiaban los pueblos de la vieja Europa; era preciso erigirse en rey para luchar con los reyes y disciplinar á los jacobinos corrompiéndolos para contraponerlos al séquito de los monarcas enemigos del pueblo, y fundó un imperio como se construye un baluarte. La obra del General Don Porfirio Díaz cree robusta y sana en ambiente de libertad; sus condiciones americanas lo ponen á cubierto de los mezquinos delirios de grandeza en que se pudren los gobernantes de Europa, y los jacobinos de México están disciplinados como el pueblo hebreo por el amor y la fe en su caudillo.

El partido jacobino que forma una gran parte del inmenso partido porfirista, votará por el General Díaz para el próximo cuatrenio presidencial, con la convicción de que vota por el imperio de la Ley y declara, que el pueblo que chorrea vicios y miseria, conserva todavía las energías que lo hicieron heróico antes, para convertirlas hoy hacia el trabajo y la civilización y para sostener después del Gral. Díaz, la evolución de la ley... jamás el retroceso—*El Orden de Xalapa*.

El Impulsivismo de los Científicos.— Su Historia de Conspiradores.

En uno de nuestros números anteriores, presentamos á nuestros lectores un artículo titulado: "Lo que es el partido reyista y cómo lo clasifica Bulnes." Dijimos en tal artículo cómo no cabía al grupo político llamado *reyismo*, el calificativo de *impulsivo* con que el vocero de los científicos lo regala, y cómo ese grupo *reyista*, de carácter netamente local en Nuevo León, es parte integrante del *porfirismo*, bajo cuya bandera milita; y por último, expresábamos en aquel artículo, que nos hallábamos conformes con que el representante de los presuntos demolidores de todas las grandezas patrias, haya mal calificado al *reyismo*, porque la injuria en su boca infamadora, significa que hay mérito en el injuriado.

Pues bien, aun tenemos que decir algunas palabras con referencia á la calificación de Bulnes, ya que hemos expresado que el *reyismo* se ha conducido siempre prudente y moderadísimo en los actos políticos que ha efectuado, en su campaña contra insignificante cuanto complaciente minoría de obstruccionistas, que azuzaban en su contra algunos científicos desde la Capital; campaña que por parte de los enemigos del General Reyes, terminó con la injuriosa acusación llevada ante la Cámara de Diputados, la cual, discerniendo justicia á quien la merecía, hizo una declaratoria, por unánime, sin ejemplo en los anales parlamentarios de México.

Pero decíamos que aún tenemos que agregar unas cuantas palabras sobre la clasificación del Sr. Bulnes, y ellas son para manifestar, cómo los adjetivos *impulsivo* é *imprudente*, si no los merece el partido local nuevoleo-

nes *reyista*, sí cuadran para ser aplicados al partido científico, aunque se quede muy por debajo la calificación con esos solos adjetivos, pues que más y más significativos son los que demanda el *cientificismo*.

Los científicos, en el año de 1892 intentaron la organización de una Convención Nacional, para socavar el poder del Sr. General Díaz, sin tener que poner en lugar de lo que querían demoler, mas que sus furibundas ambiciones; y fracasaron en su atrevida é *imprudente* tentativa de que se apercibió la Nación, y por lo cual les negó su concurso á esos desconocidos, incipientes entonces, para la formal organización de la Convención dicha.

A los cuatro años, ó sea en 1896, ayudados por el favor de personajes ameritados, pnes que ellos por sí nunca han tenido valer alguno, verificaron con más personal ya en sus filas, otra intentona respecto de la anhelada organización de esa Convención, que debiera servirles de base para llevar á la cúspide de sus aspiraciones, su constante anhelo de hacerse de influencia á fin de adueñarse del poder en la República; y entonces, aunque la tal Convención no se formalizó, sí tuvo cierta apariencia de asociación política, y con la audacia propia de los directores de esa Corporación que resultaba heterogénea, sin orden ni disciplina; dándose aire de ordenadores de la opinión nacional, dizque le hicieron la gracia al Sr. Presidente, General Díaz, de ofrecerle la postulación para la Primera Magistratura del país, cuando tal postulación se había presentado por muchas partes y era sabido que estaba en el corazón de cada uno de los mexicanos, y que por consiguiente, con ó sin el concurso de la artificiosa Convención, tendría que prevalecer para manifestar sus resultados á la hora del sufragio. Hasta aquí, en esta segunda escena teatral de los científicos, se les ve el deseo de conquistarse elementos de que siempre han carecido, valiéndose de éste ú otro medio, para usarlos en su tiempo, como más conviniere á sus aviesos intereses; pero la nota que demuestra su *avilantez ó imprudencia suma*, es la de que, con aquel burdo manejo, que estuvo á la vista de todo el que

se ocupara de asuntos públicos, y que naturalmente percibía hasta su fondo la luminosa, escrutadora mirada del señor General Díaz, pretendieron hacer supotier que eran verdaderos directores de la opinión nacional; que ellos, á nombre de la misma, le hacían, como decimos, el favor á nuestro ilustre Presidente, de postularlo para que siguiera riguiendo los destinos nacionales; pero (y aquí entra la peor parte de los presuntuosos políticos) al efecto, por boca de un notable literato sugestionado, que dados sus antecedentes creemos obró de buena fé, en discurso solemne, le imponían condiciones al postulado, y le decían á él, que había estado gobernando á la Nación, respetando el derecho de todos, procurando que la ley sirviera de norma en los asuntos de carácter judicial, le decían con el amargor de la censura, que la Nación por él mismo regida, tenía HAMBRE Y SED DE JUSTICIA!

¡Impertinente, ridículo reproche, en los labios del orador!

Hecha por el pueblo, y no por la dirección de los científicos, la elección presidencial del Sr. General Díaz, el citado orador fué recomendado y fué elegido para ser Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, con el fin seguramente, de que pudiera satisfacer á la misma el HAMBRE Y SED DE JUSTICIA que por su boca demandaba. Mas el electo, que sin duda encontró que no había tal *sed y hambre*, no ejèrció mucho tiempo su ministerio justiciero, y en el período que le correspondía desempeñar su puesto en la alta Corte, estuvo haciendo uso de permisos para ocuparse de otros asuntos que más se avienen á sus aficiones literarias, y á sus gustos artísticos, á su vocación por la estética, en donde siempre alcanzó brillantes triunfos. Quedó pues, solo en pie tras la aventura que señalamos: la *avilantez* de dos docenas de políticos de antesala, ofreciendo á nombre de la Nación en la que eran totalmente desconocidos, una candidatura al hombre de inmenso prestigio en la misma; la *insensata imprudencia* de imponerle condiciones, y la *ridícula impertinencia* que le lanzaron en

son de reproche, expuesta en las palabras: LA NACIÓN TIENE HAMBRE Y SED DE JUSTICIA.

Los científicos sintieron el nuevo fracaso de su segunda intentona, para crearse elementos en el país; pero á virtud de puestos que desempeñaban en el Gobierno y gajes que tenían en la Administración, y de que seguían disfrutando debido á benevolencias que solo explica la generosidad de los fuertes ante los pequeños, continuaron con sueldos y gajes, siempre conspirando para adueñarse del poder.

Vino después por virtud de complicadas circunstancias, una evolución tan favorecedora á sus intentos, que ni en el más exaltado de sus delirios, hubiera hecho verles el kaleidoscopio de sus ilusiones. Efectivamente, un hombre de eminentes dotes como financiero, sano de espíritu y limpio de antecedentes, que por estas condiciones, y especialmente por las dos últimas se distinguía entre los científicos, fué según se supo, visto por el mismo señor Presidente en su loable anhelo de dejar en buenas manos la dirección de la cosa pública de este México moderno, que ha formado al esfuerzo heroico de ardorosos afanes y constantes sacrificios, fué visto, según el decir general, repetimos, como su más conveniente sucesor, y esto trascendió á los círculos que giran en derredor del Poder, y le formó cierta aureola á aquel hombre nuevo.

Atento el Sr. General Díaz á prever las naturales contingencias del porvenir, una vez que había cumplido su obra de regeneración nacional, sin duda se confirmó en el deseo de dejar su alto puesto. A ello debió haberlo instado, la previsión dicha y el anhelo de satisfacer una aspiración gloriosa. Tal llegó á entenderse en toda la República, y trascendió al resto de América y á Europa, y publicaciones diversas expusieron que el Sr. Presidente intentaba hacer un viaje fuera del país, dejando con carácter de interino al personaje en referencia; y añadían algunas, la especie de que tal interinato serviría para preparar elementos al Presidente provisional, á fin de que llegara á serlo constitucionalmente por medio de popular elección.

Esta gradual evolución, se llegó á considerar de realización inmediata, y más, cuando se notaba que el Sr. Presidente daba vigor político á su hombre, y le formaba atmósfera, necesariamente con los amigos del mismo, con sus compañeros, con sus condiscípulos, que no eran otros que los científicos, cuyas anteriores *impertinencias* y muestras de *avilantez*, sin duda había el Primer Magistrado nuestro, que en todo se ha exhibido grande, dado por no ocurridas, al considerar los intereses de la Patria en que tiene siempre fijo su pensamiento, y al considerar que esos científicos, disciplinándose, obedeciendo al hombre nuevo que reputaban como su jefe, y vistos cumplidos sus anhelos, encarrilarían en una marcha progresiva todos sus esfuerzos dirigidos por aquel su jefe, de modo que fuese beneficiosa á la República.

Así se advirtió que, á los científicos, seguramente para que formasen consistente atmósfera á su aludido jefe, se les daba asiento en gran número de las curules del Congreso de la Unión; que eran recomendados, y resultaban electos para gobernar tres ó cuatro Entidades Federativas; que se comisionaban para estudiar problemas de trascendencia administrativa y que figuraban con carácter principal en la dirección de la prensa semi-oficial.

Todo hacía creer en el país, pues, que sería un hecho la evolución enunciada. En el gabinete presidencial, tuvieron efecto algunos cambios que parecían indicaban el propósito de rodear al que se suponía candidato al mando supremo, de colaboradores apropiados á su grave futura tarea. Entre ellos se hallaba el Ministro de Guerra, á quien se fiaba el elemento militar, sin duda para mejor garantizar esa evolución que, repetimos, se suponía de realización inmediata. Más por odio á este Secretario de Estado, algunos científicos, no obstante que de seguro comprendían que era ese Secretario uno de los elementos congruentes para facilitar la operación que estaba ya en el ánimo de todos, le armaron cruda guerra, hasta ser necesaria la disgregación de aquel Gabinete de que formaba parte; hasta producir

disenciones que alarmaron la conciencia pública. Y á esta faz de las cosas, poco tranquilizadora para un cambio tan grave como el de Presidente, cuando el que teuía que dejar el puesto era el meritísimo y prestigiado General Díaz, se atribuye el que la evolución relativa hubiera quedado suspensa y sin efecto al fin.

¿Por qué los científicos llegaron á extremos tales, que vinieron á desbaratar cuanto pudiera saciarlos, satisfacerlos en su *hambre y sed* de poder? Solo lo *imprudente é impulsivo* de la manera de ser de los que dominaban en ese grupo, y que sin duda se revelaron contra su jefe, pudo hacer que no hubieran tenido la paciencia de esperar un poco, para cambiar después á voluntad Ministros, dado que en próximas fechas como se esperaba, contarían con autoridad bastante para hacerlo.

Sea de ello lo que fuere, aparecieron indisciplinados con su director, que se supuso formal candidato para presidir á la Nación; se mostraron inconsecuentes con su protector, el Sr. Presidente, que les había dado elementos é influencia; y por odio á un tercero, se mostraron *impulsivos*, hasta echar á tierra el gobierno en perspectiva de su relacionado candidato. Tal es el hecho que se presenta, acusador, ante sus espíritus, en que tan hondamente heridas resultaron sus ambiciones.

¡He allí á los *imprudentes*. He allí á los *impulsivos*, que en sus anhelos y sus enconos, han esgrimido hasta armas suicidas!

Después.....va vemos lo que ha pasado: el empeño de formar otra *Convención*, apellidada *liberal*; la recomendación de personajes ilustres, incansables en su benevolencia para esos hombres, á la cual recomendación se debió la reunión de los convencionales; el *incontenable despecho* de los científicos, por verse constreñidos en esa asociación política que se les formaba, á postular al Sr. General Díaz para Presidente, y no á un hombre de los suyos, haciéndose conocer en toda su repugnante desnudez, por boca de su orador, el que, por otra parte sin parar mientes en que se exigía á los llamados allí, su adhesión á la Constitución y á la Refor-

ma, lanzó anatemas á la Reforma y á la Constitución, y contra sus autores y sus defensores.

Olvidaron, en sus arrebatos, la conveniencia de mostrarse serenos al ser contrariados, ya que se les favorecía con hacerlos aparecer como la causa eficiente de una *Convención Nacional*, que les sirviese para tener elementos en todos los Estados de la República; y en lugar de sacar partido de la situación que se les había formado, al procurarles el concurso de los Estados en su asociación política, en su discurso programa de la misma, dicho por el orador que representó á los científicos, escupieron, como hemos indicado, las instituciones; denigraron al pueblo mexicano, lanzaron ignominias contra el Ejército, y ofendieron al General Díaz, su protector de siempre; pues en sus arranques de *impulsivos* no pudieron esconder sus iras, y sus despechos por el aplazamiento obligado que ellos mismos tenían que pedir, para el logro del Gobierno Nacional.

¡Qué horror de *impulsivismo*! ¡Pobre Patria ofendida en sí y en sus grandes hombres, por esos impulsivos, si llegara á estar bajo los piés de ellos; de ellos, los que siendo tan ambiciosos, llegan á olvidar hasta sus propias conveniencias, cuando son arrastrados por sus arranques furibundos!

Sus atrevimientos *imprudentes* en 1892, cuando sin méritos ni antecedentes se lanzaban á empresas que sólo acusaban su ambición desapoderada; su petulante y cínicamente audaz imposición de condiciones al candidato universal de la República, como si á ellos debiera la gracia de su postulación, en 1896, con el agregado del reproche que entrañaba la *hambre y sed de justicia* que atribuyeron á la Nación; su *impulsivismo*, inspirado en odios que los ha hecho hasta esgrimir armas suicidas en 1902, y sus alaridos *bulnerianos* en 1903, al pasar por las horcas caudinas de una sexta reelección de un glorioso patricio, cuando ansiabau una primera elección en favor de un hombre de los suyos, los exhibe cual conspiradores, siempre desatinados, haciendo una carrera de obstáculos, en que cada uno de sus saltos es un desas-

tre, ocasionado por la contumaz imprudencia, y por el *impulsivismo* feroz que los arrebató.

Y si la meta de esa carrera á que se han lanzado en el vértigo de sus ambiciones, fuera algo que no significara mal para la Patria, sería de vérselos con indiferencia; pero no podrá dirigirse á otro objetivo más que al de saciar el hambre, nunca satisfecha, de los logros personales, los que reniegan del pasado nacional, los que anhelan demoler lo existente, y los que son incapaces, según lo demuestra su conducta, de hacer nada en el porvenir, si no es en su bien propio sobre la ruina de un pueblo que han befado, que han escarnecido en cuanto tiene de grande y de glorioso!

Por fortuna, la insignificancia real de los *imprudentes* contumaces, de los *impulsivos feroces* (?) los hará caer para no levantarse, en el momento que les falten protecciones; pues que si impulsivos los hemos visto, cuando la impulsión solo tiende á verificar desatentadas intrigas, y á lanzar estupendas blasfemias contando al efecto con la impunidad, nunca veremos impulso suyo ni en la intriga ni en la insolencia, cuando la impunidad no los cubra, y mucho menos en el palenque de luchas, en que se tengan que exponer los intereses personales que tanto cuidan, ó en que se tenga que hacer uso del valor personal de los combatientes, que nunca han sentido dentro de sus almas los injuriadores del heróico pueblo mexicano, de sus hombres ilustres y de su abnegado ejército, defensor de la Constitución, de la Reforma y de la autonomía de la Patria.—*La Voz de Nuevo León.*

SEGUNDA PARTE.

Opiniones sobre los Discursos leídos en la Convención Liberal.

I

“El Popular,” diario de la Capital, con el título de “Injustos ataques á la colonia española” dice, refiriéndose á la oración del Sr. Lic. D. Pablo Macedo, en que daba la bienvenida á los Sres. Delegados á la Convención Liberal:

“¿Qué necesidad de herir á España ni á nadie en tal festividad, dispuesta precisamente para celebrar, para enaltecer como merece la obra del General Díaz: obra de reconciliación, de concordia y de paz?..... Si no conociéramos al Sr. Lic. Macedo, estaríamos tentados de buscar, tras de su durísimo exordio, el gorro rojo de algún furibundo jacobino, predicando el exterminio con frases vulgares

Él, que es todo un jurista, debe recordar que ante la sociología, los extranjeros no son ya enemigos natos, como en antiguas épocas, sino hombres respetables.....”

* * *

“La Patria” dedica al discurso del Sr. Bulnes tres editoriales, en que manifiesta su inconformidad con las

apreciaciones que hace el orador, del estado de nuestro país, diciendo cómo ha alcanzado éste admirables progresos, bajo la administración del ilustre General Díaz, lo cual niega rotundamente el citado Bulnes.

"El Diario del Hogar," en diversos de sus números, consagra artículos de fondo al malhadado discurso, y expresa que es seguro que la Nación protestará contra muchos de los conceptos que contiene esa pieza oratoria.

"El País," á virtud de lo expuesto por los oradores que dirigieron los trabajos de la Convención Liberal; y la cual quisieron hacer aparecer conforme con las ideas de ellos, califica lo hecho en el seno de la Asamblea, como una ridícula comedia, preparada y ejecutada por ciertos hombres del grupo científico.

"El Monitor" defiende al Gral. Treviño, de la forma capciosa con que ha sido herido por los conceptos vertidos en el discurso de Bulnes, no obstante que presidía la Convención.

"La Tribuna" tiene duras palabras para todos los oradores de la Convención Liberal, que fueron escogidos por el centro director de la misma.

"El Imparcial" de México, es el único periódico de viso que no ha presentado una sola frase en contra de las piezas oratorias á que venimos haciendo referencia, y sí las ha reproducido íntegras en sus columnas.

* * *

"El Paladín" al referirse á lo que él reputa como errores en que incurrieron los Sres. Delegados, dice:

"Porque error fué, y error monstruoso, aplaudir una noche el discurso de Bulnes, plagado de acusaciones, de sarcasmos, de epigramas en contra del Gobierno actual, y al día siguiente aplaudir en un banquete otro discurso del financiero Casasús, en el que, de una manera solapada y tímida, venía contradiciendo las ideas del que fué llamado el *leader* de la Convención Liberal.

Bulnes afirmó la no existencia del partido liberal, se desató en denuestos en contra de los que han acabado

con los partidos en nuestra patria; Casasús al contrario, afirmó la existencia del partido liberal, habló de él como de un grupo perfectamente organizado y compacto, y los delegados aplaudieron, como habían aplaudido la noche anterior en el ex-teatro de Iturbide."

*
* *

"Reforma," semanario de la Capital, haciendo referencia al discurso de Bulnes, dice:

"La oratoria epiléptica de Bulnes ha dejado al descubierto los flancos del lobo con piel de oveja. El disfraz ha caído al fin, y la bestia, despojada de su mansa apariencia, muéstrase cual és, á los ojos de la Nación. Hablando más claro: los científicos quedaron ya en camisa y á nadie pueden ocultarse ahora sus pérdidas tendencias, su hipócrita política, sus odios tan gratuitos como feroces.

El discurso de Bulnes constituye la profesión de fé de los científicos; revela el programa de éstos; hace palpar el peligro á que tales hombres pueden exponer á la Patria.

El corto espacio de que en estas columnas disponemos, limitará la extensión y cantidad de nuestros comentarios, y sólo haremos notar lo más culminante de la oración pronunciada por el LEADER de los mercantilistas.

Bulnes, defensor (?) de la 6ª reelección, comienza por declarar que ésta es antidemocrática. Bulnes, hablando de un grupo que á sí mismo se nombra "Unión Liberal," niega la existencia del partido liberal en México. Bulnes, porfirista, dice no tener fé en la posible prolongación de la sabia política del General Díaz..... Más, no digamos Bulnes, sino "los científicos," que por su boca han hablado.

Ellos establecieron en las bases de organización de "La Unión Liberal," la fidelidad á la Constitución y á las Leyes de Reforma, para ambicionar, después de instalado ese grupo, la cooperación política del partido conservador; para declarar la imposibilidad del ejer-

cicio constitucional; para decir que el pueblo mexicano—“magullado, maltratado, desgrefiado, quebrantado, chorreando vicios, chorreando miserias, chorreando sangre,”—no es ni puede ser demócrata, aun cuando sus instituciones sociales y políticas estén copiadas de las que goza el pueblo yankee, á quien adoran los científicos y de quien todo esperan.

El programa de organización del famoso partido, ensalza nuestra Carta Magna; el programa de acción, la denigra; el primero llama á los liberales y ofrece principios liberales; el segundo invoca la ayuda de los conservadores y se conforma modestamente con la substitución de nuestras leyes por la Biblia ó los Vedas indios. ¿Qué puede esperar la Nación de esos hombres, á quienes basta un par de meses para renegar de sus doctrinas?

Según ellos, nuestra paz no es una paz indefectible, no es una paz adoptada voluntaria y espontáneamente por el pueblo; según ellos, esta es la paz de Augusto, la paz octaviana, la paz que nos promete la siniestra sucesión de un Tiberio. Y esto lo dicen los científicos, para garantizar nuestro crédito, para evitar que nuestras deudas tengan su garantía de pago en las bayonetas extranjeras!

El discurso de Bulnes—ó sea la profesión de fé de los científicos—compara al insigne caudillo que nos gobierna con Augusto, y le atribuye la moralización del Ejército, que siempre le ha sido leal, por el reparto de quincenas, equivalente á la distribución de trigo que aquel emperador de Roma hacía entre los veteranos. Esta injuria es tanto más infame, cuanto que el MERCANTILISMO la dirige á un ilustre soldado y á un héroe Ejército, que derramaron estóicos su sangre en aras de la Patria, cuando ésta no podía, en su dolor, darles ni pré, ni pau.

Y para proclamar la candidatura del Gral. Díaz, para demostrar que ella será beneficiosa á la Nación, nos dicen los científicos que el Gral. Díaz HA USADO EN SU GOBIERNO EL MÍNIMUM DEL TERROR; QUE HA EMPLEADO POR EXCEPCIÓN LOS MEDIOS TERRIBLES. ¿Cual es el

mínimum del terror? ¿De qué excepciones tratan esos pérfidos hombres y qué medios terribles ha usado nuestro Presidente? ¡Ah! La serpiente se desliza entre los pies de la víctima para lamer primero, para morder en seguida. Al vencedor de Puebla que perdonara á los prisioneros del 2 de Abril; al vencedor de México que entronizara el orden y ejercitara su benevolencia en la Capital al consumir el triunfo de la República; á ese le atribuyen el uso del terror y de los MEDIOS TERRIBLES. ¡Y semejantes calumniadores se titulan porfiristas!

Después de afirmar que el gobierno del Gral. Díaz es un gobierno justo, benéfico, piden los científicos un sucesor: la Ley, la Ley, llámese como se llame, Leyes de Indias, Vedas, Biblia, Reformas argentinas. Este deseo tan desesperadamente manifiesto, parece indicar un estado político muy distinto del que disfrutamos; y á los ojos de cualquiera, que desconozca nuestra organización y nuestra vida públicas, si la ley ha de SUCEDER al Gral. Díaz, esta SUCESIÓN demuestra lógicamente que la Ley no existe, y sí el régimen personal en su forma más odiosa, la del poder absoluto de un solo hombre. Confundir la sana influencia política del Gral. Díaz con el despotismo arbitrario, es también infamia, que únicamente los científicos pueden propalar. Afortunadamente sabemos los mexicanos, y lo sabe el mundo civilizado; que este país se gobierna por sus leyes, y que el primero que las respeta, y por cuya conservación ha expuesto su vida y vela hoy, incansable, es Porfirio Díaz, el mismo á quien injurian los científicos, que por boca de Bulnes votaron CON CARÍÑO su candidatura, ya proclamada en la Convención Nacional Porfirista que fué representación genuina del país y cuyo triunfo se debe al reconocimiento hecho por el pueblo de los beneficios que el Gobierno de la Ley, que es el Gobierno del Gral. Díaz, nos ha producido.

La Nación debe felicitar-se de que el discurso de Bulnes haya sido pronunciado para mostrar la perfidia, la mala fé, los conceptos que del pueblo mexicano tienen formados los científicos; los fines que éstos persiguen y su alianza con el partido conservador, con el enemigo de

todas nuestras libertades, de todos nuestros progresos.

La oratoria epiléptica de Bulnes há dejado al descubierto los flancos del lobo con piel de oveja."

* * *

"La Libertad," al comentar el relacionado insidioso discurso en lo que éste hace alusión al Ejército, manifiesta:

"El Ejército en nuestro país, que de cuarenta años á esta parte, ha sabido manejarse bravamente en las heroicas luchas, por la defensa nacional, para convertirse después en guardian fiel de las instituciones, ha sido y es precisamente el centinela incorruptible, ciego ante el brillo del oro mercenario, sordo ante las falaces promesas de ascensos y prebendas, que vigila por la fortaleza del poder público y que tiene y tendrá á raya las insensatas ambiciones de los políticos rastrosos que pretendan enredarse con la snavidad del reptil á las vigorosas plantas del General glorioso que rige nuestros destinos, para derribarlo de su firme pedestal, mientras se engaña á los espíritus cándidos con el relumbrón del poder civil y la promesa de falsas libertades.

El Ejército sufrido, fuerte, abnegado, después de preparar la mesa del festín, donde el Sr. Bulnes, y algunos amigos suyos han saboreado el exquisito manjar de las quincenas, cuyo curso pretende torcer el aplaudido orador, continúa manteniendo en pié la bien servida mesa, yendo á morir á Yucatán entre los horrores del paludismo y del vómito, para conquistar del salvaje un palmo de territorio y afianzar allí la inquebrantable autoridad del Jefe del Estado. El Ejército, mientras el Sr. Bulnes cobra sus quincenas y pronuncia sus discursos, acampa bajo los rigores de la intempérie, á las márgenes del Yaqui, como un mensajero de la civilización y un fiel guardián de la propiedad.

El Ejército jamás ha ido con mano aleve, ha deslizar en las columnas de los periódicos extranjeros, la fal-

sa especie de que el General Díaz está caduco é incapaz de gobernar. El Ejército con sus cien ojos de Argos, vigilante, cuida los tesoros del pueblo acumulados en las arcas públicas, amasados con sus lágrimas, sudores y sacrificios, para que las garras de las aves de rapina no vayan á extraerlos de allí. El Ejército en fin, en la hora suprema y angustiosa, tan deseada por algunos, tan temida por nosotros, que quisiéramos retardarla indefinidamente, de la desaparición del creador de la paz y de la grandeza nacionales, sabrá cumplir con su deber, sosteniendo la ley, poniéndose de parte del pueblo y evitando que una falange de piratas, deseosos de botín, se apoderen de los destinos de esta patria tan querida.”

*
* *

El mismo colega, en edición posterior, al relacionar con la Convención, los principios liberales contenidos en la Constitución y la Reforma, dice que “no se comprende, no es posible explicar la temeraria audacia de los oradores que en la Convención Liberal, sostuvieron unos, la no existencia del Partido Liberal, como fuerza política militante; otros, la ineficacia de los principios de la Constitución y la Reforma, para hacer sólidas las Administraciones del porvenir, y alguno, hasta la conveniencia de substituir esas Leyes de progreso con el Korán, la Biblia ó el Manú, supuesto que el pueblo mexicano, es más capaz de comprender y amar á cualesquiera de las instituciones sociales en esos libros reflejadas, que la Constitución y la Reforma, proclamadas á su decir por ilusos, y regada con la sangre de millares de hombres victimados por su locura.....
.....

Así se ha arrojado un fermento de formidable duda en la conciencia nacional, como si se tratase, con apasionado interés, de levantar la Anarquía de la tumba en que hace veintisiete años reposa, gracias al noble esfuerzo de los caudillos liberales de la segunda independencia, á quienes se insulta llamándolos mercenarios y co-

bardes, pues, sólo á su terror y á la satisfacción de su inno- ble codicia, debe la República que no se hayan levantado en armas una y mil veces contra el insigne Caudillo Porfirio Díaz, y contra los altos principios que incólumes ha sostenido durante su gloriosa Administración.....

“La Convención Nacional Liberal, convocada por hombres que no creen en la Constitución, lleva en sí misma el gérmen de la disgregación y de la muerte. Los liberales de buena fé, muchos de los cuales concu- rrieron á la Convención y cuyo número es inmenso en la República, tienen amplio campo para desarrollar sus tendencias, que son las de la patria, que son las del pro- greso humano, fuera de un Círculo carente de fé y de convicciones profundas.”

* * *

“La República,” al reproducir los conceptos del orador Bulnes, relativos al Ejército, expone cómo sin justicia ha lastimado á esa institución, á sus viejos cau- dillos que en épocas de prueba supieron, derramando su sangre, conquistar victorias para afianzar el triunfo de la Constitución, de la Reforma y de nuestra 2ª Indepen- dencia; hace notar la vilantez del orador Bulnes, que ata- ca á esos caudillos de un modo hasta soez, no obstante que, en los escaños de la Convención que él aparecía re- presentar en la tribuna, tenían asiento el General Aré- chiga y el Coronel López, y que la presidía el General Treviño, á quién Bulnes retrataba, al definir el tipo de los *caudillos*. Protestas fulminantes hace “La Repúbli- ca,” contra el injusto orador calificándolo de estrafala- rio, y tieue censuras, también, para la desairada ora- ción de Macedo, el cual, según expresa el colega, no ha- llando por donde vaciar su hiel en su pérfida perorata, la vació contra los españoles, sin haber ni razón y ni si- quiera pretexto para ello, conforme lo ha dicho “El Po- pular” á su vez.

*
* *

“La Nación,” refiriéndose á los oradores de la Convención Liberal, les endereza en su número correspondiente al 4 del actual, uno de sus artículos titulado: “EL GRUPO CIENTÍFICO DISFRAZADO DE CONVENCION NACIONAL. MACEDO FUÉ LA IRONÍA, CASASÚS EL TEDIO, BULNES LA MORDEDURA. LOS HOMBRES QUE DEFIENDEN LAS INSTITUCIONES Y LOS BOLSILLOS.”

Este significativo título es el esbozo del cuadro en que dibuja á los tres oradores en referencia, diciendo entre otras cosas de ellos:

“Los señores Macedo y Casasús cedieron á Bulnes la palestra. Macedo dijo breve oración en la cual todo es desdichadísimo: desde el lenguaje hasta el pensamiento, desde el habla, más llena de manchas que un camaleón, hasta la idea como simiente sin plúmula y sin radícula.....
.....

*
* *

“El discurso del señor Casasús mueve á risa. Casasús convierte la *sintaxis* en el arte de un peluquero, que diría don Emilio Castelar. La frase de Casasús es una frase al óleo. Se unta y tifie con toda suerte de específicos; pero no puede ocultar el arranque ceniciento de la canicie. Es una frase decrepita, afeitada y ridícula. Presume de sobria y es necia, presume de artística y es artificiosa, presume de maciza y es hueca, presume de pura y elegante y es incorrecta y desgarbada.

Es fuerza volver al *leader* del GRUPO CIENTÍFICO, al señor Bulnes, que baldona al gobierno del General Díaz y ello no obstante, pone en tierra la rótula y proclama la necesidad de que el Gral. Díaz nos gobierne; al señor Bulnes, que truena contra el *régimen personal como sistema*, y juzga una excepción muy buena *veinticuatro años de régimen personal*; al señor Bulnes, que sugiere al público tremenda requisitoria contra el General Díaz, y

termina votando *con cariño* la sexta reelección del mandatario.....

Para el señor Bulnes, la lógica es el arte de decir y contradecirse, de condenar y absolver por el mismo motivo, de afirmar y negar al mismo tiempo. Y sin embargo, el señor Bulnes es el representante genuino del GRUPO CIENTÍFICO. Es la carne y la sangre y la palabra y la demencia del grupo. Es la plástica, la forma tangible del valor lógico y político y personal de los CIENTÍFICOS.

El GRUPO CIENTÍFICO se disfrazó de Convención Liberal y arrojó á Bulnes, disfrazado de dialéctico, como arrojó á Casasús embadurnado de purista y á Macedo pintarrajeado de político sano. En realidad Macedo fué la ironía, Casasús el tedio, Bulnes la mordedura.

Bulnes mordió á Lerdo, mordió á la plebe mexicana, mordió á los militares, mordió á los jacobinos, mordió á los conservadores, y mordió al General Díaz. Sólo que el General Díaz vive y da quincenas á Bulnes... Y ello obligó al formidable dialéctico á depositar de rodillas un ósculo amoroso en la brecha abierta por la última dentellada!"

* * *

Por falta de espacio no acabamos de hablar de las publicaciones de la Capital, que se han ocupado de los oradores *convencionales* que, ya que no representaron la *Convención*, representaron su *conveniencia*, según el decir de un colega; y es por esto que, para seguir dando cuenta de las demás opiniones de la prensa metropolitana y de la de los Estados, sobre el particular aludido, continuaremos la tarea en una serie de artículos dedicada al efecto.

Opiniones sobre los Discursos leídos en la Convención Liberal.

II

Aun tenemos que detenernos en las publicaciones hechas en la Capital, con motivo de los discursos de los oradores *convencionales ó convenencieros*, que ha dicho algún colega.

El Sr. Mannel M. Alegre, espectador en las sesiones de la Asamblea de Delegados de los Estados, ha publicado una hoja suelta, en que hace apreciaciones de la oración del Sr. Bulnes, y la cual hoja, reproduciremos en nuestro número próximo.

El Sr. Diputado D. Hilarión Frías y Soto, dá á luz en México, con fecha 22 de Junio, la "Carta de un Jacobino al Sr. D. Francisco Bulnes," sobre la cual, que en otra parte de este periódico publicamos, llamamos la atención de nuestros lectores.

Refiriéndonos á los periódicos de los Estados, desde luego haremos mérito de "El Orden" de Xalapa, del cual entresacamos los párrafos siguientes:

"El señor ingeniero D. Francisco Bulnes ha pronunciado en el seno de la "Convención Liberal" un discurso, que es un monumento de insidia y de osadía. El viejo declamador, mal cubierto con el manto de la retórica, ha lanzado á la faz del pueblo mexicano, las bilis de una facción.

Pero si el "speaker" del grupo que se apellida científico, ha impregnado de ponzoña ese discurso, si ha acumulado en él, lo que, por no mentir, nunca dijeron los contadísimos enemigos del señor General Díaz, también

ha cuidado el insigne argonauta de concluir su discurso de rodillas, postulando en favor de la sexta reelección del Caudillo. ¡Y todas esas enormidades, han sido dichas y hechas en nombre de la ciencia!

¿De cuál ciencia? ¿De la que convierte la política en industria.?"

*
* *

"Iris Veracruzano", en su número correspondiente al 5 del actual, se expresa así, con relación á lo que llama "Las Blasfemias de Bulnes:"

".....el tantas veces repetido discurso, es sólo una protesta contra la reelección del Sr. General Díaz, una burla á la Convención Nacional, burla sangrienta; un latigazo descargado sobre la faz de todo un pueblo....."

"El Sr. Bulnes ultraja al Sr. General Díaz y al pueblo mexicano, al exclamar que el país quiere que el sucesor del General Díaz se llame....¡La Ley! Pues qué, ¿hemos vivido hasta hoy sin Ley, Sr. Bulnes? ¿Sólo el capricho del Sr. General Díaz ha gobernado á la Nación durante un cuarto de siglo? El Sr. Bulnes ha igualado al Sr. General Díaz con los más despóticos caciques y ha tratado al pueblo mexicano como á una manada de imbéciles. ¿Y la Convención Nacional aplaudió al Sr. Bulnes?"

"La reelección del Sr. General Díaz, no es un acto de desesperación del pueblo mexicano, sino el resultado de una fría reflexión, de un sentimiento unánime de afecto, de confianza, de gratitud al representante de una época heroica, al ilustre patricio, al admirable estadista. Nada más. Quién diga lo contrario, ó se engaña de miserable modo ó miente como un bellaco....."

.....¡"Que se nos prepare *un hombre de estado*, para que nos gobierne *bien ó mal*, pero civilmente!"
.....(dice Bulnes.)

...¡Y esta blasfemia mereció los *aplausos prolon-*

gados de la Convención Nacional! El Sr. Bulnes, ha probado en muchas ocasiones su enorme osadía; pero francamente, no lo creíamos capaz de tanta como se necesita para pedir desde una tribuna, ante todo un pueblo, *un hombre de estado que nos gobierne bien ó mal, pero civilmente.* ¡Qué dardo tan traidora y directamente disparado contra el mismo Sr. General Díaz!

El Sr. Bulnes, en muy pocas palabras, ha dicho cien veces más de lo que hubiera podido decir en cien volúmenes el más apasionado enemigo del Sr. General Díaz. ¡Y qué desprecio al pueblo se derrama de esas palabras del Sr. Bulnes!"

.....

Lo que llevamos escrito, basta para probar que el discurso del Sr. Bulnes, so color de justificar la reelección del Sr. General Díaz, la ataca duramente.

A pesar de esto, la Convención Nacional aplaudió, aplaudió frenéticamente al fatídico lerdista y lo creyó digno de una ovación.... ¡Risum teneatis!"

Para concluir, el articulista de "Iris Veracruzano," hablando sobre cuál será el candidato que guste á Bulnes para el porvenir, dice:

"Sólo esperamos que el fatídico tribuno nos diga; *ecce homo*.... y sospechamos, que resultará un *científico*, un colega del profeta Bulnes, un *ridiculus mus!*....

* *

"El Heraldo de Cananea," (Estado de Sonora) hablando de lo que él llama el "Sainete de la Convención," se expresa así, al referirse á los científicos:

"Cuando, ha pocos meses, se supo que habían formado una organización denominada la Unión Liberal, que según ellos, tenía por objeto la designación de un candidato á la Presidencia, verdaderamente popular, todos creímos, que solo se trataba de una maniobra para lisonjear al Presidente, haciéndole creer que trabajaban para popularizarlo. Pero hemos sabido posteriormente, que el grupo científico, ya cansado de esperar, estuvo á punto de ponerse frente al General Díaz, luchando por

otro candidato. á lo cual por fin, no se decidió, en vista de la unanimidad con que aquel funcionario ha sido aclamado para otro cuatrienio.”

*
* *

“El Imparcial” de Guaymas, tercia en el asunto que nos ocupa, y haciendo mérito del grupo de políticos que en la Capital han manejado á la Convención Nacional, dice:

“Pero como todo lo que es artificioso es deleznable, vamos á recoger muchas de las afirmaciones, lanzadas en la tribuna y en la prensa por los susodichos políticos, para formar un capítulo de agravios. Se verá cuán triste, cuán misérrima presentan estos señores al comentario imparcial, la situación del país, y cuán sospechosa es la fidelidad de que blasonan hácia el gran mexicano cuya preciosa existencia en el servicio de la patria, puede parangonarse dignamente con las de Hidalgo y Juárez.”

“De pronto, un prominente, el Sr. Ingeniero Bulnes, se revela contra el militarismo.
.....

“Esto nos parece una inconsecuencia bastante pesada por parte de los que deben todo su bienestar precisamente al militarismo.”

*
* *

‘El Correo de Jalisco,’ de un modo serio y bajo el título de “El Grupo Científico anti-porfirista,” ataca á los que se abrogaron la dirección de la Convención Nacional, y lo hace del modo siguiente:

“Como ya habíamos anunciado, los primeros, en este periódico, el grupo llamado *científico*, poco á poco ha ido dejando ver sus ambiciones desmedidas de poder y su enojo al sentirse impotente para realizarlas. Cuando ya toda la Nación, al sólo presentimiento de que el General Díaz trataba de dejar el poder, se había apresurado á manifestar sus deseos de que tal cosa no hiciera, ese grupo, envalentonado por los puestos públicos que

habían acaparado todos sus componentes, bajo el amparo de un fementido porfirismo, trató de constituirse en partido político con órganos que se extendieran en todo el país, con motivo de la nueva elección presidencial; y con el fin, según ridículamente expresaron al principio, de investigar la voluntad de la Nación sobre el candidato á la presidencia.

“Pronto se vió su doblez y comprendieron ellos mismos su fracaso; y entónces, ayudados por Gobernadores y otros altos funcionarios afiliados al grupo, á cuya circunstancia única deben su poder, y ya manifestando claramente que postularían al General Díaz, formaron una Convención ó Asamblea ó reunión de ellos mismos, que previamente se habían nombrado á sí mismos delegados por los Estados.

“En esa reunión ha pronunciado un discurso el Ingeniero Bulnes, que es el resumen del fracaso y la prueba más evidente de que ese grupo *científico*, jamás ha sido porfirista. Efectivamente, haciendo á un lado los relumbrones, quedan en pié las afirmaciones de que el Gobierno del General Díaz, ha carecido de instituciones y de ley, ha seguido los procedimientos del despotismo romano, ha aplicado las máximas políticas de Maquiavelo y ha entronizado el militarismo; y que si ha podido salir avante, sólo es debido á que el país está desorganizado políticamente.

“Y como el partido Liberal no existe, y como ha sido un fracazo el esfuerzo para darle vida, ellos, los del grupo *científico*, los únicos clarividentes, los únicos que poseen la ciencia del Gobierno, sin cuya ayuda el General Díaz no hubiera hecho nada; ellos, le hacen el favor de postularlo para el nuevo período, pero con la condición, de que se ocupe desde luego de organizar las instituciones, de hacer que impere la ley, de dar vida á la democracia, alentando á los partidos políticos y, sobre todo, de acabar con el militarismo (el presidente de la llamada Convención es un antiguo militar) por medio de un Gobierno netamente civil; es decir, entregándole el poder á Limantour y Cia. ¿Y si el General Díaz no cumpliera con estas exigencias de sus favorecedores?

Pues entónces, esclama el orador, hay que buscar hasta en las entrañas de la tierra, á los liberales (científicos) y si se encuentran (que no se encontrarán, como no lo estuvieron en la Cámara el día del Gran Jurado) la patria está salvada. ¿Cómo? Como en 1810, como en 1832, como en 1857, como en 1867; es decir, por la *revolución*. (Afortunadamente la Nación ya ha visto el pié de que cojean los científicos, y por de pronto silvará este discurso dantonesco, mientras el General Díaz los acaba de reducir á la nada, que casi son.)

“Que este es el resumen de lo que afirmó el orador, no cabe la menor duda; y no sabemos cómo, habiendo en aquella reunión empleados que se dicen porfiristas, pudieron aplaudir semejantes ataques a la labor altamente patriótica, del Gobierno del General Díaz.

“No, señor Bulnes, la Nación, ó cuando menos Jalisco, no pueden desear que el sucesor del General Díaz se llame “La Ley,” porque este ilustre Gobernante, así se llama, y precisamente haciéndola cumplir, organizado y perfeccionando las instituciones tanto civiles como militares, circunscribiendo sus esferas de acción y robusteciendo la defensa nacional, es como ha dado paz en el interior y crédito en el exterior, á cuyo amparo ha nacido y aumentado colosalmente el bienestar del pueblo.

“Por otra parte, el partido liberal existe y se llama ahora porfirista; pero es y por lo visto será siempre el partido del Gobierno, el partido de la ley, del orden y del progreso; á él están filiados militares ameritados y civiles verdaderamente útiles, pues la gran mayoría de hombres intelectuales y trabajadores del país lo forman; y para que la ley sociológica que cita usted, señor Bulnes, se cumpla, existe también el partido antigobiernista, ahora antiporfirista, integrado por ustedes los del grupo de la conciliación, por clericales sin conciencia, por jacobinos sin sentido común y por algunos militares de revuelta, sin más punto de unión que el despecho que siente la impotencia para realizar locos sueños de poder y de negocio.

“No tenga usted miedo, señor Bulnes; el partido Porfirista sabrá cumplir su misión, y sabrá continuar

dirigiendo con tino el gobierno de la Nación, cuando desgraciadamente falte su actual Jefe, el eminente General Díaz; y sin duda sin el auxilio de las burdas intrigas del grupo petulante llamado científico y por ende de la llamada Convención Liberal.”



Opiniones sobre los Discursos leídos en la Convención Liberal.

III

Aun resuenan gritos de indignación por diversas partes del país, motivados por los discursos de los oradores de la Convención Liberal, oradores denominados *científicos* por razón del grupo á que pertenecen, y los que, como se ha dicho en todos los tonos, si bien expresaron el malcontento y el encono de su grupo, no es creíble que hayan interpretado á la Convención apellidada Liberal, ni, mucho menos, al glorioso partido que lleva ese nombre; ese partido que brotó del cerebro de Hidalgo, que se afirmó con las azañas de los caudillos, mártires de nuestra Primera Independencia, que escribió su programa en la Constitución de 57 y las Leyes de Reforma, que salvó á la Nación de la invasión francesa y que, triunfante, después de acabar con un Imperio y ajusticiar á un Emperador, estableció la Paz en la República bajo la presidencia del Sr. Gral. Porfirio Díaz.

A ese partido, los oradores del grupo científico, lo han mordido, vilipendiando sus obras grandiosas á que se debe la nacionalidad mexicana. No es extraño, pues, que con motivo de sus discursos pérfidos, aun suenen en diversas partes de la República, los gritos que manifiestan la indignación que han ellos provocado.

* * *

Así vemos que en Xalapa, el periódico que allí se publica con el título de "El Orden," dice, refiriéndose á los científicos y sus oradores:

"El partido (¿?) científico (¡!) no se ha resignado á desaparecer discreta y silenciosamente. Ha querido ofrecer al pueblo el espectáculo de la agonía, y ha delegado en el ingenioso Bulnes la facultad de otorgar un testamento político que ha resultado, ya lo dijimos, un monumento de insidia y de osadía.

Para nosotros, el señor Bulnes era sencillamente un declamador, cuyos discursos parlamentarios olían á aceite, un pirotécnico que era el primero en lanzar, desde la tribuna, bombas marquesas pletóricas de luces de Bengala; pero que, á la hora del combate, ponía de manifiesto la *prudencia* de Augusto.

Craso error el nuestro! ¡El discurso pronunciado en la Convención Liberal, es digno de ser conservado amorosamente por la Historia! Como que es un discurso excepcional por homicida; una oración que ha tenido virtud más eficaz que el suero contra las ratas.

El señor Bulnes, antiguo soldado y orador contumaz aunque afásico, ha demostrado que posee ahora una espada de mejor temple que la que *blandió* en las lomas de Tecuac, y que es capaz de dar á un moribundo la puntilla con todas las reglas del arte... de la oratoría.

El partido científico no nació vividero. Comenzó por reclutar sus campeones entre *analfabetas*, y cuando pensó en tener un candidato exclusivamente suyo, *un candidato civil*, le ofreció un *rond-de-cuir* en la previsión de un desastre. Y ese partido, predestinado á morir de inanición, sucumbe ahora derrotado, como Pirro,..... por sus propios elefantes.

El Sr. Bulnes agitó un cascabel de oro ante los miembros de la Convención. Exclamó solemnemente:

"El General Díaz ha hecho la paz. ¿Cómo la ha hecho? Voy á decirlo: con todas las reglas del arte, delineadas por el Emperador romano Augusto, que duró cuarenta y tres años en el poder, y finalmente apercibidas, observadas y enunciadas por Nicolás Maquiavelo" Y á favor de los nombres exóticos, se deslizó esa afirmación, irreverente y mendaz, sin una protesta, sin un murmullo de desaprobación.

“Si el Gral. Treviño se dió cuenta de la tremenda injuria infligida por Bulnes al Ejército y al pueblo mexicano, deben haberse estremecido de indignación las águilas que, como símbolo del honor de la Patria, ha puesto la Nación en los hombros del valiente y leal soldado fronterizo. Y el rubor debía haber coloreado las mejillas de los padres conscriptos que asistieron á esa farsa, que no tiene precedente en nuestra historia.

“La política de Augusto, señor Bulnes, es la política de la hipocresía, de la corrupción, de la traición, y de la infamia. Usted lo sabe, señor Bulnes, y usted sólo pudo pronunciar ante la Convención las palabras que hemos transcripto, porque confiaba en la complicidad de los unos y en la ignorancia de los otros. En medio de la sacrílega tempestad de aplausos que profanó el salón de Sesiones de la Cámara, usted y *los otros augures* deben haber cambiado sonrisas de júbilo y de triunfo, y ante el éxtasis admirativo en que cayó cada uno de los beocios que asistieron á esa reunión memorable, debe usted haber pensado lo que el Don Juan de Musset: “. . . . tu as l'air d'une hûitre qui hume le vent”

“¿Qué relación hay, señor Bulnes, entre Augusto y Porfirio Díaz; entre la política de uno y otro?”

Aquí el articulista hace la antítesis del pérfido Augusto con el leal patriota Porfirio Díaz y concluye:

“¿Ignoraba esto el señor Bulnes? ¿No sabía que Augusto, aquel *invertido*, fué el corruptor de su propio hogar, y el sobornador del Ejército y del Senado?

“¿Olvidó que el primero de los Emperadores romanos traicionó todos sus afectos, y violó todos sus pactos?

“¿Cómo, pues, el señor Bulnes ha osado afirmar que Porfirio Díaz, en su política, ha seguido las huellas de aquel gran depravado, de aquel cínico cuyas últimas palabras fueron sangrienta burla á la humanidad y al pueblo á quien había arteradamente dominado?

“Tal osadía sólo tiene una explicación: el señor

Bulnes estaba persuadido de que la insidia que contiene el párrafo que hemos copiado había de pasar inadvertida para todos los que no tuvieran en ella la participación de la complicidad.

“¡Cuánta miseria . . . y qué refinada invericundia!

“¡Y éste ha sido uno de los fundamentos que el partido científico ha tenido para proclamar la candidatura del señor General Díaz.”

* * *

Habla “El Siglo Nuevo” de esta Ciudad, en su editorial que denomina: *Un Discurso Insidioso*, y entre otros conceptos expresa éstos:

“El Círculo Científico encontró un digno cómplice, un órgano fiel de sus sentimientos en el señor Bulnes, quien ha podido gloriarse de denigrar al Presidente en el seno de la Convención Nacional bajo el pretexto de hacer su ostentosa apología.”

“La Nación comprenderá que ese discurso es una asechanza de enemigos, y como tal, lo relegará al desprecio, por lo que tiene de perfidia, y al odio, por lo que tiene de traición.”

“El discurso del señor Bulnes es como, si habiendo sido él nombrado orador para el 5 de Mayo, en vez de ensalzar la victoria del Ejército nacional, se hubiera puesto á insultar á Zaragoza, porque no hizo una salida contra los franceses después de rechazados, así como dice que por ello debió formársele causa, en su obra “El porvenir de las naciones hispano-americanas.”

* * *

El señor Manuel Dragón, dedica á los oradores *convencionales*, una hoja suelta y en estilo burlesco dice entre otras cosas:

—“Me temo mucho, amigo Bulnes, que se nos venga encima el pueblo . . . Decir que las reglas del arte usadas por el General Díaz, para hacer la paz de un pueblo libre, son las mismas delineadas por el Empera-

dor Augusto, jefe de la confederación de capataces y cáfila de esclavos, que regía, respectivamente á unos y otros, con el "cordón azul" ó con el látigo? Decir que las reglas del arte de pacificar fueron observadas por Jacobo, digo, por Nicolás Maquiavelo! ¡Qué convulsión de risa tan alegre sacudiría las cenizas del pobre florentino, si supiera que le tomábais por pacificador (¿de dónde?) á él, al modesto dómine de príncipes, predicador de la iniquidad y la perfidia! (*Maquiavelismo, Autorización de todas las perfidias, todas las iniquidades, todos los crímenes y todas las traiciones, Prólogo del libro "El Príncipe," de Maquiavelo.*)

—"Con la cita del afeminado Octavio y la lamentable confusión de sexos que padece Ud., al autojársese el Pueblo (masculino) damisela prostituida (que es femenino,) me recuerda Ud. á qué se yo qué personaje de Paul de Kock.

—"El General Díaz ha cuidado siempre de repartir quincenas á la clase militar." (Militares, oído al parche.)

—"Pasemos á otra cosa: Resueltamente en este punto de la personalidad, prefiero al zagalejo Robles, al modesto abogado de provincia, no soldado; al que no empuja el armón ni redactó jamás la proclama revolucionaria, y que, como lo pinta Casasús: "Puesto el pie sobre el azadón ya inútil, (porque ahora es un político) levanta los ojos al lejano horizonte é investiga el porvenir;" prefiero, digo, en este asunto al incipiente Robles, que á usted, ¡oh maestro griego! Prefiero al mismo Casasús con su corazón metalizado, frío y pequeño, como una gota de mercurio, á la oratoría ríspida de usted.

"Oiga usted lo que ellos dicen:

"Casasús, después de reconocer al Sr. General Díaz, que es uno de esos hombres superiores y heroicos que subyugan las multitudes y cuyos "triumfos políticos hicieron de él, el *ídolo del pueblo,*" declara que:

"El General Díaz, es pues, una vez más, el candidato del Partido Liberal. . . porque es el héroe de las viejas luchas por la Independencia y por la Patria, porque es el hombre de Estado que ha destruído la anarquía y ci-

mentado la paz y porque encarna la esperanza que tiene el pueblo de vivir *mañana* bajo el amparo de la ley." (Le gusta mucho también á este ateniense aquello de las leyesitas! . . . las bancarias!

—Veamos á Robles:"

Aquí reproduce el Sr. Dragón un pasaje del Sr. Robles, á quien califica de pequeño y volviendo á Bulnes le dice:

"No es Ud. orador, aunque se lo diga Flores, pongo por caso; decidor sí. . . . Los oradores alzan tempestades, tumultos, alaridos, protestas y revoluciones. Ud. produce expectación, risas y aplausos. Expectación, porque se espera á ver qué cuenta dará Ud. de cada herjía; risas y aplausos, porque, como á Rigoletto, se le ve escurrir á Ud. el bulto de la dificultad, á paso y con joroba y con gestos de bufón. Carece Ud. de crédito: ninguno cree lo que Ud. dice. En el orador debe haber hombre. Y . . . en Ud. . . ."

Después el autor de la hoja suelta expresa al mismo Sr. Bulnes, que debe dar las gracias á quienes han tomado á lo serio su discurso de farsante, y prosigue así:

"Déle también las gracias á Rampolla, quería decir, á Pineda, por haber, con su Unión Liberal, ofrecí-dole ocasión á la oratoria de papel de china, de Ud.,-de convencidos y de festividad,-de desdoblarse como ser-pentina, sin que se reventara en la hilación por desór-denes del auditorio. Pineda, sobre la tumba de Juárez, el 18 del corriente, convocará un Concilio, en el que al concederle la palabra á Ud., le proporcionará ocasión en lenguas de oro, y entre hipérboles y elipses, de desen-volver su dantesca, apocalíptica elocuencia de concilia-ción.

"Rampolla, ¡oh Rampolla! con los siete agujeros de su rostro, con su cabecita de fraile de garbanzo y sus alientos de conquistador! . . ."

¡Por último el Sr. Manuel Dragón se dirige en formal apóstrofe al Sr. General Díaz y le dice:

"La reelección de Ud. no oscila en las tinieblas: sobre el vacío infinito, sobre las polares noches de la Pa-tria, osciló durante muchos años vuestro corazón, como

el corazón gigante del abismo. Precursor vidente de los días de luz, profetizábais y condujisteis el país á la región de las eternas claridades, pasándole por el ardiente cosmos de su elaboración.

“No hace aún una semana que vuestro nombre, vibrante en el Senado español, y por ilustres labios proclamado, resonaba en él como el recuerdo, como la encarnación gloriosa de la Patria!

“Cuatro años hace, que Mr. Bryan, el orador sin rival en toda América, y, en la actualidad, en todo el mundo; el infatigable campeón creyente de la libertad, decía de vos, después de haberos visto y escuchado, y de haberos conocido, como solo un grande conoce á otro que es grande, sin reservas:

“Porfirio Díaz es un hombre extraordinario y su continuación en la Presidencia de la vecina República, aun cuando fuera indefinida, en nada vulneraría los fundamentos de la Democracia, porque, bajo su égida, se desenvuelven las ideas republicanas. Es un gobernante excepcional en la historia de América, por su capacidad para administrar y por lo infatigable en sus labores. Yo tuve la honra de haberlo conocido personalmente, y á primera vista me inspiró respeto; hay en sus ojos penetrantes gran magnetismo, y en su palabra, firmeza y persuasión. Con él no hay cábalas ni vacilaciones, por que va directamente á su ideal.”

“Porfirio Díaz es como Jefferson y de mayor carácter que Washington.”

“Ve Ud., pues, amigo Bulnes, cómo su discurso y sus patrañas: Máquiavelo, las verdades sociológicas, los Jacobinos, los partidos políticos, los militarismos y los cuartelazos y la argolla misma de Ud., no son más que zarzuela y género chico, como la personalidad de Ud. coreada, resulta ser un trozo de armonía el más bufo, de la música de Offenbach.

“La Nación, señor Presidente, exige de Ud. el último esfuerzo de su voluntad, por la razón que Ud. señala al ofrecerla que se lo concedería; porque cuenta con que se hará Ud. superior á su cansancio:—“Como el pueblo se hacía superior al suyo, cada vez” que Ud. “le

pedía extraordinarias energías, para continuar sosteniendo una guerra sin cuartel, sin pan, sin erario, sin más arsenal que las armas que se podían quitar al enemigo."

"Le quiere á Ud. el pueblo ¡oh General porque necesita del esfuerzo entero, total é íntegro de su existencia, para la obra del presente, como vuestro nombre, y el aliento último de vuestra historia, para el porvenir."



Opiniones sobre los discursos leídos en la Convención Liberal.

IV.

Una sola voz se ha levantado para defender el ya tristemente célebre discurso de Bulnes, y lo ha hecho en un periódico de los científicos, escrito en contubernio con dos ó tres escapados del escandaloso suceso del 2 de Abril en Monterrey, de esos opositores que sin esperanzas en el *sufragio*, lo que deseaban para Nuevo León era *el estado de sitio*, para lo cual intentaron motines que resultaron sáinetes, y quienes por ironía hoy están escribiendo, como decimos, en compañía con sus directores de aquella cruzada infame contra la soberanía de un Estado, el papel que denominan "Sufragio Libre." Sufragio que ni quieren unos y que anatematizan los otros.

Pues en ese papel, unión de dos banderías, puestas en contacto por lo peor de ambas, por las partes posteriores, cual si dijéramos; en ese papel, es donde hay una *palabra de defensa* para el orador *convencional*, la que concluye con insultos al Ejército. He aquí su último párrafo, que sobra para muestra.

Se refiere un D. Manolo Infante, que es el que aparece suscribiendo la tal defensa, al jacobino D. Hilarión Frías y Soto, y á sus correligionarios, y les dice:

"Con tan felices disposiciones, no se le oculta á nadie que son vdes. muy peligrosos, sobre todo si en el día de las supremas liquidaciones, cuentan, lo que no es improbable, con cierta parte del Ejército, que es de todas las instituciones públicas, la más corruptible, y el

instrumento más adecuado para fundar un buen sistema de terror.”

Antes de esa, para el Ejército, edificante conclusión, asienta el Sr. Infante conceptos tan depresivos para el país, como éstos:

“El Sr. Bulnes, no lo niega, insidió en mil errores ante un criterio, pura y netamente reeleccionista. No era ese el discurso que debió de haberse dicho para sostener la reelección; pero fué el que la Nación pedía, el que reclamaba su dignidad, el que despertará en el extranjero ecos de confianza y simpatía.”

“Porque el extranjero, que según vd., Sr. Frías y Soto, es eu los labios del Sr. Bulnes el reconocimiento de una tutela bochornosa, para todo mexicano digno, es la fuente de la riqueza emancipadora.”

Debe comprenderse que muy poco simpático, si no repugnante, ha de ser para extranjeros y nacionales un discurso en que se presenta á nuestro país en aquel cuadro asqueroso de Bulnes, donde se dice que México es un pueblo *magullado, maltratado, desgredado, quebrantado, chorreando grasa, vicios, miserias y sangre*, y al cual cuadro agrega después accesorios para darle más colorido, en frases donde se expresa que el pueblo que así ha pintado podrá ser *el esclavo del primero que lo estruje y la cortesana impúdica del primero que la acaricie.* (*)

Con tal discurso del *convencional*, dizque se alentará á los extranjeros acreedores de México, afirmando nuestro crédito. ¡Peregrina manera de afianzar solven-
cias!

Por lo demás, no hay que parar mientes en las tiradas de injurias para el Ejército y el pueblo mexicano, que salieron de la boca infamadora del orador. Para tal orador, tal defensor; el que por ironía se denomina “Sufragio Libre.” Sí, para tal Aquiles, tal Homero. Para el epiléptico discurrante, que lanza odiosas ofensas á su patria á grito herido, el pequeño fenómeno de dos cabezas, cantándole aleluyas!

(*) Palabras textuales del discurso de Bulnes.



El Sr. D. Toribio Esquivel Obregón, colaborando en un diario de la Capital, escribe un juicioso artículo, entre cuyos títulos se lee éste: "El grupo científico no pertenece al partido liberal." De dicho artículo entresacamos las siguientes partes que se refieren al asendereado discurso de Bulnes:

"Después de ese discurso, ya nadie podrá sostener que lo que se llama partido científico pueda ser una sección siquiera del partido liberal."

"Porque si acaso entre algunos de los individuos que componen el grupo científico y algunos de los que pertenecen al partido liberal, hay algunas ideas comunes, esto se debe á una concordancia meramente casual."

"¿Y cuáles son sus principios? ¿Qué programa nos presentan?"

¿La monarquía absoluta? No, porque los gobiernos personales son buenos por excepción. ¿La Democracia? No, porque todavía no hemos llegado á ser un pueblo democrático. ¿Una oligarquía de aristócratas? ¿Dónde los escogemos? ¿El gobierno de los sabios, como quiere Comte? ¿Quién juzga? ¿Por su propia virtud deberán éstos imponerse? ¿Pero entonces, cómo abarcar dentro de la ley esos gobiernos de hecho?

El principio único de los científicos parece ser el sostenimiento de la paz, del crédito nacional y del progreso material y moral.

Mas no existe ningún partido político que no dese lo mismo: esos no son principios: son fines. Todos queremos la felicidad; la diferencia está en los procedimientos ó medios que proponemos para alcanzarla."

"Los científicos parecen ser eminentes en Sociología y partidarios del positivismo; y si esta palabra, más que una doctrina, significa un método, ellos sabrán que en las ciencias sociales es el método deductivo el que debe aplicarse, y que éstas tienen por fundamento la ciencia del espíritu. ¿Podrían los científicos deducir de alguna verdad admitida por ésta, la conclusión que sostienen

de que después de un gobierno, que según ellos dicen ha sido "el aplastamiento," se siga el gobierno de la ley?

¿Y qué ley?

"Cualquiera, con tal de que no sea la más hermosa," cualquiera, con tal de que no sea la Constitución de 57."

*
* *

Volveremos á citar á "El Paladín" de México, pues, que en su número correspondiente al 9 del actual, vuelve á ocuparse de lo que llama "LA COMEDIA DE LA CONVENCION LIBERAL," y haciendo referencia á los científicos oradores, dice de ellos entre otras cosas:

"Espectáculo gratis están dando al público los políticos zarzuelescos de actualidad.

Y el público, el excelente Juan Diego, se divierte á cuerpo de rey con esos señores que ya se dan humo de patriotas, ya de sabios, ya de filósofos, ya de poetas, ya de agoreros y que en el fondo no son más que unos tristes comediantes, unos malos histriones, á quienes silba *in pectore* su auditorio.

Primero, la Convención Liberal que no fué más que un sainete en varias escenas muy mal representadas por cierto; en seguida el discurso de Bulnes, en el que, valiéndonos de la expresión vulgar, diremos que metió la pata el talentoso orador.

Bulnes, al oír la rechifla que provocaran sus audaces aseveraciones y sus injustos cargos en contra del General Díaz, ha tenido miedo, ha comprendido lo falso de su posición en estos momentos, y quiso remediar su error y sólo ha conseguido colocarse en una situación más falsa todavía.

Su artículo en el periódico semi-oficial definiendo á su modo de ver el militarismo, no es más que un paso atrás, una satisfacción tardía al digno Ejército mexicano, á quien lastimó con sus palabras; ese artículo, en el que se ve al inteligente escritor pisando como sobre ascuas, está diciendo, que Bulnes quiso articular una retractación, pero que su orgullo, su altivez, detenían á

cada momento su mano y le obligaban á volver atrás en sus conceptos. Ese artículo no ha sido más que otro episodio más en la comedia que se está representando; ese artículo no explica el militarismo porque está formado de ideas vagas, de paradojas sin sentido común y de uno que otro rasgo de brillante ingenio que caracteriza al autor.

“Pero la comedia ha seguido. . . ”

“Y á todo esto, ¿qué ha sucedido con la Convención Liberal? . . . ¿Qué dicen los científicos de estos episodios humorísticos? . . . Los científicos se han sumido, los científicos apenas si resuellan; ya Frías y Soto comenzó á arrancarles la máscara, diciéndoles, clara y enérgicamente, que han conspirado en contra de la candidatura del General Díaz, que han buscado otro candidato y que no habiéndolo encontrado, se adhieren hipócritamente á la candidatura del caudillo.”

*
* *

Una carta-crítica al Sr. Bulnes, suscrita en Puebla el 7 del actual, con el pseudónimo de Isaac de la Provincia, nos ha llamado la atención por su razonamiento sereno, y aunque, dado el interés de semejante carta, la reproduciremos íntegra en nuestras columnas, hoy insertamos algunos párrafos de ella en esta serie de artículos, en que hemos querido mostrar en conjunto, la opinión de la prensa del país, con relación á los poco felices discursos pronunciados ante la Unión Liberal.

Se dice á Bulnes en la carta indicada:

“...siendo Ud. el *leader* del partido, designado por varias delegaciones de Estados para fundar la proposición de candidato, se esperaba que su discurso sería la *plataforma* del partido liberal. Y... francamente, la desilusión ha sido inmensa. Los simplemente curiosos no pudieron, por cansancio, llegar al final del discurso; los sugestionados por el nombre parlamentario de Ud, *sotto voce* no se convencen de la bondad de aquél; y bastantes, encuentran esa plataforma, ilógica, contradictoria, inexacta en mucho y «vacía del alma» que se

esperaba tendría del *leader* del partido que venía á la brega "cara al sol y pecho descubierto." ¿Es Ud. una estrella occidua? Sería sensible. Yo más bien creo que esas vacilaciones y esas contradicciones se engendraron en dos cosas: el suficientismo científico y el deseo de velar sus impresiones personales, bordando sobre ellas con el frenesí del compromiso.

"Oigame vd. algunas palabras sobre este famoso discurso, las que no pueden ser dolosas ni acres por varias razones".....

Adelante prosigue:

"Dice vd. que el elemento extranjero, levantándose ante nosotros, y con el cual México ha contraído grandes compromisos pecuniarios, enormes morales é inmensos de civilización, desea conocer los fundamentos de nuestros grandes actos públicos. Siendo que ésto lo decía vd. en la Convención con motivo de fundar y proponer la candidatura Díaz, hay que concluir que ese elemento extranjero desea conocer el fundamento de la candidatura, previendo el porvenir y para saber si á capitales y personas extranjeras les es útil y les garantiza no haberse embarcado en una peligrosa aventura, como si estuviéramos en 1850. Yo le cedería de buena gana la palabra á la inmensa y pujante colonia americana, á la próspera española, á la francesa, alemana é inglesa, para que contestaran á vd., y ellas le dirían: "Ud., Sr. Bulnes, es un notable economista y conoce mucha estadística, y ha vivido en tiempos de azar para el país y puede comparar. La confianza con que se le hacen préstamos á México, con la que traemos capitales y familias, implantamos industrias y abrimos comercios, ¿no le demuestra bien que tenemos ya por resuelta, ha mucho tiempo, la pregunta que vd. pone en nuestras bocas? Cree vd. que ese caudal de vidas y dinero de todas partes, viniera á comprometerse con la única confianza de la defensa en *las ballonetas extranjeras en un conflicto intervencionista*, entrando, consciente y voluntariamente, á ser acreedores de una Nación para ir á su irremisible concurso, en donde cobraríamos á real los pesos, á

largos plazos y con la confianza de la doctrina Monroe?".....

Después, refiriéndose al cargo que hace Bulnes por deleznable á la obra del Gral. Díaz, se añade en la carta:

"Cree vd. que desapareciendo de la vida, por fatal ley física, el Sr. Presidente, habremos de sumirnos en el caos revolucionario de tal modo que la obra del Gral. Díaz no perdure? No, señor. En la actualidad, la lucha que se renovaríase entre los partidos liberal y conservador, no podría ser la de Reforma ó Intervención; el partido conservador cuenta ya en su contra, como el liberal en su abono, lo hecho en el país en más de treinta años de régimen Constitucional".....

Entrando en consideraciones sobre el final de la obra del Gral. Díaz, se continúa diciendo en esa carta:

"Asienta vd. que el régimen personal de gobierno, es malo como sistema y bueno como excepción. Conforme con la doctrina, á la luz del derecho público, no lo estoy con la demostración que al efecto hace vd. La historia general de Roma enseña á vd. que á un emperador bueno sucedía un malvado; y ¿por qué? Porque parte vd. de uno bueno; hágalo á la inversa y resultará que á un malvado sucedía uno bueno; por incierta esa demostración peca contra la lógica. Fuera de que, rectificando con la historia en la mano, no vienen los emperadores en el orden de boudad que vd. los indica. Dice vd. que el régimen personal tiende á convertir á los pueblos en hembras sucias y prostituidas, por los favores que reciben de los gobernantes virtuosos y los golpes que les propinan los malos. Tampoco eso tiene demostración. De los regimenes personales salieron: para Inglaterra, la Carta Magna y el cadalso de Carlos I; para Francia, las luchas del Parlamento y los Reyes, el estado sintético bajo Luis XIV y la revolución del 93; para España, la Constitución del 12; para Prusia, la confederación germana, y, bajo ese régimen, Rusia se impone á Europa..... ¿Por qué no dijo vd. que el régimen personal como sistema es malo y como excepción bueno en la República?"

"Hay algo muy grave, que en seguida apunta usted."

"La ley histórica del gobierno personal es *surgir de la desorganización política* de los pueblos. (Esto no es original de vd., conste). Y como adelante dice vd. que "la obra actual—la política del Gral. Díaz—tiene por base *la desorganización política* del país," resulta, según vd., que de ésta surgirá un gobierno personal, de seguro, á la muerte del Gral. Díaz. ¡Qué terrible profesión! (á ser cierta) ¡Luego nos estamos ó se nos está desorganizando políticamente para que surja un gobierno personal? ¡Qué crimen!!"

Después, con motivo de expresar Bulnes que se conforma con que tras el Gral. Díaz venga la Ley, el signatario de la carta le pregunta si juzga que en la época del Gral. Díaz no ha existido la ley, y le dice que hace mal en pretender que la ley que prevalezca, sea indistintamente la de cualquiera de los más atrasados pueblos de la tierra, concluyendo los conceptos relativos con lo siguiente:

"...la abstracción Ley, la idea inconcreta "Ley," la inmensa é inconmensurable indefinición! ¿Y cuál ley? "Cualquiera—dice vd.—el Korán, los Vedas, la Biblia" porque ese pueblo del Sr. Bulnes se conformará fácilmente con un loco Mullah, un faquir ético ó un cuáquero fanático, de Presidente, de sultán ó de protector! ¿Es ese el pueblo mexicano de usted? Pues yo, la diezmillonésima parte del mismo, protesto y respondo á usted. Quiero algo más tangible que la Ley, menos abstruso: como *gobierno*: sucesor del actual, quiero la continuación del orden en la ley y por la ley, pero no una ley cualquiera, sino la que con sus preceptos consagra las garantías individuales y la responsabilidad de los funcionarios, excluye la monarquía, mata los fueros, garantiza la propiedad y lleva al pueblo, bajo la bandera de la igualdad, al progreso en todas sus manifestaciones. Con la sangre de mis antepasados, he comprado ese QUIERO, en el año de 1857!"

Dado el carácter y dimensiones de ésta serie de artículos, no sería oportuno repetir citas de publicaciones, que, por dos ó más veces, se ocupen de los *discurrentes convencionales*, y si en el presente aludimos de nuevo á "El Paladín," excepcionalmente hemos procedido, y lo mismo tenemos que exponer, en cuanto al último párrafo con que hoy cerramos este artículo, y el cual párrafo pertenece al "Correo de Jalisco," pues, ambos colegas han aportado á la cuestión novedad. El párrafo de «El Correo» es el siguiente:

"Aun no termina la impresión desagradable que causara el discurso en que el señor Ingeniero Bulnes condensó el encono y fines egoístas de un grupo de políticos, nunca llenos de poder y de medros. Por donde quiera se comenta, con indignación, el mentido porfirismo de ese grupo, y se siente el alivio que siente el que ha escapado del peligro de caer en manos despiadadas de hipócritas foragidos. Porque no cabe duda que ese discurso ha sido algo así como la oración fúnebre prematura de ese grupo, á quien el país pronto dará sepultura en la fosa del desprecio y del olvido."

Opiniones sobre los Discursos leídos en la Convención Liberal.

V.

No, aun no cesa la prensa periódica de la República de hacer conocer en sus órganos múltiples, la impresión de repugnancia invencible que sintiera contra los *científicos* oradores de la "Convención Liberal."

"El Bien Social," de Morelia, periódico moderadísimo, en su número correspondiente al 12 del actual Julio, dice entre otras cosas:

"Sin hacernos eco de la prensa dominada por el espíritu de partido y dividida por irreconciliables convicciones, y colocándonos en un terreno de absoluta imparcialidad, creemos que, como han opinado censores competentes, el discurso del Sr. Bulnes no fué lo más á propósito para realizar el fin que la llamada "Convención Liberal" se proponía. El Sr. Bulnes no dijo que el Gral. Díaz mereciera la reelección por sus méritos propios y por las grandes dotes que como político y gobernante poseé, sino que esa reelección era necesaria para que la *paz mecánica* de que México disfruta no se alterase, aseveración enteramente falsa, puesto que la tranquilidad que reina en nuestra Patria debe ser considerada como definitivamente estable."

*
* *

"El Siglo XX" de Saltillo, Coahuila, en artículo del día 12 del corriente, titulado "EL PARTIDO CIENTÍ-

FICO TIRÁ LA MÁSCARA,” se expresa en los siguientes términos:

“El último desahogo del Partido Científico, que no podía ya contener su saña y que ha vertido por boca del Sr. Bulnes, después de preparado el terreuo por Casasús y Macedo, ha venido á presentar ante la Nación á aquel sospechoso grupo en toda la plenitud de su desnudez y con todo el horror de sus maquinaciones diabólicas.

La benevolencia del Sr. Gral. Díaz, que ha persistido en tolerar cerca de su Gobierno, hombres como los que integran ese nefando grupo, irónicamente llamado Científico, ha dado por resultado que á despecho del respeto y gratitud que deben al ilustre Caudillo, le arrojen á la faz el más infamante y grosero insulto, producto de una conspiración cobarde, fraguada bajo la misma sombra benéfica que los ha amparado, sacándolos de la nada.”

“No es nuevo ni coge de sorpresa á la Nación, el negro fin, que desde mucho tiempo atrás, persiguen sin descanso esos ocultos enemigos de la democracia, cuyas ideas imperialistas claramente se han revelado; pero lo que sí es una novedad sorprendente, asombrosa, es la audacia, más bien la torpeza, de lanzar su grito de rabia, su rugido de impotencia hoy que del pecho de cada mexicano brota una aclamación unánime, un voto de adhesión en favor del merítisimo Gral. Díaz, para que rija, por un cuatrienio más, los destinos de la Patria.”

“Pero su aparición descarnada, que es el sonrojo de la Nación, viene sellada con el estigma de la infamia, desde que, para enaltecerse á los ojos del pueblo y del mismo Gobierno á quien insultan, el partido Científico pretende denigrar á una de las más honorables y dignas instituciones de la República: el Ejército.”

“Demasiado conocido es el discurso explosivo del Sr. Bulnes, para que nos ocupemos de él; y demasiado se conoce el efecto irritante que ha producido en la sociedad mexicana, para que tengamos que agregar algo sobre la indignación popular, sobre la repugnancia inmensa que han despertado los palaciegos intrigantes que forman ese funesto grupo: baste ésta sola caída co-

no un castigo condigno sobre los atentadores contra la paz de México.”

“Por ahora, sus esfuerzos se han estrellado; y á sus intrigas malélicas no ha correspondido sino el desprecio público.”

* * *

Del editorial de “El Demócrata Fronterizo” de Laredo, Texas, del día 11 del presente, tomamos lo que sigue:

“El Diputado Bulnes, que niega la existencia y organización del partido liberal mexicano, comete una de esas aberraciones que le son geniales y que explota para sus telonazos oratorios ó periodísticos, precursores de calamidades públicas, porque Bulnes sólo se exhibe, como los de la funeraria, cuando alguien está muerto ó alguien se está muriendo.

“Su presencia en la administración del Sr. Lerdo, trajo la catástrofe de Tuxtepec. Su preseucia en la administración del Gral. González, trajo el níquel, la deuda inglesa, la muerte de la prensa, los empréstitos.

“Desde luego, niega, como decimos al principio, la existencia del partido liberal y su organización, aunque por una de esas aberraciones tan geniales en él, nos habla de porfiristas, jacobinos y científicos. Luego el partido liberal existe, dividido en tres fracciones: los personalistas, que ya todos conocemos, y de los cuales no hay para qué hablar; los jacobinos y los científicos.

“Se le olvidó decir al Diputado Bulnes que el jacobinismo mexicano hizo la independencia en 1821, después de 11 años de lucha, hizo la República, conquistó la libertad, transformó al pária en ciudadano, aseguró la libertad de conciencia, la libertad de enseñanza, la libertad de la prensa, defendió la patria y la salvó; todo eso hizo el jacobinismo mexicano, en medio siglo.”

“¿Qué han hecho los científicos? ¿Qué ha hecho esa facción de acomodaticios de todos los tiempos, que siempre tienen una teoría, un sofisma para excusar sus

cobardías, sus abyecciones, sus prostituciones políticas? Arrimarse á la mesa del presupuesto, intrigar en los salones, hacer la política de alcoba, y arrastrarse á los pies del poderoso avivando sus pasiones liberticidas."

"El científico de hoy, es el conservador y el traidor de ayer, que odia al pueblo, odia la libertad, odia el progreso, y sólo adula al poderoso, al rico, á todo aquel de quien espera algo, aun á costa de su honor. Es el pasivo que está dispuesto para todo lo que no interrumpa su digestión ni le exija ningún esfuerzo."

"El pueblo mexicano no se engaña, no puede engañarse. La facción científica la forman los parásitos de las iglesias, de los salones, de los capitales, y lucha ahora, como en 1810, como en 1856, como en 1862, por su eterno ideal: vestir de arlequines y llenar los estómagos, lucir en las calles, en los salones y en los banquetes, aun sacrificando la honra y la independencia de la patria."

"Pero los jacobinos de ayer, como los conservadores de ayer, dejaron cimiente numerosa, y estamos, una vez más, siempre y en todas partes, frente á frente y apretados á la lucha."

"¡Abajo caretas y coloquémonos cada cual en nuestro puesto!

¡Alea jacta est!

* * *

No habíamos hecho mérito en esta sección de nuestro colega, de «El Espectador» de esta ciudad, porque sus principales opiniones sobre la materia que nos ocupa, las expuso en un editorial del día 5, que denominó "EL DISCURSO INCENDIARIO DE BULNES ANTE LA CONVENCIÓN LIBERAL," el cual reprodujimos íntegro en otra parte de «La Voz»; pero con el fin de que figure en esta serie, tomamos para la misma, de aquel editorial, los conceptuosos párrafos que insertamos eu seguida.

Dice «El Espectador,» refiriéndose á los discurrentes *convencionales*:

"Ese orador y los otros, representaron dignamente al grupo siniestro á que pertenecen; pero nunca, jamás,

puede razonablemente, creerse que hayan representado á la Convención Nacional, si ella no lo confirma.

Sí, representaron á su grupo, que anhelaba presentar otro candidato para la Presidencia; á su grupo, que barrido por la potente opinión de la Nación entera, se doblegó miserable para aparentar seguir la corriente de esa opinión, y sacar con ella provechos y ventajas, tomando lugar directivo en la Convención Nacional, y decir en ella: Somos un gran elemento que tiene raíces en todos los Estados de la Federación, y convenimos, los que así somos tan poderosos, en que por última vez se haga la elección de un hombre que tiene tantos y tan ilustres méritos para con la Patria; á fin de que después veuga al Gobierno el hombre civil; sea quien fuere, con tal que nos pertenezca; y no teniendo por ahora, ningún nombre para ese hombre, para no ponerlo en evidente ridículo, le llamaremos LEY, aunque para denominarlo así, tengamos que formar la antítesis contra lo que existe y contra el candidato que hoy por necesidad aceptamos, expresando que cuanto ha hecho no es legal, y que él no es la representación de la Ley, sino la de la tiranía, semejante á la de un Emperador Romano, que gobernaba un pueblo en su decadencia, profundamente corrompido; y añadiendo que esa tiranía ha tenido por norma el falaz egoísmo maquiavélico, y nunca el derecho, y ni siquiera el ideal de las instituciones.»

.....

“Serpiente de escamas de colores diversos, parece ese grupo; serpiente que voltea y se presenta por todas partes, queriendo fascinar para morder é infiltrar en la mordedura su veneno, en el instante propicio. Siguiendo el símil, podemos decir que la tal serpiente, pisada en alguna aventura, en que rastreaba oculta, perdió el tino, y enconada al acercarse al Sr. Presidente en la Convención Nacional, le ha enseñado los dientes en el discurso de Bulnes, quien no se fija en esta ó aquella ley para el país, con tal de que se exalte al poder al grupo á que pertenece; ese grupo de hombres sin nombres, sin méritos ni servicios, el de los desconocidos, el de los sin antecedentes, los que ni siquiera podrán ser respousa-

bles por falta de personalidad; ante la opinión ó ante la Historia; de ese grupo que forma una sociedad anónima que en el Gobierno sería desastroza oligarquía, que comerciara con los intereses de la Patria.....»

«Nadie deberá dar crédito á los farsantes políticos, que, ayer con una bandera y hoy con otra, ayer con un candidato y hoy aceptando el contrario, por conveniencia del momento, lo que buscan es su negocio.

«¡Quiere morder la serpiente de colores! Y la serpiente astuta, desatinada por haber sentido la planta de la Justicia sobre su cabeza, y desatinada por haber perdido á su candidato en otra aventura anterior á la señalada, por razón del cascabeleo anticipado á la mordedura que intentaba sobre el seno de la Nación, se puso rabiosa, y por boca de su orador hizo conocer su rabia, censurando al candidato que, obligada, ha vístose en la triste necesidad de proclamar, y ha censurado con acritud cruel, estigmatizadora, la grandiosa, la inmensa obra de su forzado candidato, para concluir con que si se le acepta, por no poder más, será sólo por un nuevo período, para que después venga la oligarquía presidida por un hombre de los suyos.»

«En tanto que algún escritor norte-americano, decía no hace mucho tiempo, en un periódico de los Estados Unidos, llamado «Dixie:» *Después del Gral. Díaz en México, prevalecerá el espíritu del Gral. Díaz en la República,* viene el orador que representa al grupo funesto de que hemos hablado, á decir que después del General Díaz, nada que se parezca á lo hecho por el General Díaz, un cualquiera, con el Korán en la mano, ó cualquiera de las instituciones más atrasadas de la tierra; que después del General Díaz, la destrucción del Ejército, que chorreando sangre ha sabido salvar á la Patria, y el cual tiene hoy por religión el honor, y por norma el hermoso cumplimiento de su deber; que después del General Díaz, ellos, el grupo de mercaderes, formando una oligarquía, concertando préstamos de centenares de millones, desorganizando el país, arruinando la República!»

«Lo expresamos al principio: creemos á ciencia cierta, que este es el ideal del grupo que venimos señalando, del que, por furiosas impaciencias, por enconos contra un tercero, en su precipitación apasionada, echó á tierra su candidatura á la Presidencia, en vísperas del asegurado triunfo; del grupo del que, decíamos, no hace mucho, cómo era preciso tener el ojo avisador sobre él, pues, que espía, con mirada de buitre, la agonía de la salvadora política del Gral. Díaz.»

*
* *

Con motivo de ver cómo esos científicos se han, cual serpientes, enroscado pérfidos á la personalidad del Sr. Presidente de la República, creciendo en fuerzas, al calor de sus favores, y multiplicándose en audacias bajo su tolerancia, se nos antoja la fabulosa figura de Laocoonte, rodeado de sierpes, en venganza de haberse opuesto á que se introdujera en la invencible Troya, la gigantesca estatua del caballo que llevara ocultos en su vacío seno, á los que debieran ábrir á los enemigos las puertas de la ciudad sitiada, y nos viene á las mientes un inédito soneto intencionado, de un poeta amigo nuestro, en el que, desligando de las serpientes al héroe griego, lo pinta, libre y glorioso, castigando tremendo á los pérfidos, destrozando la gigante figura equina, con pesada mole que descende con furia desde su altura á la bajeza de los pequeños, á fin de que ellos queden aplastados por siempre, y como el Dante puso en su infierno á ciertos miserables: con la cabeza hundida eternamente en la inmundicia.

El decir del mencionado soneto, suena como profecía de próximo suceso. Hélo aquí:

Alto, desde la cima de algún monte,
que se empine furioso en la bravía
baja llanura de la tierra, un día
en que el sol no se ofusque ni tramonte,
de sierpes libre, rodará Laocoonte
un peñasco que aplaste la vacía

testuz equina. Y en la lejanía,
manchando el esplendor del horizonté,
un castigo dantesco: abajo, abajo,
el odio, el sedimento y el trabajo
del *barreno* y la *oruga*, *sucio* y *sordo*.
¡Y en la altura, en la altura, en las alturas,
un ojo contemplando las figuras
que están (*) *col capo sidi merda lordo!*

(*) Palabras de la Divina Comedia.



Opiniones sobre los Discursos leídos en la Convención Liberal.

VI.

Estamos para dar término á esta serie de artículos, acaso con uno próximo, pues, para el objeto de hacer patente ante nuestros lectores las acres censuras de que se han hecho merecedores los oradores que representaron al grupo científico en la denominada Convención Liberal, abrogándose el carácter de intérpretes de toda ella, son suficientes los ecos que hemos recogido de la prensa para formar la citada serie; por más que nos hayamos propuesto hablar una sola vez de cada publicación de las que han tratado de esos *discurrentes*, tomando únicamente una parte de los respectivos textos.

Sí, es suficiente esto para dar idea de cómo la opinión se ha pronunciado unánime en contra de los oradores *convencionales*.

*
* *

Suscrita por varios señores, encontramos una refutación enérgica titulada: "El Sr. Bulnes ha cometido un grave delito de lesa Nación.—Debe exigírsele la responsabilidad penal," en cuya refutación se amontonan severos cargos sobre la cabeza del orador científico.

*
* *

Bulnes ha dado á la estampa una hoja suelta, que no ha sido reproducida hasta hoy por periódico alguno,

que sepamos, y de la cual decíamos en el artículo de fondo de nuestro número anterior:

“Desequilibrado ha seguido mostrándose D. Francisco Bulnes, al publicar su hoja suelta «CONTESTACION Á LOS IMPUGNADORES DE SU DISCURSO PRONUNCIADO ANTE LA CONVENCION LIBERAL.» El encono que mostró en aquel discurso, por sí y en representación del grupo á que pertenece, dejó ver el despecho que les hubiera causado á los científicos, el tener que arriar la bandera de su candidatura, y que, plegarse á la que imponía la voluntad nacional. Desatinado, torpe é insolente en aquel discurso, el Sr. Bulnes tuvo en su boca las ofensas más crueles para la Nación, dejando entender que cuanto existe y ha existido en la República, no es otra cosa que el caos, que sólo podrán venir á ordenar los científicos.

Pues bien, tras de aquel discurso, flajelado por la mayor parte de los periódicos que existen en la República, y por varias hojas sueltas, publicadas expresamente para refutarlo, viene el Sr. Bulnes dizque á contestar las refutaciones que se le han hecho, dirigiéndose principalmente al Sr. D. Hilarión Frías y Soto en su citada contestación, que se voceó el 15 del presente en México, como alcance á “El Imparcial,” seguramente porque en la imprenta del mismo, fué donde se repartió la citada hoja, que no tiene fecha ni pié de imprenta, y el cual “Imparcial” explicó que la susodicha hoja del Sr. Bulnes no debía reputarse alcance de su edición.

En esa hoja suelta del Sr. Bulnes, en que se le mira funámbulo, haciendo suertes sobre la sutileza de razonamientos sofísticos, para probar que no ha ofendido al Sr. Gral. Díaz en su discurso anterior, y para probar que no debe confundirse á Octavio con Augusto, porque Octavio, se llamó antes de ser Emperador, y Augusto hasta que lo fué; en esa hoja suelta, en que lanza sobre el preclaro indio Juárez anatemas tremendos; en esa hoja suelta del Sr. Bulnes, haciendo abstracción de esa defensa inútil en que quiere probar que no ha ofendido al General Díaz, sin conseguirlo, deja en pié y recarga con peores colores, lo que dijo en su discurso que, como

anotamos, ha merecido la reprobación general de la prensa.''

*
* *

«El Imparcialito» de la Capital, hablando de la citada hoja suelta adicional al discurso convencionalista, dice lo que sigue:

«La Convención Liberal enemiga del General Díaz.

Empieza á circular en estos instantes, una hoja de Don Francisco Bulnes, en la que contesta los cargos que se le imputaron por el jacobino Don Hilarión Frías y Soto y por todos los que no simpatizamos con el falaz partido de los científicos, como resultante de su discurso pronunciado en la Cámara de Diputados.

El señor Bulnes envilece á Juárez, á la Constitución, al General Díaz, al pueblo.

La Convención Liberal será acusada de sedición ante la Historia.

Búsquese nuestro próximo número, que contendrá pruebas de nuestras afirmaciones.

El señor Bulnes llega á conclusiones idénticas á las que han proclamado los periodistas de oposición, sumergidos actualmente en las infectas mazmorras de Belén.''

*
* *

En una carta que hemos recibido, encontramos esta concreta apreciación del famoso discurso que nos ocupa:

¿Qué tal el discurso de Bulnes? El grupo científico pocas ocasiones ha tenido ni tendrá de manifestar *urbi et orbi*, su ignorancia en asuntos históricos, á pesar de su presunción; su mala comprensión de las leyes sociológicas, á pesar de declararse especialista en esa ciencia; y su doblez, á pesar de llamarse porfirista. Ese discurso es una gran imbecilidad y una gran canallada, y pinta al grupo de cuerpo entero, con su cerebro hinchado de vanidad y su corazón repleto de ambición traidora; y lo pinta bien, porque se comprende que, encontrándose entre el dilema de aparecer ridículo, ó el de mostrarse repugnante, escogió este último extremo. No

cabe duda que en ello hay audacia; pero tampoco cabe que hay también torpeza y desvergüenza. Y á la Nación y al General Díaz le han hecho un gran favor con la actitud que han tomado: ya los conocen, y saben de qué son capaces.

* * *

Bajo el pseudónimo de «Pax Christy» se ha dado á luz en México, una hoja que lleva el rubro de «La Jeremiada Bulnesiana. Sus impugnadores y sus defensores,» la que, al hablar del discurso, hoja suelta adicional y demás publicaciones relativas, expresa por qué el sentido común se subleva contra la argumentación del orador científico, y termina con las siguientes conclusiones:

«1° Porque persiste la convicción de que el Sr. Bulnes fué intemperante, irreflexivo, antipatriótico, imprecendente y contradictorio en su discurso.

2° Porque no han bastado todo el talento y toda la elocuencia del orador, para ocultar la falacia y la extemporaneidad de su argumentación. Los aplausos de su auditorio (que hoy resultan *modestamente* ser de la Nación entera,) no bastan á protegerlo.

3° Porque su defensa es capciosa, y se endereza sólo á librarse del mal concepto en que trató de colocarlo el Sr. Frías y Soto en el ánimo del Gral. Díaz; y á disputar sobre opiniones jacobinas y de historia patria,

y 4° y último: Porque este país necesita (como todos los pueblos) ejemplos y enseñanzas de valor civil, de patriotismo levantado y sincero, alientos de fé que lo eleven á sus propios ojos y á los del extranjero, y no de adulaciones; no declaraciones cínicas, frías, denigrantes, aunque sea á título de dogmatismo y de suficiencia científica. Los cínicos no salvarán nunca á los pueblos, aunque estén ahitos de ciencia y amor propio.»

* * *

Por último, el periódico metropolitano «La Nación,» que de modo solemne se despide de su público, al reti-

rarse del estadió de la prensa, haciendo alusión á los ataques de los oradores científicos, ataques embozados ó descubiertos, dirigidos al Sr. Gral. Díaz, al reputarlo como refractario al obediencia de las instituciones, de un modo magistral manifiesta lo que copiamos á continuación:

«La fé del señor Gral. Díaz, su convencimiento íntimo de que únicamente por medio de la paz, puede el pueblo mexicano hacerse digno de la ley escrita, amada sinceramente por los mexicanos, y vista por ellos como el supremo término de su gloriosa carrera, triunfó al fin por completo, y todos los corazones y todas las voluntades, en unánime concierto, le dicen á Porfirio Díaz: mereces bien de la Patria; los sacrificios que te has impuesto, el severo régimen político á que nos has sometido, han dado ya los resultados que noblemente ambicionabas; los mexicanos ya no derramaremos nuestra sangre en el estéril campo de la guerra civil. Fortalecidos por el estudio y la meditación, queremos disfrutar de nuestra emancipación política, bajo el imperio de la Constitución y de la Reforma, esos sagrados Códigos, herencia preciada de nuestros mayores, y queremos que tú, organizador de la paz mecánica, presidas en el poder la lucha ordenada y pacífica de los intereses del pueblo. No queremos ni podemos aceptar que abandones la Presidencia de la República, y dejes interinamente en el poder á un extrajero naturalizado; no queremos ni podemos ser objeto de donación ni de traspaso. Concluye de modo glorioso tu obra, liberta á la Patria del grupo de gambusinos que sin fé y sin ideales, tan sólo buscan tu apoyo por interés bastardo. Toma cuantos años sean necesarios para dar coronamiento á tu magna obra. Emplea el crédito que has sabido conquistar, en la irrigación del territorio nacional, y deja como herencia política, un pueblo fuerte por sus derechos, que no pueda ser presa de las tiranías del dinero, mil veces más odiosas que las tiranías militares, queremos que antes de que llegue el ocaso de tu vida, arda y brille para siempre en México el sol de la Libertad.»

«Y el señor General Díaz, no rendido á la fatiga,

después de una labor tan larga como meritoria ha contestado oficialmente: mi vida, mi sangre, cuanto poseo, lo he consagrado á la Patria. Acepto nuevamente el mando supremo de la República, para ser símbolo de paz y de unión entre los mexicanos.

«El país entonces ha puesto la mano sobre el corazón de ese hombre glorioso, y ha sentido que late al impulso de los mismos ideales y entusiasmos que el suyo, y espera confiado el desarrollo de los sucesos políticos, seguro de alcanzar en ellos la justa recompensa de sus heroicos sacrificios.»

* * *

No podíamos terminar, con más elocuentes y justificadas frases, el presente artículo, expresando que el enfático decir de «La Nación,» está en entera conformidad con nuestras ideas, en lo que se refiere á nuestro ilustre Presidente de la República.

Opiniones sobre los Discursos leídos en la Convención Liberal.

VII.

Las solemnidades con que se honra la memoria del Gran Reformador Benito Juárez, en cada uno de los aniversarios de su muerte, fueron motivo para que se dijese frases en defensa suya y del Partido Liberal, que encarnó en vida y al que en su muerte sirve de evocación su solo nombre para ponerlo en pié y dispuesto á emprender las gloriosas luchas en que supo ser con Juárez vencedor, y en que con Díaz, ha sabido ser regenerador de una Patria abatida antes por la anarquía; las solemnidades, pues, dando motivo á que en los discursos relativos se hicieran defensas de Juárez y de su Partido, insultados por los oradores científicos, nos ofrecen material para muchos artículos de esta serie, en que hemos tratado de sintetizar las opiniones todas, la indignación profunda, que ha causado el decir de los citados oradores científicos en la Convención Liberal, entre los cuales, por su mayor avilantez, se ha distinguido el Sr. Bulnes; pero para no ser por demás extensos, nos limitamos á hacer mérito de muy poco de cuanto se ha expresado en la enlutada tribuna, en que se ha defendido como decimos y glorificado al ilustre Reformador inmortal, el 18 de Julio próximo pasado, tomándolo de las primeras piezas relativas que vienen á nuestra Redacción.



El Sr. M. Barrero Argüelles, en su composición

leída en el Teatro Juárez de esta ciudad, donde tuvo efecto el 18 de Julio la velada organizada por el Club Victoria, entre otras, lanzó estas fulminantes estrofas, haciendo referencia al grupo científico:

I.

Oyeme, pueblo, y mi palabra sea
 como el terrible resonar del viento,
 cuando su furia el huracán pasea;
 porque yo necesito que mi acento,
 grito de indignación, protesta airada,
 se dilate sin fin, hoy que al amago
 de una facción insólita y menguada,
 ¡México acusa ser nueva Cartago!
 ¡Botín de mercaderes contumaces!
 ¡Pasto de sibaritas sin decoro!
 ¡Gambusinos capaces
 de comerciar la Independencia en oro,
 si alguno á su presencia
 el áureo brillo del metal mostrara,
 con que pagar la autónoma existencia,
 prenda de un mártir, sobre todas, cara.

.....

Porque yo necesito
 flagelar sin piedad, en las desnudas
 miserias de ese mónstruo nunca ahito,
 que falso Cristo, con la piel de Judas,
 predica Libertad y es el Sicario;
 habla de Ley, y el Código maltrecho
 vocea mercenario,
 haciendo una almoneda del Derecho,
 y una Roca Tarpeya del Calvario.

Porque yo necesito que la lengua,
 rayo de indignación, dardo vibrante,
 divulgue á gritos la terrible mengua
 que el grupo criminal y traficante
 sobre la patria arrojará, si al peso
 del sórdido interés que lo devora,
 surge al castigo de la ley, ileso
 porque burle la ley, reparadora.

¡La Ley...! El santo paladión... La egida
 invulnerable de la Patria. Eso
 que es nervio y sangre y corazón y vida,
 del todo popular. El arca santa
 que llevaste, señor, sin que un instante
 flaquear sintieras al posar tu planta
 destrozada y sangrante.

¡La Ley....! La Ley que tú, Depositario
 de la sagrada tradición, supiste
 llevar desde el Tabor hasta el Calvario;
 que Apóstol del Derecho, sostuviste
 entre el fragor de la invasión *llamada*,
 y que integraste al fin, cuando al candente
 resplandecer de la contienda armada,
 dictaste nueva norma,
 de México feliz é independiente,
 tu código supremo: la Reforma.....

.....
 Juárez, muerto, levántate. Recobra
 todo el poder de tu pasada vida,
 y erguido en los dinteles de tu obra,
 sé de tu pueblo la invencible egida.



El Sr. Lic. Rodolfo Reyes, sin hacer directas referencias enojosas, al grupo científico, y á los discursos de sus oradores, hubo necesariamente, de tocar el tema obligado para todas las conciencias, en el instante solemne en que ante la tumba del Padre de la Reforma y de la Libertad, en presencia de concurso imponente, presidido por el Primer Magistrado de la Nación, pronunciara su oración laudatoria á nombre del Comité Patriótico Liberal; y así, de esa oración tomamos los siguientes trozos:

“Juárez fué el resultado de un momento social, y la satisfacción de una necesidad orgánica de igual orden; su personalidad apareció para descifrar la incógnita de tres problemas pavorosos: la realización de la libertad moral, la Constitución estable de la República, y su

existencia como entidad internacional. Los medios de que se valió no fueron la ciencia, ni la erudición, ni la malicia, ni el ingenio: amor y voluntad fueron su fuerza: "Amo, se dijo, luego soy fuerte; quiero, luego soy invencible." Y vedlo, allá vá por sobre el encrespado mar de la calumnia, débil y aislado, beñado, maldecido; pero siempre persistiendo y siempre lleno de fé en sí mismo y en sus credos. ¡Qué grande y qué ejemplar es su viaje por el mundo! Narrarlo, es escribir en aureas letras la extraña peregrinación de una virtud por entre los lodos de la vida; es cantar la epopeya de una fé que pasó erguida por entre las mezquinas debilidades de los hombres; sus pasos jamás se desviaron, iban rectos al camino de la gloria; sus labios jamás se abrieron para gemir y solo lo hacían para predecir como seguro el triunfo.

"Juárez fué un carácter; una individualidad sostenida por sí misma, sin temor á la influencia de las preocupaciones ni del medio, incapaz de sugerencias que le pervirtieran; su vida nos ha enseñado que la fuerza de un pueblo se mide por el vigor de sus unidades y que para hacer fuertes á los pueblos hay que inyectarles caracteres más que ciencia.....

"Juárez fué un ejemplo de que para bien de las sociedades son más necesarios los sentimientos y los caracteres, que los genios; su vida nos hizo ver que la cabeza tendrá siempre menos imperio que el corazón. El genio y el talento abundan en el mundo; pero como no siempre están al servicio de la verdad, suelen ser más nocivos que benéficos; son cualidades que existen hasta en los caracteres más viles, y por eso vale más un puñado de carácter que una fanega de Ciencia. Con la luz del carácter como guía, es como la humanidad admira lo que tiene de más alto y más puro; y por eso el ejemplo de los hombres-carácter nos impulsa á procurar hacernos, no más ricos en medios, sino en espíritu; no más grandes en posición social, sino en honor; no más inteligentes, sino más virtuosos; no más poderosos y más influyentes, sino más verídicos, más rectos y más

honrados. La carrera de Juárez es un excelso monumento de la energía humana, y bien puede vaciar el pensamiento y la voluntad de todo un pueblo, para crear á su imágen un carácter nacional. Los hombres llegados á donde él llegó, son antorchas que iluminan á la humanidad para hacerla distinguir la atmósfera moral que la rodea, y su luz brilla eterna sobre las generaciones sucesivas.

“La vida de Juárez nos ha comprobado una verdad innegable; cada institución social es la proyección de un carácter, de un hombre de corazón y voluntad superiores: por eso el Cristianismo es la proyección de Cristo; la Reforma religiosa, de Lutero; la Revolución Francesa, de Rousseau; y la Reforma Liberal Mexicana, de Juárez mismo. Tales hombres imponen á sus siglos y á su raza, la mente de su espíritu; por eso un pueblo que los tiene no se pierde jamás. ¿Cómo perderse ante testigos tan gloriosos que desde el pasado los contemplan?...

“Siendo tamaña así la obra de Juárez, ya se comprende que á no haber vivido en un pueblo de párias, su obra inmensa hubo de crear discípulos y su simiente hubo de dar un fruto; ese fruto, en cuanto al núcleo que lo conserva y lo sostiene, se llama Partido Liberal; saber lo que él hizo, lo que fué, lo que es y lo que habrá de ser, se impone para poder llegar con derecho ante la tumba de Juárez y decirle: “Señor, yo soy un liberal, tú eres mi maestro.”

“Y el Partido Liberal mexicano de hoy, el de la actual juventud, el del mañana, ¿será por acaso la ardiente demagogia del 93; será el luchador de nuestro 56 ó por el contrario, el que se adhiera al egoísta—“*Laissé faire.*” “*Laissé passer*”—predicado por algunos complacientes, que para decirse liberales comienzan por negar la obra del liberalismo de ayer? ¿Será el que llama á concordia y transacción á quienes lo odian, y que en su fácil repartición de libertades, con el desprendimiento de quien no ama sus bienes, porque nada le costaron, quiere conceder á su eterno enemigo el clericalismo la libertad de suprimir la libertad de los otros, que es la

aspirada por ese nefasto grupo que confunde la religión con la política? No; el verdadero Partido Liberal, el legítimo heredero de nuestros grandes jacobinos es: LA CONDENACIÓN DE TODAS LAS INTOLERANCIAS, Y EL RESPETO DE TODOS LOS DERECHOS; pero hoy, como ayer, es puritano, es inflexible en sus principios y solo cree suyos á quienes lo quieran sin componendas y sin matices. Ese Partido sabe que vive poderoso, que se sienta en los Bancos de la Cátedra, que bulle en la vida del Taller, que enraiza en la cabaña del labriego, que se predica en el hogar, y en fin, que vibra donde quiera que alienta una individualidad mexicana, no contaminada por la Sacristía ni por la Conveniencia, sino inspirada por la honradez y por el patriotismo.

“Y ese Partido Liberal tiene un claro credo que puede proclamar sin temores y sin reticencias, porque es hijo de sus honradas convicciones, y lo ha heredado de un pasado glorioso de luz.....

“Ya he dicho cómo ese Partido Liberal verdadero, cree también en todos los mártires y en todos los héroes, en todos los sacrificios pasados y en todas las luchas de ayer; sabe que si el presente quiere ser padre del futuro, sólo puede serlo sabiendo ser hijo agradecido del pasado; sabe que los pueblos que no se vuelven á ese pasado, sino para ofenderlo y negarlo, son pueblos que sabrán producir mercaderes y egoístas, pero nunca ciudadanos ni patriotas.....

“Por eso cree que no hay que imprecicar al pasado como pidiéndole cuenta de sus hechos y diciéndole “inepto,” “anárquico,” “revolucionario,” porque anárquico, débil y revolucionario, debió de ser, para que algún día llegáramos á donde hoy estamos, porque la fuerza, el progreso y la prosperidad de los países no se los encuentra el hombre forjados en una bella mañana, sino que es preciso que el hombre sepa forjarlos en intensa y larga y dolorosa lucha.

“Sabe el Partido Liberal que el pueblo, ese que llaman débil, vicioso, ignorante, es un pueblo que sabe prestarle á su patria todo lo que la naturaleza le dió, ya

que los directores de la sociedad y los conscientes no le hemos dado otra cosa; no tiene sino vida, pues bien, su vida jamás la ha escatimado, y mudo siempre y siempre resignado, sin que sus labios pálidos exhalen una queja, nos ha dado, repito, el contingente de todo cuanto tiene, en las luchas por todas nuestras libertades.

“Este Partido Liberal cree en su Ejército y lo ama y lo respeta; sabe que él es y ha sido el brazo armado de la justicia y de la ley; tiene fé profunda en que el viejo soldado de los fueros y de los cuartelazos, de los privilegios y de los abusos, cayó deshecho por los rayos de Ayutla y el que no se extinguió con los relumbrones de su Alteza Serenísima, fué degollado en las gloriosas cargas de Puebla y San Lorenzo, de San Jacinto y de Querétaro; cree que el actual Ejército y su guardia veterana, no es el enemigo sino el sostén de los derechos sociales, y sabe que el soldado que ha militado desde Ayutla hasta el día, no es el militarista que ha de hacer cuartel de la sociedad civil y Ordeuanza de su ley fundamental. Nó; el Ejército actual nació frente al Ejército privilegiado, y para destruirlo, fué hijo del civismo, fué el mismo pueblo puesto en armas. ¿Qué cuartelazo, qué atentado contra las libertades ha consumado? Nó, señores; la espada de los Escobedo, los Corona, los Díaz, sólo está mojada hasta el puño de sangre de ofensores; pero inmaculada de sangre de ofendidos. Nó, señores; los héroes de Querétaro, de Calpulalpam, de Puebla y de México, son la sanción del Liberalismo y no sus enemigos. No, vieja Guardia de la Intervención y de la Reforma, el Partido Liberal, ni os desconoce ni os olvida, sabe que cada herida que acongoja vuestro cuerpo, y cada cruz que oruamenta vuestros pechos, es recuerdo y símbolo de la conquista de un derecho y del aseguramiento de una libertad. No, joven Ejército, el Partido Liberal no os teme, sabe que las armas que la Nación os ha entregado, sólo las sabréis esgrimir para hacer respetar esas conquistas y esas libertades. No, veteranos, sobre vuestras tumbas no ha de brotar el árido espino del olvido, sino que brotarán las flores inmarcesibles de la gratitud y del recuerdo. No, nobles solda-

dos, los liberales no os ofrecen como premio á vuestros servicios y desvelos su desdén y su censura, sino su aplauso y su fraternidad, su confianza y su fé.

“Nuestro Partido cree en la Religión, sabe que de las manos de su Júpiter armado no salió un solo rayo, á azotar las conciencias ó á herir la fé; Juárez, como liberal completo, respetó á la Religión, y la purificó al quitarle lo que la maculaba y la prostituía: las finanzas y la política, dejándole la pureza de sus fuerzas: la fé y las almas

“Eso cree el Partido Liberal verdadero, el puritano, el conservador de sus enseñanzas; y esos principios, y ese amor para todo lo que es grande, y esa oferta de redención y de progreso, eso, Padre Juárez, trae de ofrenda á tu tumba.”

* * *

Más concreto se mostró el Sr. Lic. Don Miguel Muñoz Moreno, en las honras fúnebres dedicadas á Juárez, el citado día 18 de Julio, en Xalapa; y de modo directo se lanzó contra el grupo científico, en la forma que sigue:

“La obra de la Reforma está asegurada con los avances de la civilización, y nada ni nadie podrá ya contra ella, por más que levante su penacho de flamas la hoguera de las ambiciones innobles.

“Todos estamos plenamente satisfechos de la evolución efectuada en nuestro país en menos de una centuria; todos, á favor de los principios democráticos, concebimos halagadoras esperanzas; todos guardamos en nuestro pecho la profunda convicción de que el bien público, la felicidad de la Patria, se cifran en la portentosa revolución de ideas sintetizada en la Constitución de la República y en las Leyes de Reforma; sólo una facción se revela, sólo una facción protesta, y, usurpando timbres y arrojando mengua, pretende, estulta, falsear principios, y abrir nuevos y tortuosos senderos para encaminar al pueblo.

“¿Quién es ella? ¿Hacia dónde va?

“¡Oh, dignos y esforzados ciudadanos, que rendís

ferviente culto á la venerable memoria de los benefactores de la Patria, y que estáis prontos á la heroica lucha en defensa de las instituciones públicas! ¡Oh, pueblo justiciero, que muestras en tu altiva frente los inmarcesibles laureles de tus glorias, y á impulsos de tu alma enamorada del astro de la civilización, te encaminas á un porvenir en que la realidad esplenda con los fulgores de tus soberbias esperanzas! Es ella, la facción audaz, la que pomposamente se denomina *partido científico*, la que, para ocultar sus tendencias, y conquistar simpatías, usurpa el limpio y honrado nombre del partido liberal, de ese que siempre ha sido y siempre será regeneración y cultura, heroísmo en la paz y en la guerra, inmenso amor á la Patria!

“Es el grupo en que reaccionarios y traidores, extranjeros y llamados liberales, todos ligados por una pasión judaica, aspiran al predominio económico personalista, convierten la política en industria, y juzgan puntos de explotación fecunda los más arduos y trascendentales problemas nacionales.

“Todo lo amengua y lo insulta con insolente, con irritante descaro! Ora, rabioso, llega ante las tumbas de los constituyentes y de los reformadores, y, al estruendoso aplauso de los imbéciles, vierte sobre ellas blasfemias; conceptúa sarracenos á quienes demolieron el carcomido edificio del pasado y crearon, para honra y orgullo de la Nación, el nuevo régimen de vida política, el régimen de libertad; ora provoca discordias, concita rencores, difama, calumnia llevando la acusación criminal ante el Congreso de la República, y cuando es llamado á sostenerla, huye cobarde, se esconde, y en contra del fallo solemne, no tiene, no arroja ni un voto desde los asientos de la Representación Nacional.

“Odia y denigra la obra de los reformadores, porque le ofende la redención del pueblo, porque le ofende el predominio de la libertad más amplia, porque le ofende la soberanía como principio de vida y de progreso políticos.

“Transige con el clero; tolera y absuelve á la traición, é invoca para sí, y como medio de orden, la conci-

liación, y ya predica la necesidad de que se amalgamen todos los partidos, ya pide que el partido conservador se levante fuerte y vigoroso, porque el clero posee cuantiosos capitales y puede, en circunstancias críticas, pagar á buen precio monstruosas infidencias en cambio de abolidos privilegios.

“Detesta la Constitución de 57 y las Leyes de Reforma, y sacrílegamente llama á aquella “jacobina,” porque le estorba para realizar sus propósitos, porque es valedar en que se estrella la turbia corriente de sus pretensiones bastardas.

“Contrae compromisos en el extranjero, porque no cuenta con el pueblo, y porque si más allá de nuestras fronteras, no hay quienes aventuren capitales para el logro de absurdas esperanzas, hay al menos, negocios lucrativos, merced á los cuales, por arte diabólica, de la noche á la mañana, el andrajo se convierte en lienzo damasceno, la miseria se torna en opulencia.

“Ha pretendido cerrar al pueblo, á los pobres, la escuela profesional, y reservaría exclusivamente á los ricos, porque desprecia á la clase humilde, y acaso intenta que los títulos que amparan profesiones, equivalgan en una aristocracia exótica, á los rancios y desprestigiados pergaminos nobiliarios.

“Deprime y censura á los viejos soldados de la Reforma, porque el brillo de sus glorias lo ofuscan; repele al Ejército, porque sabe que es el firme é incorruptible guardián de la República, porque comprende que es del pueblo y que bregará hasta la muerte por el imperio de la democracia, y hoy más que nunca, puesto que cede á una organización perfecta y obedece á una educación científica.

“Pretende arrebatar á los Estados la Enseñanza Pública, porque ambiciona la imposición de su credo anti-patriótico, porque tiende á un centralismo absorbente, vergonzoso, bajo cuyo peso se doblegue la democracia, y sea abatido el pueblo mismo á quien torpemente llama turba de imbéciles, desde lo alto de una tribuna en que relampaguean satánicas iras.

“¿Qué extraña rebelión se alza amenazante? ¿Qué

secreto y poderoso impulso mueve á esa facción que, entre fiascos y derrotas, pretende manejar, con impuras manos, los sagrados intereses nacionales? ¡Oh, pueblo, que en explosiones de heroísmo, has conquistado tus derechos, y con aceradas manos has forjado tu libertad; tú, que ostentas orgulloso las cicatrices de las heridas de la contienda; tú, que insensible á la fatiga, y en defensa de la Patria, dejaste á tu paso, por campos y ciudades, montones de cadáveres é irradiaciones de gloria sobre charcas de sangre, recobra tus enervados bríos; tú, que eres la democracia misma, defiéndela, líbrala de la opresión, sálvala de la oprobiosa tiranía del grupo plutocrático, del grupo de los *científicos*; yergue tu laureada frente; Juárez te asiste; culmina, esplende, salva el decoro de la República; el porvenir es tuyo, solemne y grandiosa la Patria te espera!"

*
* *

El tener que hacer mérito de este otro medio de que hoy nos ocupamos, de manifestarse la indignación contra Bulnes y sus coreadores, uos obliga á no dar fin con el presente, á la serie de artículos de que él mismo forma parte.

No hubiera sido un compendio de la opinión pública tal serie, si hubiéramos omitido las referencias que contiene el actual artículo.

¡Sean ellas para mayor baldón de quienes las han provocado!



Opiniones sobre los discursos leídos en la Convencion Liberal.

VIII.

En todo cuanto hemos trasladado á estas hojas, para hacer la síntesis de la opinión, respecto de los citados, hasta la saciedad, oradores *convencionales*, se advierte cómo el elemento militar, disciplinado, correcto, no obstante que ha sentido la mordedura de las víboras que enconadas lo hiriesen con la injuria en lo más delicado de su honra; sobrio en el decir, como firme ha sido siempre en el obrar, sólo dejó conocer, cual protesta contra las ofensas de los *discurrentes científicos*, una carta severa, suscrita por dos ameritados Generales de Brigada, y algunas pocas frases en recientes Conferencias Militares. Se ha colocado la mano, cubriéndose con ella la herida, y se ha guardado *in pectore*, su sentir, sin que se contraiga un solo músculo de su cara, en presencia de los arlequines que lo han insultado. Ante las vociferaciones inícuas del Sr. Bulnes, con las que presenta al Ejército arrastrándose vil, en defensa de las quinceñas y de los fueros, empañando sus armas con revueltas contra las autoridades legítimas, y ensuciando su bandera con sus ignominias; y en que exhibe á sus caudillos contentos como cerdos, disfrutando de las pitanzas que se derraman de la mano pródiga de quien los mantiene en paz, con sólo arrojarles la ración; la conducta del Ejército, ante ofensas tales, significa desprecio para el infamador, incapaz de formar, ni como último soldado, en las filas de aquellos á quienes se les exige, cuando menos, sacrificios de varones, para que llenen sus debe-

res, sacrificios que nunca podrían consumir los afeminados que insultan á la abnegada clase militar.

El *vocero* de los *científicos*, el orador *magnífico*, Sr. Bulnes, que es quien se lució insultando al Ejército Mexicano, y á sus caudillos; cuando concurrió él al hecho de armas de Tecuac, en 1876, no iba como verdadero soldado, iba arrimado al Estado Mayor del Gral. Carbó, y no supo hacer en aquella jornada, más que lo que pudiera hacer una soldadera bisoña, que no una aguerrida: huir, correr desahogado, hasta llegar, hecho un andrajo de cansancio, porque no es para las fatigas, desde Tecuac, hasta la Capital de la República. ¡Con razón las insolencias de este *tipo militar, orador científico*, no obstante que fueron de lo más ofensivas, han sido, como correspondía á la fuerza y al decoro del elemento armado, vistas con desprecio sumo!

Al Ejército Liberal, lo califica Bulnes de mercenario, de subversivo, de corrompido. De cuán distinto modo se presenta, lleno de sentimiento y de verdad, en una autorizada reseña histórica del mismo Ejército, en la última página de la cual se sintetiza tal reseña, en estos términos: (*)

“Para saber cómo este Ejército ha venido á formarse, hemos asistido á la gran epopeya de la República, y hemos visto á sus héroes luchar, remontándose gloriosos, á la luminosa región de los inmortales.

“Qué época la de nuestras guerras! ¡Los batallones que combaten, y sus restos ensangrentados que son vencidos ó que triunfan; los escuadrones, arrebatados por el vértigo de la carga, que caen destrozados; los cañones que truenan é iluminan siniestramente; los estandartes flotando, corriendo como llamas encendedoras, en los amigos y enemigos campos; tropas chorreando sangre, que se miran entre el fuego y el humo; brillo de armas, fragor de bronces, toques de cornetas y tambores, flamear de banderas vencedoras ó vencidas: tal fué el cuadro apocalíptico de nuestras luchas intestinas!

“Y así, despedazados por ellas, nos agobia la inva-

(*) Monografía “El Ejército,” escrita por el Sr. Gral. Reyes en 1899. para la obra monumental “México—Su evolución social.”

sión anglo-sajona, y luego más tarde, viene el galo á nuestro festín sangriento; pero nada nos agota: ruedan instituciones envejecidas, ruedan cabezas con coronas, y al fin, tras tanto padecer, tras brega tanta, se alza nuestra República glóriosa; se yergue al cielo, por nuestro Ejército sostenida, la nacional bandera mexicana."

Y este Ejército ha sido el denigrado por el representante del grupo científico en la Convención Liberal, malignamente confundiéndolo con el Ejército asalariado por el clero, que defendía "Religión y Fueros"

La filiación del Ejército liberal, que es el que existe en la República, es otra bien distinta de la de aquel que, traicionando á la Patria, se unió con el Ejército francés. Mirad cómo en rápido bosquejo en la propia obra que hemos citado, se presenta esa filiación, donde dice: (*)

"Hemos recorrido la historia, y hemos visto formarse un Ejército, ya mexicano, producto de conquistadores y conquistados, en los últimos años del período virreinal: hemos visto á ese Ejército realista luchando contra las masas insurgentes, convocadas al grito de independencia de Hidalgo, que se disciplinaron bajo el genio organizador de Morelos, y se mantuvieron combatiendo contra el citado Ejército, alentadas por la heroica constancia de Guerrero, para venir á formar un todo con sus enemigos, que se denominó Ejército Trigarante, á la consumación de la independencia en 1821.

"Tras esto, surge en el país la separación de los bandos liberal y conservador, y entonces se segrega el Ejército permaucute, con sus viejos fueros y privilegios; se une al clero, y sirve principalmente los intereses del segundo de dichos bandos, tomando como divisa la defección, para consumir una serie no interrumpida de pronunciamientos, encendidos en las ambiciones, en las pasiones de los jefes de las tropas.

"Trinfa con ciudadanos armados la liberal evolución salvadora del Plan de Ayutla, y después de ello queda formado con los mismos un Ejército nuevo: son

(*) Página 71 "Ejército."

sus soldados los que se levantaron, inspirados por el deseo de concluir con la tiranía, bajo la bandera del insigne D. Juan Alvarez; pero Comonfort aceptó, como parte componente de ese Ejército incipiente, á las antiguas tropas del dictador Santa Anna, que pronto, traicionando, ocasionaron su caída y sostuvieron la formidable lucha de 1858 á 1860 bajo el mando de Miramón; uniéndose luego con Márquez al Ejército invasor francés, volviendo sus armas de ese modo en contra de la Patria. Tales tropas fueron después el sostén del imperio de Maximiliano, para quedar definitivamente exterminadas por aquellas que se ilustraron en las guerras por la libertad, por la Reforma y por la segunda independencia.

“Al restablecimiento de la República se reformó el Ejército, de conformidad con disposiciones que se dieron al efecto. Aquel Ejército quedó depurado de los vicios del antiguo, que terminó en los combates ó cayó prisionero como hemos visto; revistió un carácter nacional, y no fué más aquella podrida clase privilegiada, que, á semejanza de una guardia pretoriana, con sus motines sangrientos, verificó tantos cambios de gobierno.”

Por lo demás, al explicar el autor de la obra referida la importancia de las nobles instituciones armadas, ha dicho, en ocasión solemne, en un notable discurso:

“Se siente mayor necesidad de seguridad, cuanto más se eleva la civilización, cuanto más se multiplican y crecen las industrias y aumentan las riquezas de un país; esa seguridad es condición y consolidación que requiere su progreso. El amparo del Ejército, la protección del elemento bélico, es, pues, necesaria para el cultivo de todas las otras artes, para la tranquilidad indispensable al encumbramiento de las ciencias, para dar garantía á los cambios y transformaciones que ejecuta la riqueza de los pueblos.

“Dos escuelas que han llegado á constituir congresos, han generosa, noblemente, pensado en la paz universal; pero aun sus dictados exigirán la sanción de las armas. ¿Quién se impone para hacer respetar el Derecho?

“¡Ay de los débiles, si aparecen encontrados intereses en el gigante avance de los pueblos; quedarán deshechos, aplastados bajo la planta de los poderosos, que corren al porvenir anhelantes, á paso de carga! ¡Será olvidada su nacionalidad y hasta su raza!

“No es extraño, pues, que al objeto de organizar fuerza, para afianzar la individualidad viril, la independencia de cada nación, se adunen, con voluntad noble y enérgica, todos los elementos del poder, del saber, de la moral.

“De allí es que el estado en que se encuentra un Ejército, sea el signo inequívoco que muestre la prosperidad, la cultura, el patriotismo del pueblo á que pertenece: es su florecencia, es el símbolo de su elevación, es la síntesis objetiva de su pasado y de su presente.

“Indicio cierto de la civilización creciente de un país, ha dicho un historiador filósofo, es el que las armas le sirvan para conservar la paz, y hacer que sus frutos no sean arrancados ó destrozados en flor, por enemigos externos ni interiores conmociones!”

Ante la brilladora verdad de esos conceptos, que la filosofía, la política y los intereses humanos, vinculados en la grandeza de los pueblos, que se fortifican, crecen, prosperan con el vigor de su sangre, y con la cultura de su espíritu, con el ardor de su patriotismo; ante esa brilladora verdad, nada significan los menguados desahogos del *magnífico* orador científico, del *varón fuerte*, del arrimado á un Estado Mayor cuando la acción de Teacoac, en que se distinguió, por su rapidez en el huir: que arroje, pues, el tal *magnífico orador*, sus impotentes injurias contra el elemento militar; el cual alto y luciente, no podrá ser empañado por el bajo aliento de la ignominia.



Opiniones sobre los Discursos leídos en la Convención Liberal.

IX.

Hemos recogido la opinión de la prensa, en esta serie de artículos, haciendo alusión á los numerosos periódicos que constan en la nota que va al calce (*)

- (*) "El Orden," de Xalapa.
"Iris Veracruzano," de Xalapa.
"El Heraldo de Cananea," de Sonora.
"El Imparcial," de Guaymas.
"El Correo de Jalisco," de Guadalajara.
"El Sufragio Libre," de México.
"El Siglo XX," de Saltillo.
"El Demócrata Fronterizo," de Laredo, Texas.
"El Popular," de México.
"La Patria," de México.
"El Diario del Hogar," de México.
"El País," de México.
"El Monitor," de México.
"La Tribuna," de México.
"El Imparcial," de México.
"El Paladín," de México.
"Reforma," de México.
"La Nación," de México.
"La Libertad," de México.
"La República," de México.
"El Siglo Nuevo," de Jalisco.
"El Bien Social," de Morelia.
"El Imparcialito," de México.
"El Siglo Nuevo," de Monterrey, N.
"El Espectador," de Monterrey, N.
Hoja Suelta, de Alegre.
Hoja Suelta, de Frías y Soto.
Hoja Suelta, de Dragón.
Hoja Suelta, de Infante.
Hoja Suelta, de Obrerón Esquivel.
Hoja Suelta, de Varios oaxaqueños.
Hoja Suelta, de Pax Christi.
Hoja Suelta, de Isaac de la Provincia.
Varios discursos.

A última hora hacemos mérito también del semanario denominado "Fin de Siglo," de México, para decir que en su número correspondiente al día 25 de Julio, tiende sobre Bulnes y los suyos, su chicote de lumbré.

Hemos citado diversas hojas sueltas, y conceptos de oradores que han tenido palabras de defensa para nuestros hombres ilustres, nuestras instituciones, nuestro Ejército y nuestro pueblo, que han sido el blanco de las injurias múltiples del principal representante del grupo científico, al ofrecer ante la Convención Liberal, la *plataforma* de la misma. Y ya hemos visto, por cuanto hemos presentado, cómo ha tronado de indignación la opinión nacional, contra ese grupo pequeño que se distingue entre los llamados científicos, infamador de cuanto glorioso existe en la Patria nuestra; de ese grupo *engreído por el favor, sin méritos y sin valimientos*, lleno de audacias y de insolencias; de ese grupo que, ha mostrado *urbi et orbi*, además de su *impulsivismo* desvergonzado de maldiciente, pero nunca, jamás el impulsivismo de valor en un campo de combate, su absoluta incapacidad política.

Preciosa muestra de ello, es la pieza oratoria de D. Francisco Bulnes!

* * *

En efecto, tal pieza, presentada teatralmente en la sesión solemne celebrada por la Convención Liberal el 21 de Junio anterior, ha sido una muestra palmaria de la falta de habilidad y de tacto de este orador y de su círculo, para los asuntos políticos.

Ahora acaba de publicar el mismo señor una extensa contestación á sus impugnadores, en la cual afirma y diluye pedantescamente sus conceptos descarriados, aunque procurando barnizarlos con palabras melosas para el Gral. Díaz, que no lograrán embotar la penetración de este señor.

Queda, pues, en pié aquella arenga de rayos y centellas, que pintó al país en situación desesperada, y que más pareció hecha para sembrar el descontento y preparar la revuelta, que para recomendar una elección presi-

dencial; y encaminada más bien á desconceptuar al pueblo mexicano ante las naciones civilizadas, que á granjearnos su confianza, y mucho menos sus aplausos.

Llama de veras la atención que hombres que pudieron suponerse graves y sesudos, hayan calificado de *soberano* ese discurso, cuando, si alguna soberanía tiene, es la del logogrifo, la de la contradicción, ó la de la torpeza. La indiscreción del aplauso y la puerilidad del regocijo que tales palabras produjeron, no tuvieron otra causa, para los más, que la vana palabrería y la declamación teatral del orador; si bien es forzoso reconocer que algunos entusiastas han de haber incurrido conscientemente en esas debilidades llevados de latentes reñcores políticos, y satisfechos al ver tomar forma externa, á su cólera y á su despecho largo tiempo contenidos. Apenas pasada la ilusión óptica de las lentejuelas y de las piedras falsas relumbrando con efímeras luces de Bengala, se vió claro en el asunto, y apenas hubo quién desconociera, que esa peroración, bajo el criterio del sentido común, es un aborto estupendo, un gigantesco fracaso. ¿Qué se propusieron el Sr. Bulnes y sus amigos, al dirigir al país esa catilinaria? ¿Quisieron lastimar al Gral. Díaz, injuriar al Ejército y hacer pública ostentación de su desprecio á las instituciones y al pueblo? Es evidente que no; y, sin embargo, son esos los frutos que han cosechado de tan intemperante elocuencia.

El Sr. Bulnes y los científicos se proponían tender anzuelos al pueblo para engrosar sus filas, dar un golpe maestro para afirmar su prestigio, y envolver al país, con la artificiosa Convención Liberal, en una vasta red de partidatismo, que asegurase por ahora su predominio en las esferas oficiales, y les permitiese alzarse más tarde con el poder público. Nadie ha sido tan cándido que haya admitido que los desvelos de ese círculo tendiesen al objeto altruista de apoyar la reelección del Gral. Díaz, y de procurar el bien de la Nación; y ellos mismos, al comunicarse sus planes en sus conciliábulos, han de haberse reído de la farsa, como los augures de que habla Cicerón. Si ellos, obrando astuta y cautelosamente, hubiesen mantenido oculto su juego y logrado retener en

su torno á la nutrida comparsa que les procuraron altas y decisivas influencias, con el sano fin de que se hiciere un ensayo más en asuntos de democracia experimental, todo el mundo, hasta sus más justificados enemigos, hubieran reconocídoles talento y astucia; pero como incapaces de sostener hasta el fin la comedia, se cansaron á la mitad de la representación, é hicieron exhibición de sus miserias en el mismo escenario, la Nación, que miraba el espectáculo, en lugar de aplaudir, ha prorrumpido en gritos de indignación y silvas de escarnio.

Así fué cómo el objeto verdadero y capital, aunque inconfeso, de ese mal aconsejado discurso, y por tanto, de la Convención, cuya voz era, se ha convertido en un fiasco. Se aguardaba que la voz del tribuno fuese un toque de asamblea, y se convirtió en un acento de desastre y de sálvese quien pueda. Sonaron palmas por lo pronto entre los concurrentes, cómplices unos, inconscientes sorprendidos otros, y estultos atolondrados los demás; pero muy luego se hizo el silencio del estupor en torno del suceso: hubo reprobación arriba, pánico abajo, y protestas por todas partes.

El espíritu agresivo, agitador y revolucionario de la pieza oratoria, ha producido sus frutos naturales; después de ella, no cabían más que las vociferaciones, el desorden, el tétanos; y á no estar, por fortuna, bastante arraigada ya la paz en nuestro territorio, habríamos visto ahora á los antiguos guerrilleros aparecer por los campos, ejerciendo sus conocidas industrias.

En efecto, decir que una sexta reelección es insostenible desde el punto de vista democrático; expresar que la conveniencia de que el Gral. Díaz siga ocupando la Presidencia, es declarar que la Nación se hundirá en el caos cuando concluya la administración de este señor; que México carece de leyes; que no hay democracia en este país; que estamos regidos por los métodos de Augusto y por las máximas de Maquiavelo; que el Gral. Díaz es un dictador; que no existe el partido liberal; y que nuestro Ejército gime postrado bajo una mano de hierro y viendo á sus caudillos sujetos al régimen humillante de la sospecha, el alejamiento y la pitanza . . . ;

decir todo esto, repetimos, no es para dejar los ánimos serenos, ni para inspirar concordia entre nosotros, ni para infundirnos fé en el porvenir y estimación á nuestro gobierno.

El orador no procuró, en manera alguna, suavizar las tintas tétricas con que delineó tal situación; sino que, dejando en los ánimos una impresión de terror semejante á la que producen las imágenes del *Cabaret de la mort*, concluyó expresando que aun quedaba una argolla oscilando en la obscuridad, á la cual podríamos asirnos, y que todo podría arreglarse, si el Gral. Díaz nombraba para sustituirlo á un *civil*, ó sea á un *científico*; sí, y precisamente científico.

* * *

El Sr. Bulnes, irritado por la contradicción del Sr. Frías y Soto, ha lanzado al rostro de este viejo liberal la terrible acusación de delator. La verdad es que el Sr. Frías y Soto no ha hecho más que expresar, por medio de la imprenta, los sentimientos é ideas de la generalidad, é innúmeras publicaciones han hecho lo mismo; muchas de ellas con mayor energía. Bien sabe el *leader* del partido científico, por periódicos, cartas, diversas hojas y opiniones de oradores, que el público ha interpretado sus palabras de la misma manera que el Sr. Frías y Soto, y que ha fijado el sentido de sus malévolos enmarañados conceptos, en esta forma: "Desde que estamos gobernados por el actual Presidente, no tenemos instituciones, ni leyes, ni defensa contra la voluntad del dictador; la Nación ha sido degradada, escarnecida, vilipendiada por el régimen actual, y está convertida en una mujerzuela, *dispuesta á entregarse al primero que la acaricie ó á rendirse á los golpes del primero que la estruje*. Hay un profundo malestar en el país, y es preciso que esto concluya. Si el Presidente no entiende y no pone remedio á la situación, habrá que apelar á los medios empleados en 1810, 1823, 1832, 1845, 1848, 1856 y 1864 (la revolución)."

Todo el mundo ha dado al discurso del Sr. Bulnes este sentido. Si no lo tiene es forzoso convenir en que

el orador fué tan torpe de pensamiento y lengua, que no supo decir lo que quería; pero el público no se engaña; así lo comprueban diversos síntomas, innúmeras manifestaciones.

En primer lugar, algunos científicos han llamado *valiente* á esa pieza oratoria; y no puede ser valiente, si no entraña la crítica leal de la actual administración.

Por otra parte, los espíritus levantiscos, que todavía, por desgracia, existen en nuestro país, han aplaudido á rabiarse ese discurso, hallando muy de su agrado que el orador haya residenciado al Gral. Díaz, y le haya dicho, según su malévolo entender, cuántas son cinco, casi en su misma cara.

Finalmente, los amigos del Sr. Presidente, no han llegado á vacilar; han visto en esa pieza oratoria una verdadera diatriba, una ponzoñosa filípica, lanzada contra su jefe venerado, un ataque contra el partido liberal, contra la Constitución, que es su gloriosa obra, un anatema contra el pueblo y el Ejército libertador de la Patria.

Quiso traicionero el Sr. Bulnes, navegar entre dos aguas, sobre un monstruo, para clavarle el arpón, al quedar á salvo del oleaje y representar á la vez el papel de enemigo implacable y amigo cariñoso, de terrible censor y entusiasta partidario del Gral. Díaz; pero la combinación era imposible. Sólo al soberanamente soberbio, por soberanamente presuntuoso Sr. Bulnes, pudo habersele ocurrido llevarla á cabo. Es que tiene una idea tan elevada de sí mismo, de la magia de su palabra y de su omnipotencia personal, que creyó poder jugar impunemente esta burla y esa traición á la *cafrería mexicana* (como él llama afectuosamente á la República;) y tuvo por cierto que este país, de bobos y de cretinos, no sería capaz de penetrar el sentido esotérico de su disertación dolosa, recamada de multicolor bisutería. Así pudo lisonjearse de hacer el proceso inícuo de una administración benemérita y de un patricio insigne, presentándose á los ojos del pueblo y de ese mismo patricio, como el paladín de una gloriosa causa ¡la del mercantilismo científico! Pero, por lo visto, la *cafrería* no es tan

salvaje como él la supone, y, lejos de comulgar con sus dislates, tan grandes como odiosos, ha penetrado sus recónditas y perversas intenciones, y protestado, en todos los tonos de la indignación, contra sus brutales injurias. No encontrará á la República simbolizada por esa prostituta por él descrita; á quien, ébrio de vanidad, pueda pisotear groseramente.

La cosa no tiene remedio, por más rectificaciones, aclaraciones ó contestaciones que publique ya el señor Bulnes.

Tan cierto es esto, que los mismos íntimos amigos y correligionarios del magnífico tribuno, están no arrepentidos porque son de conciencias iguales á la de él, pero sí acobardados. Así lo manifiesta el hecho de que, á pesar de aquella bombástica resolución convencional, relativa á imprimir y hacer circular profusamente el discurso soberano (*condensación de un momento interesantísimo de la marcha del pensamiento social é inyección de vida, propia para levantar los ánimos más decaídos*), no se han atrevido á efectuarlo, y aun parece que mandaron suspender el tiro que comenzaba á hacerse. Ningún científico, además, ha emprendido, á cara descubierta, la defensa de esa pieza oratoria; tan ardua y delicada labor, ha quedado encomendada, toda entera, á la pluma solemne y sentenciosa del mismo tribuno que perdió en tan mala causa, solemnidad, razón, sentido común y algo más.

Tarde, pues, para los interesados, ha venido el juicio sobre la imprudencia inaudita de tan osada y vehementemente peroración, avalancha de vanidad é insolencia.

En efecto, esa obra maestra de elocuencia, ha enajenado necesariamente al partido científico, fuerzas y elementos y ha multiplicado las antipatías que por él siempre se han sentido.

El jefe de la nación mexicana, acusado de habernos dado la paz por medios augustanos y maquiavélicos, de haber conculcado nuestras instituciones y nuestras leyes, y de haber degradado á la Nación, no es natural que se sienta complacido por semejante tratamiento, ni que considere sus amigos á quienes se lo inflijen.

El Ejército, á quien se pinta envilecido, y los caudillos, á quienes se acusa de sufrir en paz su degradación, por amor á las quincenas, han dado muestras de no sentirse halagados por semejantes retóricas.

Y el pueblo *sin voluntad, desgredado, chorreando vicios y miserias, que se deja arrebatarse sus libertades y se arrastra como vil esclavo á los pies de su señor*, ha rugido de indignación, al recibir tan inmerecidos insultos.

Por este medio, el partido científico, esto es, el de los sabios, el de los mejores, el de los únicos, el que se considera elevado mil codos sobre el nivel de todos los mexicanos, ha multiplicado por mil en un momento, por medio de actos deliberados y de *palabras geniales*, la mala voluntad del Ejército, la mala voluntad del pueblo, y, probablemente, se ha enajenado la voluntad del Gral. Diaz. Ni una sola ventaja, ni un sólo amigo, ni una sola simpatía ha conquistado el Sr. Bulnes para sí ó para sus correligionarios, con motivo de su peroración. Para eso, no se necesita estudiar, ni ser científico; cualquier patagón ó botocudo con tal de mostrarse grosero y calumnioso, puede hacerlo á las mil maravillas.

No dudamos, pues, en llamar al Sr. Bulnes y al partido que lo inspiró, aplaudió y elevó á la tribuna, muy pobres, atrasados y *torpes agitadores* porque los grandes actos de su política, sus conspiraciones obscuras de recámara, al traducirse en hechos á la luz pública, resultan fracasos lastimosos, y sus profundas combinaciones, meditadas en sapientísimos conciliábulos, verdaderos suicidios.

Algo darían ellos porque ese discurso no hubiese sido pronunciado; y algo habrían dado también sus enemigos, por haber inducido al Sr. Bulnes á que lo pronunciase. Es incalculable el mal que se ha hecho á sí mismo el círculo sedicente científico, al aclarar, por medio de esa pieza oratoria, las ideas y los sentimientos que abriga respecto á nuestro Presidente, á nuestras instituciones y á nuestro pueblo. Todo eso se sospechaba, pero no estaba manifiesto ni comprobado, como lo ha quedado ahora por medio de esa brillante *obra maestra*. Y una vez soltada la prenda no puede ser recogida!

Por algo se ha dicho que las tonterías las dicen los tontos y las hacen los más tontos, que se suponen hombres de talento y de valer.

¡Y qué valer y qué talento no han mostrado en política, los que mucho han, y más podrían, haber alcanzado como simples mercaderes!

Damos fin, con el presente artículo, á nuestro trabajo, en que hemos recogido las OPINIONES SOBRE LOS DISCURSOS LEÍDOS EN LA CONVENCION LIBERAL.

A los beodos de vanidad, que provocaron esas opiniones, y que se rebullen con movimientos epilépticos, después de caer tras de la orgía de la Convención Liberal, en que, embriagados, vomitaron todas sus insolencias; á esos.....que semejantes opiniones les sean leves, y que no vengan manos protectoras á levantarlos, á ellos, que por sí, no hubieran jamás dado un paso en la vida pública; pero que contando con el favor de los grandes, han caminado, de conspiración en conspiración, creyéndose grandes también, con su pujo de Convención Nacional en 1892, en que daban principio á la guerra contra el Poder que han anhelado suplantarse; con su Convención Nacional á medias, en 1896, cuando imponiéndole condiciones al glorioso candidato de toda la República, para la Presidencia, los insignificantes, de que hablamos, lanzaban á su faz, el reproche de que la Nación por él gobernada, tenía HAMBRE Y SED DE JUSTICIA; los que en 1902, destruyeron, por satisfacer odios implacables contra un tercero, la candidatura de uno de sus hombres que entre ellos se distinguía, por tener pureza en la intención, despedazando el proyecto en vías de realizarse, de la gubernatura de ese su hombre; y los que, por último, en 1903, expusieron en una Convención teatral, llamada Liberal, la inusitada plataforma del grupo á que pertenecen, por boca de su orador magnífico, Francisco Bulnes.

¡Que las opiniones que contra ellos se han levantado, les sean leves!

FIN.